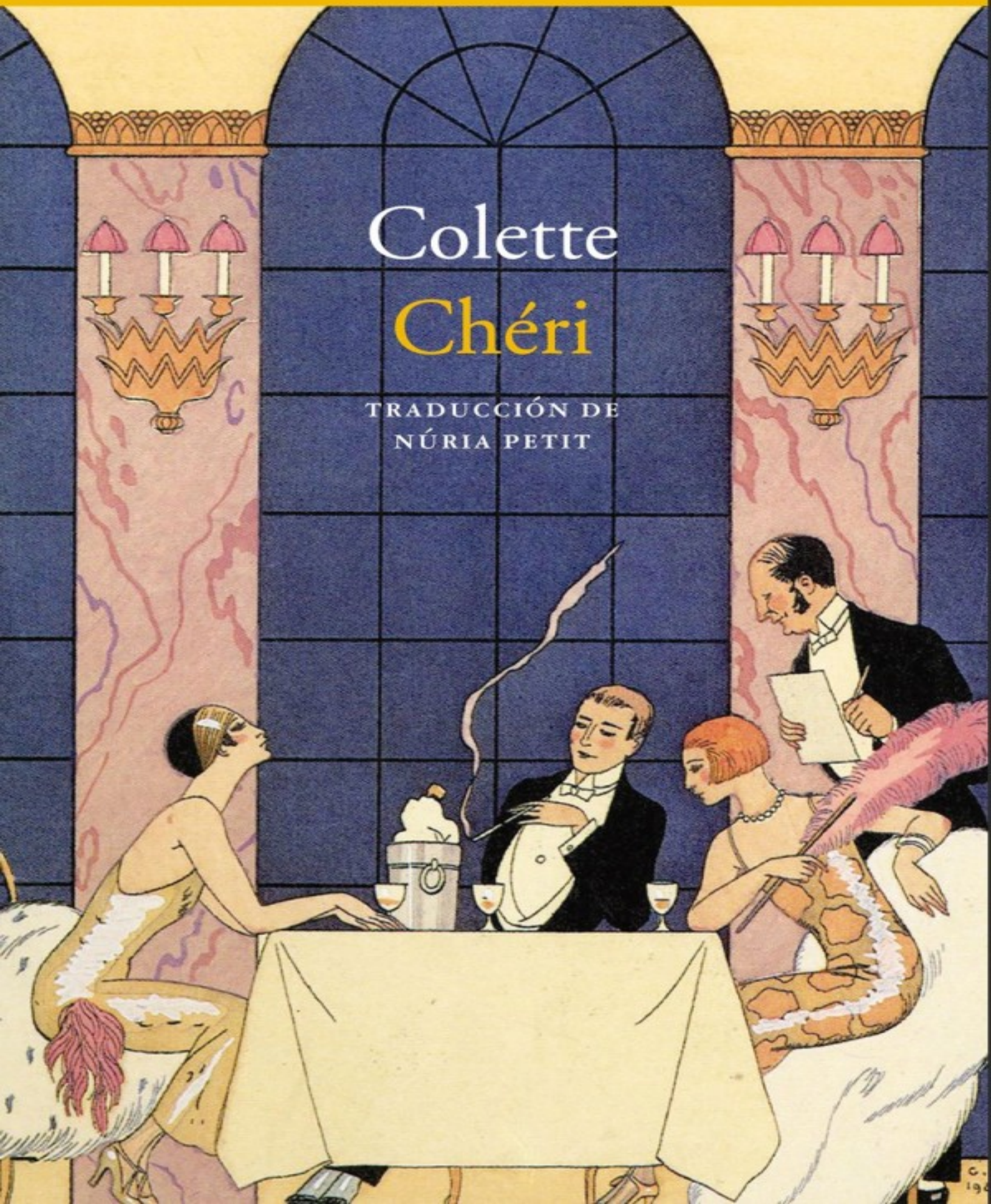
Colette

Chéri

TRADUCCIÓN DE
NÚRIA PETIT



Léa de Lonval, una atractiva cortesana, ha dedicado los últimos seis años de su vida a la educación amorosa de Fred Peloux, un joven apuesto, ensimismado y consentido a quien ha apodado Chéri. Cuando éste le confiesa que planea casarse por conveniencia, deciden poner fin a la relación. Sin embargo, Léa no había previsto cuán profundo es el deseo que la une a su amante, ni cuánto se sacrificará al renunciar a él. En esta novela, una de las más admiradas de la autora, Colette explora las crueles trampas de los juegos de seducción, dinamita los estereotipos sobre lo femenino y lo masculino, y retrata con gran sagacidad e ironía la alta sociedad francesa de principios del siglo XX.

Colette

Chéri

Título original: *Chéri*
Colette, 1920
Traducción: Núria Petit

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



—¡Léa! ¡Dame el collar de perlas! ¿Me oyes, Léa? ¡Dame el collar!

No llegó respuesta alguna desde la enorme cama de hierro forjado y cobre cincelado que brillaba en la penumbra como una armadura.

—¿Por qué no me quieres dar el collar? Me queda tan bien como a ti. ¡Y hasta mejor!

Al oírse el chasquido del cierre, las blondas de la cama se agitaron y bajo la sábana asomaron dos magníficos brazos desnudos, de muñecas finas, cuyas delicadas manos se alzaron, perezosas, en el aire.

—Déjalo, Chéri, ya has jugado bastante con el collar.

—Me divierte… ¿Tienes miedo de que te lo robe?

Su silueta se recortaba en las cortinas rosadas de la ventana, por las que se filtraba la luz del sol, lo que le hacía parecer un elegante diablillo danzando entre las llamas del infierno. Sin embargo, cuando volvió pavoneándose a la cama vestido con el pijama de seda y las babuchas de ante, todo él volvió a ser blanco.

—No tengo miedo —respondió desde la cama una voz dulce y suave—, pero puedes romper el hilo del collar. Las perlas pesan.

—Y que lo digas —dijo Chéri, con consideración—. Quien te las haya regalado no te tomó el pelo.

De pie frente al espejo alargado que había entre las ventanas, contemplaba su reflejo: un hombre joven y apuesto, ni muy alto ni muy bajo y de cabello endrino, como el plumaje de un mirlo, le devolvía la mirada. Se desabrochó la camisa del pijama y descubrió su pecho, robusto y tupido, abombado como un escudo; el mismo fulgor rosado se apreciaba en sus dientes, en el blanco de sus oscuros ojos y en las perlas del collar.

—Quítate el collar —insistió la voz de mujer—. ¿No me oyes?

Inmóvil ante su reflejo, el muchacho reía por lo bajo:

—Que sí, mujer. ¡Sé perfectamente que tienes miedo de que me lo lleve!

—No es eso. Pero si te lo ofreciera, serías capaz de aceptarlo.

El joven corrió a abalanzarse sobre la cama:

—¡Por supuesto! Estoy por encima de los convencionalismos. Me parece una estupidez que un hombre acepte con gusto que una mujer le regale una perla en un pasador, o dos para los gemelos, y en cambio considere inaceptable que sean cincuenta…

—Cuarenta y nueve.

—Cuarenta y nueve, ya lo sé. Atrévete a decir que me queda mal. Di que soy feo.

Le dedicaba a la mujer de la cama una risa provocativa que dejaba al descubierto sus pequeños dientes y el reverso húmedo de sus labios. Léa se sentó en la cama:

—No tengo la menor intención. Primero porque no me creerías. Pero ¿es que no sabes reírte sin fruncir la nariz así? No estarás contento hasta que tengas la cara llena de arrugas, ¿verdad?

Él dejó de reír inmediatamente, relajó la frente y se acarició la barbilla con la habilidad de una vieja coqueta. Se miraban con aire hostil. Ella, acodada sobre la lencería y las sábanas de encaje; él, sentado a la amazona al borde de la cama, pensando: «¡Vaya una para hablarme de las arrugas que tendré!». Y ella: «¿Por qué se pondrá tan feo cuando se ríe, él, que es la viva imagen de la belleza?». Reflexionó un instante y terminó el pensamiento en voz alta:

—Es que pareces tan malo cuando estás alegre… Sólo te ríes por maldad, para burlarte de los demás, y eso te hace feo. A menudo estás feo.

—¡No es verdad! —gritó Chéri, irritado.

La rabia le cosía las cejas al arranque de la nariz, le engrandecía los ojos, que resplandecían con insolencia tras las pestañas, y hacía entreabrir la mueca casta y desdeñosa de sus labios. Léa sonrió al

verlo como más le gustaba: primero rebelde y después sumiso, apenas maniatado pero incapaz de liberarse. Posó la mano en la joven cabecita, que, impaciente, se sacudió el yugo. Como quien calma a un animal, ella murmuró:

—Tranquilo, tranquilo… No pasa nada…

Él se dejó caer sobre el espléndido hombro de la mujer, acurrucándose contra ella en busca del familiar hueco que lo resguardaba de las largas mañanas y en el cual podía cerrar los ojos y conciliar el sueño una vez más, pero Léa lo rechazó:

—¡De eso nada, Chéri! Hoy comes en casa de nuestra Arpía Nacional, y son las doce menos veinte.

—¡¿Cómo?! ¿Hoy como en casa de la jefa? ¿Y tú?

Léa se deslizó perezosa al centro de la cama.

—Yo no, yo tengo fiesta. Iré a tomar el café a las dos y media, o el té a las seis, o un cigarrillo a las ocho menos cuarto… No te preocupes, le parecerá más que suficiente… Además, no me ha invitado.

A Chéri, que estaba de pie enfurruñado, se le iluminó la cara con socarronería:

—¡Ya lo sé, ya sé por qué! ¡Tenemos invitados de postín! ¡La bella Marie-Laure y el diablillo de su hija!

Los grandes ojos azules de Léa, que divagaban, se quedaron fijos:

—¡Ah, ya! Qué niña tan encantadora… No tanto como su madre, pero aun así… Venga, quítate el collar de una vez.

—Qué lástima —suspiró Chéri abriendo el cierre—. Quedaría muy bien en la canastilla.

Léa se incorporó apoyándose en un codo:

—¿Qué canastilla?

—La mía —dijo Chéri con una solemnidad burlesca—. *Mi* canastilla, la de *mis* joyas, la de *mi* boda…

Pegó un salto y cayó sobre los pies tras un correcto *entrechat-six*, abrió las cortinas de un topetazo y desapareció tras ellas gritando:

—¡El baño, Rose! ¡Llena bien la bañera, que hoy como en casa de la jefa!

«¡Estupendo! —pensó Léa—. Un lago en el cuarto de baño, ocho toallas empapadas y raspaduras de afeitado en la pila. Si tuviera dos cuartos de baño…».

Sin embargo, como había ocurrido en otras ocasiones, se percató de que para ello habría que suprimir un ropero y hacer más pequeño el tocador, así que, como en las otras ocasiones, concluyó: «Bien puedo aguantar hasta que Chéri se case».

Se volvió a acostar boca arriba y comprobó que la víspera Chéri había tirado los calcetines sobre la chimenea, el calzoncillo sobre el secreter y colgado la corbata del cuello de un busto de Léa. Sonrió a su pesar ante ese fogoso desorden masculino y entornó sus grandes ojos azules, de una serenidad infantil, en cuyos párpados aún lucían unas pestañas de color castaño. A los cuarenta y nueve años, Léonie Vallon, alias Léa de Lonval, se hallaba al final de una brillante carrera de cortesana con una economía saneada, de buena chica a quien la vida ha ahorrado las catástrofes más halagadoras y aflicciones más exaltadas. Ocultaba la fecha de su nacimiento, pero no le importaba confesar, dejando caer sobre Chéri una mirada de voluptuosa condescendencia, que había alcanzado la edad en la que una puede permitirse algún pequeño capricho. Le gustaba el orden, la lencería fina, los vinos añejos, comer bien sin derrochar. Había pasado de ser una muchacha rubia que levantaba miradas a convertirse en una rica cortesana madura sin llamar la atención sobre su persona ni presumir. Sus amigos recordaban un día en el hipódromo de Auteuil, hacia 1895, en que Léa le contestó al secretario del *Gil Blas*, que la había tratado de «querida artista»: «¿Artista? Por lo visto mis amantes son unos bocazas…».

Las mujeres maduras envidiaban la salud de hierro de Léa; las jovencitas, cuya vestimenta realzaba sus torsos de acuerdo con la moda de 1912, admiraban contrariadas su opulento busto. Y unas y otras envidiaban su idilio con Chéri. «¡Vaya por Dios! —decía Léa—. Pues no entiendo por qué. Que me lo roben. Yo no lo tengo atado, y

sale solo». Lo cual no era del todo cierto, pues en el fondo estaba orgullosa de la relación —en ocasiones, por afán de sinceridad, la llamaba *adopción*—, que duraba desde hacía ya seis años. «La canastilla… —se repitió Léa—. Casar a Chéri… No puede ser, no es… humano… Darle una jovencita a Chéri… ¡es como echar una cervatilla a los perros! No tienen ni idea de cómo es».

Sostuvo en la mano, como si de un rosario se tratara, el collar que él había dejado caer sobre la cama. Ahora se lo quitaba siempre antes de acostarse, ya que Chéri, al que le encantaba jugar con las hermosas perlas por la mañana, se habría dado cuenta de que el cuello de Léa, más ancho que antaño, ya no era tan pálido ni tan terso. Se puso el collar sin levantarse y tomó un espejo de la consola que hacía las veces de mesilla de noche. «Parezco una jardinera —sentenció sin contemplaciones—. Una hortelana. Una hortelana normanda que se pone un collar camino del campo de patatas. Me sienta tan bien como una pluma de avestruz en la nariz. Y eso siendo educada».

Se encogió de hombros, severa con todo lo que no la satisfacía de sí misma: una tez lozana, sana, algo rubicunda; una tez de aire libre, que acentuaba el expresivo azul de sus ojos, de matices endrinos. Léa, orgullosa, aún indultaba la nariz: «¡La nariz de María Antonieta! —afirmaba la madre de Chéri, que nunca dejaba de añadir—: Y en dos años la pobre Léa tendrá el mentón de Luis XVI». La boca de dientes bien alineados, que casi nunca se reía a carcajadas, sonreía a menudo, de acuerdo con los grandes ojos de parpadeos lentos y escasos, una sonrisa cien veces alabada, cantada, fotografiada, una sonrisa profunda y confiada que no podía cansar.

En cuanto al cuerpo, «ya se sabe —decía Léa— que una buena figura dura mucho». Aún podía presumir de su cuerpo, níveo y rosado, dotado de largas piernas y de esa espalda estilizada que lucen las ninfas de las fuentes italianas; los hoyuelos de Venus y sus pechos firmes aguantarían, afirmaba Léa, «hasta mucho después de la boda de Chéri».

Se levantó, se envolvió en un salto de cama y corrió ella misma las cortinas. El sol de mediodía entró en la habitación rosa, alegre, demasiado adornada y de un lujo algo anticuado, con blondas dobles en las ventanas, faya de pétalos de rosa en las paredes, maderas doradas, luces eléctricas veladas de rosa y blanco, muebles antiguos tapizados con sedas modernas. Léa no renunciaba a esa habitación mullida ni a su cama, una obra maestra considerable, indestructible, de cobre y acero forjado, sobria y cruel para las espinillas.

«De eso nada —protestaba la madre de Chéri—, qué va a ser fea. A mí me gusta esta habitación. Es de época, tiene su estilo. Es muy La Païva».

Mientras se recogía el cabello, Léa sonrió ante esa alusión a la Arpía Nacional. Se empolvó rápidamente la cara al oír dos portazos y el choque de un pie calzado contra un mueble fino. Chéri volvía en pantalón y camisa, sin cuello postizo, con las orejas blancas de talco y de un humor pésimo.

—¿Dónde está mi alfiler? ¡Maldita sea! ¿Ahora birlan las joyas aquí?

—Marcel se lo ha puesto en la corbata para ir al mercado —dijo Léa muy seria.

Chéri, que no tenía sentido del humor, topó con la broma como una hormiga con un pedazo de carbón. Detuvo su paseo amenazador y no encontró otra respuesta más que:

—¡Maravilloso! ¿Y mis botines?

—¿Cuáles?

—¡Los de ante!

Léa, sentada al tocador, le dirigió una mirada muy dulce:

—¡Cielos! —insinuó con voz melosa.

—El día en que una mujer me quiera por mi inteligencia, sabré que estoy acabado —replicó Chéri—. Mientras tanto, quiero mi alfiler y mis botines.

—¿Para qué? El alfiler no se lleva con chaqueta, y ya te has puesto los zapatos.

Chéri pateó el suelo.

—¡Estoy harto, más que harto! ¡Aquí nadie me hace caso!

Léa dejó el peine.

—Pues vete.

Él se encogió de hombros y dijo con grosería:

—¡Eso dices ahora!

—Vete. Nunca me han gustado los invitados que se quejan de la cocina y que tiran la crema de queso contra los espejos. Vete a casa de tu madre, hijo, y no vuelvas.

Él no le sostuvo la mirada, bajó los ojos y protestó como un colegial:

—Bueno, ¿es que no puedo decir nada? ¿Me prestas por lo menos el coche para ir a Neuilly?

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo salgo a las dos y Philibert tiene que comer.

—¿Adónde vas a las dos?

—A cumplir con mis deberes religiosos. Pero si quieres tres francos para un taxi… ¡Serás tonto! —dijo, zalamera, al cabo de un momento—, a lo mejor voy a tomar café a casa de tu señora madre a las dos. ¿No estás contento?

Él sacudió la cabeza como un torito.

—Me riñen, me dicen que no a todo, me esconden las cosas, me…

—¿No aprenderás nunca a vestirte solo?

Le quitó de las manos el cuello postizo y se lo abrochó; después le anudó la corbata.

—¡Ya está! Por favor, esa corbata violeta… En realidad, para la bella Marie-Laure y su familia ya está bien… ¿Y encima querías ponerle una perla? ¡Serás vulgar…! ¿Y por qué no unos pendientes?

Chéri la dejó hacer: estaba extasiado, dócil, indeciso, de nuevo presa de una pereza y un placer que hacían que le pesaran los párpados…

—Nounoune querida… —murmuró.

Ella le cepilló el pelo que caía sobre sus orejas, hizo bien la raya fina y azulada que partía el cabello negro de Chéri, le tocó las sienes con un dedo mojado de perfume y besó rápidamente, porque no pudo evitarlo, los labios tentadores cuya respiración percibía tan cerca. Chéri abrió los ojos, luego los labios, y le tendió las manos… Ella lo apartó:

—¡No! Es la una menos cuarto. ¡Vete de una vez, no quiero volver a verte!

—¿Nunca?

—¡Nunca! —le espetó ella riendo con gran ternura.

Sola, se sonrió orgullosamente, lanzó un suspiro entrecortado de codicia reprimida y escuchó los pasos de Chéri en el patio de la casa. Vio cómo abría la verja, la cerraba tras de sí y se alejaba a su paso alado, y cómo enseguida se cruzó con la mirada de admiración de tres modistillas que caminaban del bracete.

—¡Madre mía!… No es posible, seguro que no es de verdad… ¿Le preguntamos si se puede tocar?

Pero Chéri, indiferente, ni siquiera se volvió.

—¡El baño, Rose! Podemos olvidarnos de la manicura, se ha hecho tarde. Dame el traje azul, el nuevo, el sombrero azul, el del forro blanco, y los zapatitos de tiras… No, espera… —Léa, con las piernas cruzadas, se palpó el tobillo desnudo y bajó la cabeza—. Mejor dame los botines de cabritilla azul con cordones. Hoy tengo las piernas un poco hinchadas. Será el calor.

La doncella, una mujer mayor que llevaba una cofia de tul, le dirigió a Léa una mirada cómplice:

—Sí…, será el calor —repitió dócilmente, encogiéndose de hombros, como queriendo decir: «Ya se sabe… Nada es para siempre…».

Cuando Chéri se fue, Léa volvió a mostrarse enérgica, precisa, ágil. En menos de una hora se había bañado, frotado la piel con alcohol perfumado de sándalo, peinado y calzado. Mientras se calentaba la plancha de rizar, tuvo tiempo de examinar el libro de cuentas del mayordomo y de llamar a Émile, el criado, para mostrarle la mancha de vaho azul que había en el espejo. Escrutó la estancia con su experta mirada, que casi siempre daba en el blanco, y almorzó en una soledad gozosa, sonriendo por el Vouvray seco y las fresas de junio servidas sin cortar en una fuente de Rubelles, verde como una rana mojada. Un fino gourmet debió de escoger antaño, para este comedor rectangular, los grandes espejos Luis XVI y los muebles ingleses de la misma época, las diáfanas vitrinas, el aparador de patas alargadas, las sillas altas y robustas, todos de una madera oscura adornada con finas guirnaldas. Los espejos y unas piezas de vajilla de plata maciza proyectaban la abundante luz que entraba por las ventanas, y se salpicaban del verde de los árboles de la avenue Bugeaud. Mientras comía, Léa examinó el polvo rojo que

aún cubría partes del tenedor tras el cincelado, y entornó los ojos para apreciar mejor el pulido de la madera. El mayordomo, de pie a sus espaldas, temía estas maniobras.

—Marcel —dijo Léa—, hace ocho días que la cera de los muebles está pegajosa.

—¿Usted cree, señora?

—Sí. Añádale aguarrás cuando la funda al baño maría, no cuesta nada. El Vouvray lo ha subido un poco pronto. Baje las persianas en cuanto haya recogido la mesa, fuera hace mucho calor.

—Bien, señora. El señor Ch… ¿El señor Peloux vendrá a cenar?

—Creo que sí… No quiero *crème-surprise* esta noche, que nos preparen solamente unos sorbetes de fresa. Sírvame el café en el *boudoir*.

Al levantarse, alta y erguida, con las piernas al aire bajo la falda pegada a los muslos, alcanzó a leer en la mirada contenida del mayordomo algo que no le desagradó: «Qué hermosa es la señora».

«Hermosa… —se decía Léa a sí misma mientras subía al *boudoir* —. No, ya no. Ahora tengo que llevar algún cuello o encaje blanco cerca de la cara y la ropa interior y el salto de cama de un rosa muy pálido. Hermosa… ¡Bah! Ya no me hace falta…».

Sin embargo, tras el café y los periódicos, no se permitió echar una siesta en el *boudoir* tapizado de sedas pintadas. Y al chófer le ordenó con expresión decidida:

—A casa de la señora Peloux.

Las alamedas del Bois, secas bajo el follaje de junio que el viento acababa de marchitar, la verja del fielato, Neuilly, el boulevard d'Inkermann… «¿Cuántas veces habré hecho este trayecto?», se preguntó Léa. Contó, luego se cansó de contar y, con paso sigiloso, espió desde la gravilla de la señora Peloux los ruidos procedentes de la casa. «Están en el porche», se dijo.

Se había vuelto a empolvar la cara y se había cubierto el rostro con un velo azul de rejilla casi tan imperceptible como la neblina. Cuando el criado la invitó a cruzar la casa, respondió:

—No, prefiero dar la vuelta por el jardín.

Un verdadero jardín, prácticamente un parque, circundaba una villa toda pintada de blanco, típica de las afueras de París. La villa de la señora Peloux era lo que se llamaba «una casa de campo» cuando Neuilly aún no formaba parte de la ciudad. Así lo atestiguaban los establos, convertidos en garajes, y las dependencias auxiliares que contaban con sus propias perreras y lavanderías, así como las dimensiones de la sala de billar, del vestíbulo y del comedor.

«La señora Peloux ha hecho una buena inversión —repetían devotamente las viejas parásitas que, a cambio de una cena y una copa de aguardiente, venían a jugar con ella al póquer o al *bésigue*. Y añadían—: Pero ¿dónde no invierte dinero la señora Peloux?».

Caminando a la sombra de las acacias, entre macizos flameantes de rododendros y arcos de rosas, Léa escuchaba un murmullo de voces, sobre el que se distinguía los chillidos nasales, como de trompeta, de la señora Peloux y las carcajadas secas de Chéri.

«Ese niño no sabe reír —pensó. Se detuvo un instante para distinguir mejor un timbre femenino que le era desconocido, débil, dulce, ahogado enseguida por la temible trompeta—. Ésa es la jovencita», se dijo Léa.

Aligeró el paso y llegó al umbral de una galería acristalada, desde donde la señora Peloux salió corriendo y gritando:

—¡Aquí está nuestra bella amiga!

Aquel pequeño tonel, la señora Peloux —mejor dicho, la señorita Peloux—, había sido bailarina desde los diez hasta los dieciséis años. En ocasiones, Léa buscaba en ella alguna reminiscencia del pequeño Eros rubio y regordete de antaño, más tarde la ninfa de simpáticos hoyuelos, pero de aquella época sólo conservaba los grandes ojos implacables, la nariz, a un tiempo delicada y firme, y el gesto coqueto con el que aún colocaba los pies *en cinquième* como los miembros del cuerpo de ballet.

Chéri, resucitado del fondo de una mecedora, besó la mano de Léa con una gracia natural, pero estropeó el gesto diciendo:

—¡Mecachis, te has vuelto a poner velo! No me gusta nada.

—¡Déjala en paz! —intervino la señora Peloux—. ¡A una mujer no se le pregunta por qué lleva velo! —Y, dirigiéndose a Léa, añadió con ternura—: No haremos carrera de él.

A la sombra dorada del estor de paja se habían levantado dos mujeres. La primera, vestida de malva, tendió la mano a Léa con bastante frialdad, y ésta la contempló de pies a cabeza.

—¡Dios mío, qué guapa estás, Marie-Laure, eres la viva imagen de la perfección!

Marie-Laure se dignó sonreír. Era una joven pelirroja de ojos castaños que deslumbraba sin gestos ni palabras. Señaló, como por coquetería, a la otra joven:

—¿No reconoces a mi hija Edmée? —preguntó.

Léa le tendió la mano a la muchacha y ésta no tardó en estrecharla.

—Tendría que haberte reconocido, querida, pero las colegialas crecen muy deprisa, y Marie-Laure sólo cambia para desconcertar cada vez más. ¿Estás de vuelta del internado definitivamente?

—¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó la señora Peloux—. ¡Con todo este encanto y esta gracia, esta maravilla de diecinueve primaveras no puede estar encerrada eternamente!

—Dieciocho —corrigió suavemente Marie-Laure.

—¡Dieciocho, dieciocho! ¡Claro, dieciocho! Léa, ¿te acuerdas? Esta niña hizo la primera comunión el año en que Chéri se fugó del colegio, ¿no te acuerdas? Sí, mala pieza, te fugaste ¡y las dos estábamos que no sabíamos qué hacer!

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Léa, intercambiando con Marie-Laure un gesto de la cabeza, algo así como el *touché* de los jugadores de esgrima que saben perder.

—¡Hay que casarla, hay que casarla! —prosiguió la señora Peloux, que nunca repetía una afirmación menos de dos veces—. ¡Todos iremos a la boda!

Batió los bracitos en el aire, y la muchacha la miró con ingenua consternación.

«Es la hija perfecta para Marie-Laure —pensó Léa, muy observadora—. Tiene, en discreto, todo lo que en su madre resulta ostentoso. El pelo fino, de un rubio ceniza, como empolvado, unos ojos tímidos que rehúyen la mirada ajena, una boca que contiene las palabras, las sonrisas… Todo lo que necesita Marie-Laure, aunque seguro que a pesar de todo la odia…».

La señora Peloux interpuso entre Léa y la muchacha una sonrisa maternal:

—¡Hay que ver lo amigos que se han hecho ya estos dos en el jardín!

Señalaba a Chéri, que fumaba de pie delante de la pared acristalada. Tenía la boquilla entre los dientes y la cabeza echada hacia atrás para evitar el humo. Las tres mujeres miraron al muchacho, que, aunque tenía la cabeza inclinada hacia arriba, los ojos entornados y los pies juntos e inmóviles, parecía una figura alada, planeando dormida en el aire… Léa no se equivocó al interpretar la expresión vencida y alarmada en los ojos de la joven. Se dio el gusto de provocarle un sobresalto tocándole el brazo. Edmée se estremeció, apartó el brazo y dijo con vehemencia en voz muy baja:

—¿Qué?

—Nada —contestó Léa—. Se me ha caído el guante.

—Vámonos, Edmée —ordenó Marie-Laure con displicencia.

La muchacha, callada y dócil, caminó hacia la señora Peloux, que exclamó batiendo las alas:

—¿Os vais ya? ¡Tan pronto! ¡Pero nos veremos! ¡Nos veremos pronto!

—Es tarde —dijo Marie-Laure—. Y además tú recibes muchas visitas el domingo por la tarde. Esta niña no está acostumbrada a alternar…

—Claro, claro —gritó con ternura la señora Peloux—, ¡ha vivido tan encerrada, tan sola!

Marie-Laure sonrió, y Léa la miró como diciendo: «¡Te toca!».

—… pero dentro de nada estaremos aquí de vuelta.

—¡El jueves, el jueves! Léa, ¿vienes tú también el jueves a comer?

—Sí —respondió Léa.

Chéri se había reunido con Edmée en el umbral de la galería y se mantenía a su lado, desdeñoso de toda conversación. Oyó la promesa de Léa y se volvió.

—Qué bien. Podemos ir de excursión —propuso.

—Claro, claro, es lo propio de vuestra edad —insistió la señora Peloux enternecida—. Edmée irá delante con Chéri, que conducirá, y nosotras iremos sentadas detrás. ¡Hay que hacer sitio a la juventud! ¡Hay que hacer sitio a la juventud! Chéri, tesoro, ¿serás tan amable de mandar que traigan el coche de Marie-Laure?

Pese a que sus piececitos redondos se tambaleaban sobre la gravilla, acompañó a las visitas hasta un recodo de la alameda y luego las dejó con Chéri. Cuando regresó, Léa se había quitado el sombrero y acababa de encender un cigarrillo.

—¡Qué monos! —dijo jadeando la señora Peloux—. ¿Verdad, Léa?

—Son encantadores —repuso Léa expulsando el humo—. Pero ¡cómo está Marie-Laure…!

Chéri volvió en ese momento:

—¿Qué le pasa a Marie-Laure? —preguntó.

—¡Qué belleza!

—¡Pues sí, pues sí! —aprobó la señora Peloux—. Y que lo digas, y que lo digas…, era muy guapa…

Chéri y Léa se miraron y estallaron en una carcajada.

—¡Era! —subrayó Léa—. ¡Pero es la viva imagen de la juventud! ¡No tiene ni una arruga! ¡Y el malva pálido le queda de maravilla! Qué color más espantoso, lo detesto…, ¡y él a mí más!

Apartó los ojos, grandes y despiadados, y la afilada nariz de la copa de coñac:

—¡La viva imagen de la juventud! ¡La viva imagen de la juventud! —chilló la señora Peloux—. ¡Perdón, perdón! Marie-Laure tuvo a Edmée en 1895; no, en el 94. Se acababa de fugar con un profesor

de canto tras dejar plantado a Khalil-Bey, que le regaló el famoso diamante rosa que… ¡Ay, no! ¡No! ¡Espera! ¡Eso fue el año anterior!

La voz era chillona y desagradable. Léa se tapó la oreja con una mano y Chéri declaró, sentencioso:

—¡Qué maravillosa sería esta tarde de no ser por la voz de mi madre!

Ella miró a su hijo sin enfadarse, acostumbrada a su insolencia, y se sentó muy digna, con los pies colgando, en una poltrona excesivamente alta para sus cortas piernas. Con la mano calentaba una copa de coñac. Léa, balanceándose en una mecedora, miraba de vez en cuando a Chéri, a Chéri tumbado en un sillón de ratán, con el chaleco desabrochado, un cigarrillo medio apagado en los labios, un mechón sobre la ceja…, y, con un hilillo de voz, lo trataba halagadoramente de perfecto crápula.

Permanecían uno junto al otro, sin hacer ningún esfuerzo por gustar ni por hablar, apacibles y en cierto modo felices. Una larga costumbre mutua los devolvía al silencio, devolvía a Chéri a la apatía y a Léa a la serenidad. A causa del calor, que iba en aumento, la señora Peloux se subió la estrecha falda hasta las rodillas, dejando a la vista sus pantorrillas de marinero, y Chéri se arrancó rabiosamente la corbata, un gesto que Léa le reprochó haciendo un chasquido con la lengua.

—¡Vamos! Déjalo, pobrecillo —protestó como en plena ensoñación la señora Peloux—. Hace tanto calor… ¿Quieres que te preste un kimono, Léa?

—No, gracias. Estoy muy bien así.

Aquella galbana de las tardes le repugnaba. Su joven amante no la había sorprendido jamás despeinada, ni con la blusa desabrochada, ni en zapatillas durante el día. «Si acaso desnuda —decía—, pero nunca despechugada». Volvió a coger la revista y no la leyó. «Hay que ver a la señora Peloux y a su hijo —pensaba—, siéntalos a una mesa bien servida o llévalos al campo y, ¡zas!, la madre se quita el corsé y el hijo, el chaleco. Son como taberneros de vacaciones». Alzó los ojos vindicativamente, miró al tabernero en

cuestión y vio que dormía, con las pestañas descansando sobre las mejillas blancas y la boca cerrada. El arco delicioso del labio superior, iluminado desde abajo, retenía en las cúspides dos puntos de luz plateada, y Léa tuvo que reconocer que se parecía mucho más a un dios que a un tabernero. Sin levantarse, cogió delicadamente de entre los dedos de Chéri un cigarrillo humeante y lo apagó en el cenicero. La mano del durmiente se relajó y dejó caer como flores marchitas sus afilados dedos, armados con uñas crueles; no era una mano en absoluto femenina, aunque sí un poco más bonita de lo habitual, una mano que Léa había besado cien veces sin servilismo, sólo por placer, por el perfume…

Por encima de la revista echó una ojeada a la señora Peloux. «¿También duerme?». Le gustaba que la siesta de la madre y del hijo le concediera, a ella que estaba muy despierta, una hora de calma en medio del calor, la sombra y el sol.

Pero la señora Peloux no dormía. Estaba sentada como un buda en su poltrona, mirando de frente y sorbiendo el coñac con la aplicación de un lactante alcohólico.

«¿Por qué no duerme? —se preguntó Léa—. Es domingo. Ha comido bien. Es el día de las visitas y a las cinco llegarán los caricatos de sus amigos. Por consiguiente, debería dormir. Si no duerme, es que algo trama».

Se conocían desde hacía veinticinco años. Las unía la intimidad enemiga de mujeres de vida alegre a las que un hombre hace ricas y luego abandona, a las que otro arruina; la feroz amistad de unas rivales al acecho de la primera arruga y la primera cana. Camaradería de mujeres pragmáticas, hábiles en las finanzas, pero una avara y la otra sibarita… Esos lazos cuentan. Más tarde las uniría un vínculo distinto, más fuerte: Chéri.

Léa recordaba a Chéri de niño, una preciosidad de largos tirabuzones. De muy pequeño aún no se llamaba Chéri, sino Fred.

Chéri había crecido, a intervalos desatendido y adorado, entre camareras pálidas y criados altos y sardónicos. Aunque,

misteriosamente, su nacimiento coincidió con la llegada de la opulencia al hogar, nunca lo acompañó institutriz alguna —ni *miss* ni *Fräulein*—, de las que fue alejado a gritos de «¡Serán vampiras!».

«¡Charlotte Peloux es una mujer de otra época! —decía familiarmente el viejo, agotado, moribundo e indestructible barón de Berthellemy—. Charlotte Peloux, ¡la aplaudo por ser la única mujer ligera de cascos que se ha atrevido a criar a su hijo como el hijo de una furcia! Como mujer de otra época que es, usted no lee ni viaja jamás, se ocupa solamente de su único vástago, cuya educación confía a los criados. ¡Qué auténtico! ¡Parece usted un personaje de Edmond About!, ¡o incluso de Gustave Droz! ¡Y pensar que no es usted siquiera consciente de ello…!».

Chéri conoció por lo tanto todas las alegrías de una infancia desvergonzada. Oyó, cuando aun ceceaba, las habladurías más soeces de la servidumbre, compartió los resopones clandestinos de la cocina. Conoció los baños con leche de iris en la bañera de su madre, los aseos expeditivos con la punta de una toalla. Tuvo indigestiones por ingerir demasiados caramelos y retortijones de hambre cuando se les olvidaba darle de comer. Se aburrió, medio desnudo y resfriado, en las fiestas de las Flores, durante las cuales Charlotte Peloux lo exhibía, sentado sobre rosas mojadas; pero también tuvo ocasión de divertirse como un rey a los doce años, en un casino clandestino en el que una dama estadounidense le dio puñados de luises para que se entretuviera mientras lo llamaba «pequeña obra maestra». Hacia esa misma época, la señora Peloux le puso a su hijo un abate preceptor, pero lo despidió al cabo de diez meses porque, según confesó, «aquella sotana negra que veía pasearse por toda la casa me hacía sentir como si hubiera acogido a una pariente pobre, ¡y Dios sabe que no hay nada más deprimente que tener a una pariente pobre en casa!».

A los catorce años, Chéri probó suerte en el internado, pero no lo convenció. Aquel lugar no tenía nada que envidiarle a una cárcel, así que se fugó. Sin embargo, la señora Peloux no sólo reunió el coraje para volverlo a encarcelar, sino que además, ante los llantos y los

insultos de su hijo, huyó, tapándose los oídos y gritando: «¡No quiero verlo! ¡No quiero verlo!». Un grito sincero pues, en efecto, la dama se alejó de París, acompañada por un hombre joven pero poco escrupuloso, y no regresó hasta dos años más tarde, sola. Fue su última debilidad amorosa.

Encontró a un Chéri que había crecido demasiado deprisa; el muchacho se había vuelto enjuto, ojeroso, vestía trajes dignos de un entrenador y estaba más grosero que nunca. La mujer sacó a Chéri del internado dándose golpes en el pecho. Chéri abandonó cualquier forma de trabajo, y en su lugar pidió caballos, coches, joyas, exigió una asignación mensual astronómica y, cuando su madre se golpeó el pecho lanzando alaridos de pava real, la interrumpió con estas palabras: «Señora Peloux, no te pongas así. Si el único que te puede arruinar soy yo, querida mamá, corres el riesgo de morir con el riñón bien cubierto. No soy partidario de la tutela. Tu dinero también es mío. Déjame hacer. Los amigos se compran con cenas y champán. En cuanto a las mujeres, tal como me has educado, no esperarás que mis regalos sean mucho más que un bibelot de vez en cuando, ¡y ya me parece mucho!».

Hizo una pirueta, ella derramó unas lagrimillas y declaró que era la madre más feliz del mundo. Cuando Chéri empezó a comprar automóviles, volvió a temblar, pero él le rogó: «¡Ojo con la gasolina, señora Peloux!», y vendió los caballos. No desdeñaba repasar las cuentas de los dos chóferes; calculaba rápido, sin equivocarse, y las cifras que anotaba en el papel, ágiles, alternando los trazos finos y rotundos, contrastaban con su letra lenta y torpona.

Cumplidos los diecisiete, empezó a parecer un viejo rentista quisquilloso. Seguía siendo guapo, pero delgado, de respiración corta. La señora Peloux se lo encontró más de una vez en la escalera de la bodega, volviendo de contar las botellas que había en los estantes.

—¡Imagínatelo! —le dijo la señora Peloux a Léa—, ¡no me digas que no es bonito!

—Demasiado bonito —contestó Léa—, esto no puede acabar bien. Chéri, enséñame la lengua.

Sacó la lengua con una mueca insolente y otros malos modos que no escandalizaban a Léa, una amiga excesivamente familiar, una especie de madrina putativa, a la que trataba de tú.

—¿Es verdad —le preguntó Léa— que esta noche te han visto en el bar sentado en las rodillas de la vieja Lili?

—¡En sus rodillas, dices! —contestó sarcástico Chéri—. ¡Pero si ya no tiene! Son pura grasa.

—¿Es verdad —insistió Léa más severa— que te ha dado ginebra con pimienta? ¿Sabes que eso deja mal aliento?

Un día Chéri, ofendido, respondió al interrogatorio de Léa:

—No sé a qué viene este interrogatorio, ¡sabes perfectamente lo que hacía porque estabas allí, en el reservado del fondo, con Patron, el boxeador!

—Efectivamente —contestó Léa impasible—. No es un pobre sonado, ¿sabes? Tiene más atractivos que un careto vulgar y unos ojos a la virulé.

Aquella semana Chéri dio mucho que hablar por la noche en Montmartre y en Les Halles, acompañado de señoras que lo llamaban «pichoncito» y «mi perdición», pero él se mostraba displicente, tenía migraña y una tos seca. Y la señora Peloux, que confiaba sus nuevas angustias a la masajista, a madame Ribot, su corsetera, a la vieja Lili y a Berthellemy el Palillo —«¡Para nosotras las madres la vida es un calvario!»—, pasó como quien no quiere la cosa de estar encantada de la vida a asumir el papel de mártir.

Una noche de junio en el invernadero de Neuilly, donde se hallaban reunidos la señora Peloux, Chéri y Léa, cambiaron los destinos del muchacho y de la mujer madura. Como aquella noche la casualidad había dispersado a los «amigos» de Chéri —un vendedor de licores al por mayor, Boster hijo y el vizconde Desmond, un parásito exigente y desdeñoso que acababa de cumplir la mayoría de

edad— el muchacho volvió a casa de su madre, donde Léa también tenía la costumbre de recalar.

Veinte años, un pasado lleno de monótonas veladas idénticas a aquella, la falta de relaciones, así como la desconfianza y la apatía que aíslan en su madurez a las mujeres que han cultivado más el amor que la amistad, habían hecho encontrarse una noche más —que, por otro lado, no sería la última— a las dos mujeres sentadas la una frente a la otra, ambas en actitud desconfiada. Las dos miraban a Chéri, que guardaba silencio, y la señora Peloux, sin fuerzas ni autoridad para cuidar de su hijo, se limitaba a odiar un poco a Léa cada vez que un gesto acercaba la pálida mejilla y la fina oreja de Chéri a la blanquecina nuca y la rubicunda mejilla de Léa. Con gusto habría sangrado ese robusto cuello femenino, cuya piel empezaba a verse ajada por las arrugas, y así teñir de rosa el esbelto lirio que comenzaba a palidecer; pero ni se le ocurrió llevarse a su bien amado al campo.

—Chéri, ¿por qué bebes coñac?

—Para no afrentar a la señora Peloux, que de lo contrario bebería sola —respondió Chéri.

—¿Qué haces mañana?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Me voy a Normandía.

—¿Con quién?

—No te importa.

—¿Con el bueno de Speleiev?

—Ni hablar, hace dos meses que se acabó, no estás al día. Speleiev se ha ido a Rusia.

—Pero, Chéri, ¿se puede saber dónde tienes la cabeza? —suspiró la señora Peloux—. ¿No te acuerdas del banquete de ruptura al que nos invitó Léa el mes pasado? Por cierto, Léa, no me has dado la receta de los langostinos que tanto me gustaron.

Chéri se enderezó, le brillaban los ojos:

—Sí, sí, unos langostinos con salsa cremosa, ¡me gustarían!

—¿Lo ves? —dijo en tono de reproche la señora Peloux—. Él, que tiene tan poco apetito, habría comido langostinos…

—¡Haya paz! —ordenó Chéri—. Léa, ¿te vas al campo con Patron?

—Pues claro que no, cariño; lo mío con Patron es amistad, nada más. Me voy sola.

—Eres una mujer rica —le espetó Chéri.

—Acompáñame, si quieres, no haremos más que comer, beber y dormir…

—¿Dónde está ese pueblucho?

Se levantó y se plantó delante de ella.

—¿Sabes dónde está Honfleur?, ¿la costa de Grâce?… Siéntate, estás muy verde. Ya sabes, en la costa de Grâce, aquella puerta cochera delante de la cual tu madre y yo siempre decíamos al pasar…

Se volvió hacia la señora Peloux, pero había desaparecido. Aquella especie de desaparición discreta, aquella forma de esfumarse eran tan contrarias a las costumbres de Charlotte Peloux que Léa y Chéri se miraron riendo de sorpresa. Chéri se sentó junto a Léa.

—Estoy cansado —dijo.

—¡Te estás estropeando! —le dijo Léa.

Él se enderezó, vanidoso:

—No creas, aún estoy bastante bien.

—Bastante bien…, tal vez para otros… Pero no…, pero no para mí, por ejemplo.

—¿Demasiado verde?

—Justo la palabra que buscaba. ¿Te vienes al campo? Y conste que no es una proposición deshonesta. Buenas fresas, nata, tartas, pollos asados… Es un régimen muy aconsejable, ¡y nada de mujeres!

Él se dejó caer sobre el hombro de Léa y cerró los ojos.

—Así que nada de mujeres… Qué bien… Oye, Léa, ¿y tú qué eres, mi hermano? Bueno, de acuerdo, vayamos, yo paso de las

mujeres…, las tengo muy vistas.

Habló de esos asuntos bajos con voz amodorrada; Léa escuchó el dulce y sonoro timbre de su voz y sintió su aliento tibio en la oreja. Chéri había cogido el largo collar de Léa y desgranaba las grandes perlas entre los dedos. Ella pasó el brazo por debajo de la cabeza de Chéri y se lo acercó, sin segundas intenciones, confiando en lo acostumbrada que estaba a aquel niño, y lo acunó.

—Estoy bien —suspiró el muchacho—. Eres mi hermano, estoy bien…

Ella sonrió como ante el más halagador de los piropos. Chéri parecía adormecerse. Ella contemplaba muy de cerca sus pestañas, que resplandecían como si estuvieran mojadas y descansaban sobre sus mejillas, unas mejillas consumidas por un esfuerzo que no le había traído felicidad alguna. Sobre el labio superior, la azulada sombra del bigote, afeitado aquella mañana, empezaba a extenderse por la piel, y las lámparas rosas teñían sus labios de un rojo artificial…

—¡Nada de mujeres! —declaró Chéri como en sueños—. Así que… ¡bésame!

Sorprendida, Léa no se movió.

—¡Bésame, te digo!

Dio la orden con el ceño fruncido, y el brillo de sus ojos, que acababa de volver a abrir, cegó a Léa como una luz que se enciende bruscamente. Se encogió de hombros y le dio un beso en la frente, que tenía tan cerca. Chéri rodeó el cuello de Léa con los brazos y acercó el cuerpo de ella al suyo.

Léa negó con la cabeza, pero sólo hasta el instante en que sus bocas se tocaron; entonces se quedó totalmente inmóvil y contuvo la respiración como alguien que escucha atentamente. Cuando él la soltó, lo alejó de un empujón, se levantó, respiró profundamente y se arregló el pelo, aunque no se había despeinado. Luego se dio la vuelta, un poco pálida, y se le ensombrecieron los ojos. En un tono de broma dijo:

—¡Muy inteligente!

Él descansaba recostado en una mecedora y la cubría en silencio con una mirada activa, tan desafiante e inquisitiva que Léa, después de un momento, dijo:

—¿Qué?

—Nada —contestó Chéri—, ya sé lo que quería saber.

Ella se sonrojó, humillada, y se defendió hábilmente:

—¿Qué sabes? ¿Que me gustan tus labios? Mira, cariño, he besado labios peores. ¿Y eso qué demuestra? Crees que voy a caer rendida a tus pies gritando: ¡tómame! Sólo has estado con muchachitas, ¿no? ¡Mira que pensar que voy a perder la cabeza por un beso…!

Hablar la había calmado y quería demostrar que tenía la sangre fría.

—Oye, cariño —insistió inclinándose sobre él—, ¿crees que en mis recuerdos unos labios bonitos son algo excepcional? —Le sonreía con superioridad, segura de sí misma, pero no era consciente de que su rostro aún mostraba rastros del beso, una suerte de palpitación casi imperceptible, un dolor atractivo, ni de que su sonrisa se parecía a la que viene después del llanto—. Estoy muy tranquila —prosiguió—. Aunque volviera a besarte, aunque… —Se detuvo y esbozó una mueca de desprecio con los labios—. No, decididamente, no nos imagino en esa actitud.

—Tampoco nos veías en la de hace un momento —dijo Chéri despacio—. Y, sin embargo, la has mantenido durante un buen rato. ¿Acaso piensas en la otra? Yo no te la he mencionado.

Se midieron como enemigos. Ella temió mostrar un deseo que no había tenido tiempo de acariciar ni de disimular, odió al joven, que de pronto se había vuelto frío y parecía estar burlándose de ella.

—Tienes razón —concedió como sin darle importancia—. No pensemos en ello. Te ofrezco, como decíamos antes, un prado para tumbarte al sol y una mesa… La mía, que no es poco.

—Podemos probar —respondió Chéri—. ¿Quieres que lleve el Renouhard descapotable?

—Naturalmente, no se lo vas a dejar a Charlotte.

—Yo pagaré la gasolina, pero las dietas del chófer corren por tu cuenta.

Léa soltó una carcajada.

—¡Corren por mi cuenta! ¡Ja, ja, ja! ¡De tal palo tal astilla! Estás en todo… No soy curiosa, ¡pero me gustaría oír una conversación amorosa entre una mujer y tú!

Se dejó caer en el asiento y se abanicó. Una esfinge y unos grandes mosquitos de largas patas revoloteaban alrededor de las lámparas, y, puesto que había anochecido, el aroma del jardín se había convertido en un aroma de campo. Entró una bocanada de acacia, tan inconfundible e intensa que los dos se volvieron como para verla pasar.

—Es la acacia de racimos rosados —dijo Léa a media voz.

—Sí —contestó Chéri—. ¡Pero cómo se nota que esta noche ha bebido flor de azahar!

Ella lo contempló, admirando vagamente aquella ocurrencia. Él respiraba el perfume como víctima feliz, y ella se apartó, temiendo de pronto que él la reclamara; pero la reclamó a pesar de todo, y ella no pudo negarse.

Se acercó a él para besarlo, impelida por el rencor, el egoísmo y el deseo de darle una lección: «Ya verás… Es evidente que tienes unos labios deliciosos y esta vez los voy a disfrutar, porque me apetece, y te dejaré, qué más da, me importa un bledo, allá voy…».

Lo besó tan apasionadamente que cuando se separaron parecían ebrios, estaban ensordecidos, jadeantes, temblando como si acabaran de forcejear… Ella se puso de pie delante de él, que no se había movido y seguía recostado en la poltrona, y lo desafió en voz baja:

—¿Y bien? —dijo, esperando que la insultase.

Pero él le tendió los brazos, abrió inseguro sus hermosas manos, echó hacia atrás la cabeza herida y mostró entre las pestañas el doble destello de dos lágrimas, mientras murmuraba palabras, lamentos, todo un canto animal y amoroso en el que ella distinguía su nombre, «querida…», «ven…», «no separarme nunca más de

ti…», un canto que ella escuchaba inclinada y llena de ansiedad, como si sin querer le hubiese causado un gran daño.

Cuando Léa recordaba el primer verano en Normandía, constataba con ecuanimidad: «He estado con niños malos más divertidos que Chéri. Más amables también, incluso más inteligentes. Pero, a pesar de todo, no he estado con ninguno como él».

—Es gracioso —le confesó al final de aquel verano de 1906 a Berthellemy el Palillo—, a veces me parece que me acuesto con un negro o con un chino.

—¿Te has acostado alguna vez con un negro y con un chino?

—No.

—¿Entonces?

—No lo sé. No soy capaz de explicártelo. Es una impresión.

Una impresión que fue tomando forma en su mente en paralelo a un asombro que no siempre supo ocultar. En los primeros recuerdos de su idilio abundaban las imágenes de manjares exquisitos, fruta selecta, preocupaciones propias de una granjera refinada. Recordaba, aún más pálido bajo un sol de justicia, a Chéri, arrastrándose extenuado bajo las enramadas normandas, y cayendo rendido al sueño sobre los cálidos bordes de los estanques. Léa lo despertaba para cebarlo con fresas, nata, leche espumosa y pollos de corral. Durante la cena, seguía ensimismado y con la mirada perdida el vuelo de las efímeras en torno al cesto de rosas, y comprobaba en el reloj de pulsera si ya era hora de acostarse, mientras Léa, decepcionada y sin rencor, pensaba en las promesas que el beso de Neuilly no había cumplido y se armaba de paciencia: «Hasta finales de agosto, si hace falta, lo tendré en la jaula de engorde. Y luego en París, ¡uf!, lo devuelvo a sus queridos estudios…».

Se acostaba misericordiosamente temprano para que Chéri, acurrucado contra ella, empujando egoístamente con la frente y la nariz para hacerse más lugar en la cama, se durmiera. A veces, con la lámpara apagada, miraba el rielar de la luna sobre el parquet. Mezclados con el murmullo del álamo temblón y con los grillos, que cantaban día y noche, escuchaba los suspiros profundos de perro cazador que agitaban el pecho de Chéri.

«¿Por qué no puedo dormir?», se preguntaba vagamente. «No es la cabeza de este chico sobre mi hombro, las he soportado más pesadas… Qué buen tiempo tenemos… Para mañana por la mañana, le he encargado unas gachas. Ya no se le marcan tanto las costillas. Pero ¿por qué no logro pegar ojo? Ah, sí, ya me acuerdo, voy a pedirle a Patron que venga a entrenar al chico. Tenemos tiempo, Patron por un lado y yo por el otro, de dejar atónita a la señora Peloux…».

Se dormía, tumbada boca abajo entre las sábanas limpias, con la cabeza negra del niño malo apoyada en el seno izquierdo. Se quedaba dormida y, a veces —aunque no demasiadas—, la despertaban de madrugada las exigencias de Chéri.

Patron llegó en efecto al segundo mes de retiro, y trajo consigo una maleta grande, unas pequeñas pesas de libra y media, unos pantaloncitos negros, unos guantes de cuatro onzas y unas botas de cuero que se ataban con cordones; Patron tenía voz de muchacha, unas pestañas larguísimas y un bronceado como el de su maleta, tan bonito que no parecía desnudo cuando se quitaba la camisa. Y Chéri, unas veces hosco, otras abúlico, otras envidioso del sereno vigor de Patron, empezaba el ingrato pero fructífero entrenamiento con movimientos lentos y repetitivos.

—Uno…, dos…, no te oigo respirar…, tres… Te veo la rodilla, no hagas trampa…

La glorieta de tilos tamizaba el sol de agosto. Una gruesa colchoneta roja dispuesta sobre la gravilla teñía de reflejos violetas

los dos cuerpos desnudos del monitor y el alumno. Léa seguía con la mirada la lección, muy atenta. Durante los quince minutos de boxeo, Chéri, embriagado por su nuevo vigor, se embalaba, se atrevía con golpes traicioneros y se sonrojaba de rabia. Patron encajaba los swings como un muro y, desde lo alto de su gloria olímpica, aleccionaba a Chéri con comentarios aún más pesados que su célebre puño.

—¡Alto ahí! Tiene el ojo izquierdo demasiado curioso. Si no llego a impedirlo, hubiera comprobado en sus propias carnes lo bien cosido que tengo el guante izquierdo.

—Me he resbalado —contestó furioso Chéri.

—No es una cuestión de equilibrio —dijo Patron—, sino de talante. No está usted hecho para ser boxeador.

—¡Mi madre está en contra!

—Aunque su madre no estuviera en contra, nunca sería un buen boxeador, porque es usted malo. La maldad y el boxeo son incompatibles. ¿Verdad, señora Léa?

Léa sonreía y saboreaba el placer de sentir calor, de yacer inmóvil y de asistir al entrenamiento de los dos hombres, desnudos, jóvenes, comparándolos en silencio: «¡Qué bello es Patron! Es fornido como un edificio. El chico se está poniendo muy guapo. Unas rodillas como las suyas no se ven todos los días, y yo de eso entiendo. También la parte baja de la espalda es, no, será maravillosa… ¿Con quién demonios pecaría la buena de Peloux…? ¡Y ese cuello! Parece una estatua. ¡Pero qué malo es! Se ríe, parece un lebrel a punto de morder… —Se sentía feliz y maternal, bañada por una tranquila virtud—. No me importaría cambiarlo por otro —se decía a sí misma mirando a Chéri desnudo por la tarde bajo los tilos, o a Chéri desnudo por la mañana debajo de la manta de armiño, o a Chéri desnudo por la noche a orillas del estanque de agua tibia—. Sí, aunque sea muy guapo, no me importaría cambiarlo, de no ser por una cuestión de conciencia». Le confesaba su indiferencia a Patron.

—Sin embargo —objetaba Patron—, tiene un buen físico. Ya se empiezan a marcar algunos músculos como a los tipos que no son

de aquí, a los de color, a pesar de que no puede ser más blanco. Unos músculos pequeños que de entrada no impresionan. Nunca tendrá unos bíceps como melones.

—¡Eso espero, Patron! ¡Pero yo no le he contratado para que lo convierta en boxeador!

—Por supuesto —admitió Patron bajando la mirada—, también hay que tener en cuenta los deseos de cada uno. —Le resultaban embarazosas las indisimuladas alusiones voluptuosas de Léa y la sonrisa insistente con la que lo miraba al hablar del amor—. Por supuesto —prosiguió Patron—, si no la satisface plenamente…

Léa se echó a reír:

—Plenamente, no…, pero para mí ser altruista ya es una recompensa. Como para ti, Patron.

—¡Ah! Pues yo…

Él temía y a la vez deseaba la pregunta que invariablemente venía después:

—¿Sigue igual, Patron? ¿Todavía se obstina?

—Me obstino, señora Léa, he recibido otra carta de Liane este mediodía. Dice que está sola, que no tengo motivos para obstinarme, que sus dos amigos se han ido.

—¿Entonces?

—Entonces creo que es mentira… Me obstino porque ella se obstina. Dice que le da vergüenza, se avergüenza de un hombre que tiene un oficio, sobre todo un oficio que lo obliga a levantarse temprano, a entrenarse todos los días, a dar clases de boxeo y de gimnasia sueca. Cada vez que nos vemos me monta una escena. Empieza a gritar: «¡Cualquiera diría que no soy capaz de mantener al hombre al que amo!». Es un sentimiento bonito, no lo niego, pero no concuerda con mis ideas. Cada uno tiene sus rarezas. Como dice usted muy bien, señora Léa: es una cuestión de conciencia.

Charlaban a media voz bajo los árboles; él púdico y desnudo, ella vestida de blanco y con las mejillas sonrosadas. Disfrutaban de la amistad que los unía, nacida de una común tendencia a la sencillez, a la salud, a una especie de hidalguía del pueblo llano. Sin embargo,

a Léa no la escandalizó que Patron recibiera regalos caros de una mujer tan cotizada como la bella Liane. «Es un toma y daca». E intentaba pervertir, con argumentos de una ecuanimidad antigua, la «rareza» de Patron. Sus largas conversaciones, que revelaban el culto que ambos profesaban hacia dos divinidades, el amor y el dinero, se apartaban del dinero y del amor para volver a Chéri, a su educación reprobable, a su belleza («en el fondo inofensiva», decía Léa) y a su carácter («si es que tiene uno», decía Léa). Estas conversaciones, mediante las que satisfacía su necesidad de confianza y su rechazo hacia cualquier palabra o idea nueva, se veían a menudo interrumpidas por la aparición extemporánea de Chéri, al que creían dormido o conduciendo como un loco por la carretera. Chéri surgía, medio desnudo, pero armado con un libro de contabilidad y con la pluma detrás de la oreja.

—¡Míralo! —exclamaba con admiración Patron—. Parece un cajero.

—Pero ¿qué ven mis ojos? —exclamaba desde lejos Chéri—. ¿Trescientos veinte francos en gasolina? ¿Acaso se la beben? ¡Hemos salido cuatro veces en quince días! ¡Y setenta y siete francos en aceite!

—El coche va y viene del mercado todos los días —respondía Léa —. Por cierto, parece ser que tu chófer ha repetido tres veces de cordero asado en el almuerzo. ¿No crees que eso excede un poco lo convenido? Cuando una factura se te atraganta, eres igual que tu madre.

Sin saber qué contestar, él vaciló un momento, apoyando el peso del cuerpo primero en un pie y luego en el otro, meciéndose con la gracia vaporosa de un pequeño Mercurio que hacía chillar de entusiasmo a la señora Peloux: «¡Pero si soy yo a los dieciocho años! ¡Pies alados, pies alados!». Chéri trataba de dar con una respuesta impertinente; tenía el rostro estremecido, la boca entreabierta y la frente arrugada en una actitud tensa que realzaba la singular inflexión diabólica de las cejas, que había levantado hacia la sien.

—No le des más vueltas —decía tranquilamente Léa—. Sí, ya sé que me odias. Ven y dame un beso. Eres un demonio guapísimo. Un ángel maldito. Venga, no seas tonto.

Chéri se acercó, a un tiempo calmado por el sonido de aquella voz y ofendido por sus palabras. Al verlos, Patron hizo florecer una vez más la verdad en sus labios:

—No se puede negar que el físico le acompaña. Pero yo, cuando lo miro, señor Chéri, creo que si fuese mujer pensaría: «Dentro de diez años hablamos».

—¿Lo oyes, Léa? Dentro de diez años, dice —insinuaba Chéri apartando la cabeza de su amante, que se inclinaba hacia él—. ¿Qué te parece?

Pero ella no se dignaba oír. Aquel cuerpo joven le debía el vigor renovado del que gozaba, así que empezó a darle golpecitos con la mano por todas partes —en la mejilla, en la pierna, en la nalga— con el placer irreverente de una nodriza.

—¿Por qué le gusta ser malo? —le preguntaba entonces Patron a Chéri.

Chéri envolvió con una mirada salvaje e inescrutable a aquel Hércules antes de contestar:

—Me consuela. No lo entenderías.

Lo cierto es que, al cabo de tres meses de intimidad, Léa aún no comprendía a Chéri. Si todavía hablaba con Patron, que ya sólo los visitaba los domingos, o con Berthellemy el Palillo, que se presentaba sin que ella lo hubiese invitado pero se iba al cabo de dos horas, de «devolver a Chéri a sus queridos estudios», era por costumbre, y como para excusarse de haberlo retenido tanto tiempo a su lado. Se fijaba plazos pero nunca los cumplía. Esperaba. «Hace tan buen tiempo… y además la escapada a París lo cansó mucho la semana pasada… Y, pensándolo bien, será mejor que me harte de él primero…».

Esperaba en vano, por primera vez en su vida, algo que jamás había echado en falta hasta entonces: la confianza, la candidez, las confesiones, la sinceridad, la entrega absoluta de un amante joven;

los momentos a altas horas de la noche en que, dando muestra de una gratitud casi filial, un adolescente abre por completo su corazón y derrama lágrimas, confidencias y rencores en el cálido seno de una amiga madura y leal. «Lo he logrado con todos —pensaba con obstinación—; siempre he sabido lo que valían, lo que pensaban y lo que querían. Y este mocoso, este mocoso… Sería el colmo».

Robusto y orgulloso ahora de sus diecinueve años, alegre en la mesa, impaciente en la cama, no entregaba de sí nada más que su cuerpo, y seguía siendo misterioso como una cortesana. ¿Era tierno? Sí, si un grito involuntario o un abrazo impulsivo pueden considerarse muestras de ternura. Pero en cuanto abría la boca la «maldad» volvía a apoderarse de él y se cuidaba de no revelar nada de sí mismo. ¡Cuántas veces, al amanecer, habría abrazado Léa a su amante, que yacía satisfecho y tranquilo, con los ojos entornados! Cada mañana la mirada y los labios de Chéri amanecían más bellos que la víspera, como si renacieran con cada despertar y cada abrazo. Cuántas veces, vencida también ella en esos momentos por el deseo de conquistar y el placer de confesar, habría apoyado la frente contra la de Chéri: «Di algo…, habla…, dime…».

Pero ninguna confesión afloró en la mueca de sus labios, ninguna palabra salvo imprecaciones enojadas o ebrias, acompañadas de «Nounoune», el apodo que le puso de pequeño y que hoy empleaba en la culminación del placer, como una llamada de socorro.

—Sí, te lo aseguro, un chino o un negro —le confesaba Léa a Anthine de Berthellemy—. No te lo puedo explicar —añadía displicente e incapaz de definir la impresión, confusa y fuerte, de que Chéri y ella no hablaban la misma lengua.

Volvieron a París a finales de septiembre. Chéri regresó a Neuilly aquella misma tarde y «deslumbró» a la señora Peloux. Agitaba las sillas en el aire, partía las nueces de un puñetazo, saltaba sobre el billar y jugaba a vaqueros en el jardín, corriendo tras los perros guardianes, que huían despavoridos.

—¡Uf! —suspiró Léa al regresar sola a su casa de la avenue Bugeaud—. ¡Qué maravilla, tengo toda la cama para mí!

Pero al día siguiente por la noche, mientras saboreaba el café de las diez, esforzándose para que la velada no se le hiciera larga ni el amplio comedor le pareciera vacío, la repentina aparición de Chéri, de pie en el marco de la puerta, Chéri, que había acudido con sus pies alados y silenciosos, le arrancó un grito nervioso. Ni amable ni locuaz, Chéri acudía a ella.

—¿Te has vuelto loco?

Él se encogió de hombros, desdeñó hacerse comprender: acudía a ella. No le preguntaba: «¿Me amas? ¿Ya me estabas olvidando?». Acudía a ella.

Al cabo de un momento, yacían en el centro de la enorme cama de Léa, forjada de acero y cobre. Chéri fingía dormir, lánguido, para mejor apretar los dientes y cerrar los ojos, presa de un furor de mutismo. A pesar de todo, ella, acurrucada contra él, escuchaba con deleite la tenue vibración, el tumulto lejano y cautivo con el que resuena un cuerpo que niega su angustia, su gratitud y su amor.

—¿Por qué no me lo dijo tu madre anoche en la cena?

—Le parece más apropiado que lo haga yo.

—¿Ah, sí?

—Eso dice.

—¿Y tú?

—Y yo, ¿qué?

—¿A ti también te parece más apropiado?

Chéri alzó hacia Léa una mirada indecisa.

—Sí. —Pareció reflexionar y repitió—: Sí, claro, es mejor.

Para no incomodarlo, Léa miró hacia la ventana. Una lluvia cálida ennegrecía aquella mañana de agosto y caía recta sobre los tres plátanos dorados del patio.

—Podríamos estar en otoño —observó Léa, y suspiró.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Chéri.

Ella lo miró, sorprendida:

—No me pasa nada, sólo que no me gusta esta lluvia.

—¡Ah, bueno! Pensaba que…

—¿Qué pensabas?

—Pensaba que estabas triste.

Ella no pudo reprimir una carcajada.

—¿Que estaba triste porque vas a casarte? Por favor…, eres…, eres muy gracioso…

Léa no acostumbraba a reírse, y su alegría molestó a Chéri. Se encogió de hombros e hizo su habitual mueca de disgusto mientras se encendía un cigarrillo, tensando la barbilla y adelantando el labio inferior.

—No deberías fumar antes de comer —dijo Léa.

Él respondió con alguna impertinencia, pero ella no la oyó: escuchaba ensimismada el sonido de su propia voz, que parecía haber reverberado en reprimendas diarias durante los últimos cinco años. «Como el reflejo infinito de los espejos enfrentados», pensó. Luego hizo un pequeño esfuerzo que la devolvió a la realidad y la hizo recuperar el buen humor.

—¡Por fortuna, evitar que fumes en ayunas será pronto responsabilidad de otra! —le dijo a Chéri.

—Ésa no tiene ni voz ni voto —sentenció Chéri—. ¿Verdad que me caso con ella? Pues que bese el suelo que piso y que dé gracias a Dios por la suerte que ha tenido. Y punto.

Tensó aún más la mandíbula, apretó la boquilla con los dientes y separó ligeramente los labios; vestido con un inmaculado pijama de seda, sólo consiguió parecerse a un príncipe asiático al que la oscuridad impenetrable de los palacios ha vuelto pálido.

Léa, indolente en su salto de cama rosa —un rosa que ella calificaba de «obligatorio»—, daba vueltas a ideas agotadoras que decidió lanzar, una a una, contra la calma fingida de Chéri:

—En definitiva, ¿por qué te casas con esa muchacha?

Él apoyó los dos codos en la mesa e imitó inconscientemente la cara de la señora Peloux cuando se ponía seria:

—Pues verás, cariño…

—Llámame señora o Léa. No soy ni tu doncella ni una amiguita de tu edad.

Hablaba en un tono seco, muy erguida en el sillón, sin alzar la voz. Él quiso replicar, desafiar aquel rostro tan bello, aunque algo ajado bajo el maquillaje, y aquellos ojos, que lo envolvían en una luz tan azul y tan franca. Pero luego se ablandó y cedió de una manera poco habitual en él:

—Nounoune, me has pedido que te lo explicara… Sabías perfectamente que esto no iba a durar para siempre. Y, además, hay muchos intereses en juego.

—¿Cuáles?

—Los míos —dijo sin sonreír—. Esa muchacha tiene una fortuna personal considerable.

—¿De su padre?

Chéri se echó hacia atrás, levantando las piernas.

—¡Y yo qué sé! ¡Preguntas cada cosa! Me imagino que sí. No creo que la bella Marie-Laure saque mil quinientos billetes de su patrimonio, ¿verdad? Mil quinientos billetes y joyas de familia bien.

—¿Y tú?

—Yo tengo más —dijo Chéri con orgullo.

—Entonces no necesitas el dinero.

Bajó la cabeza; la luz dibujaba iridiscencias azuladas en su cabello negro.

—Necesitar, necesitar… Ya sabes que tú y yo no tenemos el mismo concepto del dinero. Es algo en lo que nunca nos ponemos de acuerdo.

—Te reconozco que me has ahorrado este tema de conversación durante cinco años. —Léa se inclinó y puso una mano sobre la rodilla de Chéri—: Dime, cariño, ¿cuánto has ahorrado en estos cinco años?

Él empezó a hacer payasadas, riéndose y retorciéndose a los pies de Léa. Pero ella lo apartó con el pie.

—Sinceramente, dime… ¿Cincuenta mil al año, sesenta? Dímelo, ¿sesenta?, ¿setenta?

Él se sentó en la alfombra, inclinó la cabeza y la apoyó en la falda de Léa.

—¿Acaso no lo valgo?

Se exhibía a la luz del día, giraba la nuca, abría los ojos como platos; aunque parecían negros, Léa sabía que eran de un color castaño tirando a rojizo. Tocó con el índice, como señalando lo más extraordinario en tanta belleza, las cejas, los párpados, las comisuras de los labios. Aunque no podía evitar despreciarlo, en ocasiones el cuerpo de su amante le inspiraba cierto respeto. «Ser tan bello lo ennoblece», pensó.

—Dime, cariño, ¿y la muchachita qué tal? ¿Cómo se porta contigo?

—Me quiere, me admira. No habla mucho.

—Y tú, ¿cómo te portas con ella?

—No me porto —respondió él con sencillez.

—Bonitos dúos de amor —dijo Léa soñadora.

Él se incorporó sobre los codos y se sentó con las piernas cruzadas:

—Me sorprende que te intereses tanto por ella —dijo con severidad—. ¿No deberías preocuparte por cómo puede afectarte este cataclismo?

Léa miró a Chéri con un asombro que la rejuvenecía, levantando las cejas y entreabriendo la boca.

—Sí, a ti, Léa. A ti, que eres la víctima. A ti, el único personaje que inspira simpatía en esta historia, ya que te dejo plantada.

Se había puesto un poco pálido y, al maltratar a Léa, parecía herirse a sí mismo. Léa sonrió:

—No te preocupes, amor, no tengo intención de cambiar nada en mi vida. Durante una semana encontraré de vez en cuando en mis cajones un par de calcetines, una corbata, un pañuelo… Y cuando digo una semana… Ya sabes que tengo los cajones bien ordenados. ¡Ah! Y pienso renovar el cuarto de baño. Ya tengo pensados unos azulejos…

Calló y adoptó una expresión ávida mientras trazaba con el dedo un plan invisible en el aire. Chéri mantuvo su mirada vindicativa.

—¿No estás contento? ¿Acaso preferirías que volviese a Normandía a esconder mi dolor? ¿Que adelgazase? ¿Que dejara de teñirme el pelo? ¿Que la señora Peloux viniera a cuidarme? —Imitó la voz de pito de la señora Peloux aleteando los brazos en el aire—: «¡No es ni sombra de lo que era, ni sombra de lo que era! ¡La pobre se ha echado cien años encima!, ¡cien años!». ¿Lo preferirías?

Chéri la escuchó con semblante serio; quizá a causa de la emoción, se le estremecieron las aletas de la nariz.

—¡Pues sí! —gritó.

Léa estrechó fuertemente a Chéri entre sus tersos brazos, que su camisón dejaba al aire.

—¡Mi pobre niño! Pero ¡a ese paso habría tenido que morirme cuatro o cinco veces ya! Perder a un amante joven…, cambiar a un niño malo… —Y añadió en voz más baja, ligera—: Ya estoy acostumbrada.

—Ya lo sé —dijo él con aspereza—. ¡Y me importa un bledo! Sí, para que lo sepas, ¡me importa un bledo no haber sido tu primer amante! Lo que me hubiese gustado, o más bien lo que habría sido decente… y apropiado…, habría sido ser el último. —Con un giro de los hombros se sacudió aquellos magníficos brazos de encima—. En el fondo sabes que miro por tu bien.

—Lo comprendo perfectamente. Tú miras por mí, yo miro por tu prometida, todo eso está muy bien, es muy natural. Se nota que todo queda entre personas de buen corazón. —Se levantó, esperando que él contestase alguna grosería, pero Chéri no dijo nada, y ella sufrió al ver que la expresión de Chéri delataba algo parecido al desánimo. Se inclinó y le puso las manos debajo de las axilas—: Venga, vamos, vístete. Sólo me falta ponerme el vestido, debajo ya estoy lista. ¿Y qué otra cosa vamos a hacer en un día como éste si no es ir a la tienda de Schwabe a comprarte una perla? Bien habrá que hacerte un regalo de boda.

Él dio un salto y se le iluminó la cara:

—¡Estupendo! ¡Fantástico, una perla para la camisa! Una un poco rosada, ¡ya sé cuál!

—Ni hablar, una blanca, ¡algo viril, faltaría más! Yo también sé cuál. ¡Me arruinaré otra vez! ¡No sé qué haré con mis ahorros sin ti!

Chéri recuperó su aire reticente:

—Eso ya depende de mi sucesor.

Léa se dio la vuelta al llegar al umbral del boudoir, desde donde le dedicó su sonrisa más alegre, que dejaba a la vista su afilada dentadura y se extendía hasta el azul fresco de sus ojos, hábilmente maquillados:

—¿Tu sucesor? ¡Cuarenta céntimos y un paquete de tabaco! ¡Y una copa de licor de grosella el domingo, eso es todo lo que vale! ¡Y les dejaré algo a tus hijos!

Los dos estuvieron muy alegres durante las semanas siguientes. El noviazgo oficial de Chéri los separaba cada día durante unas horas, a veces una noche o dos. «Tengo que ganarme su confianza», afirmaba Chéri. Léa, a quien la señora Peloux mantenía alejada de Neuilly, se dejaba vencer por la curiosidad y hacía miles de preguntas al joven, que se daba importancia y llegaba cargado de secretos que delataba nada más cruzar el umbral, fingiendo echar una cana al aire cada vez que la visitaba:

—¡Amigos míos! —gritó un día, poniéndole su sombrero al busto de Léa—. Amigos míos, ¡la que hay montada en el Peloux Palace desde ayer!

—Quita el sombrero de ahí, lo primero. Y lo segundo: ni me hables de los degenerados de tus amigos. ¿Qué novedad hay ahora? —lo reprendía, riendo de antemano.

—¡Una guerra, Nounoune! ¡Una guerra abierta entre las dos matronas! ¡Marie-Laure y la señora Peloux tirándose del moño a cuenta de mis capitulaciones matrimoniales!

—¡No me digas!

—¡Sí! Es un espectáculo magnífico. Aparta los entremeses, que voy a imitar los brazos de la señora Peloux: «¡Qué régimen dotal ni qué ocho cuartos! ¿Y por qué no un tutor legal? ¡Es un insulto personal!, ¡personal! ¡La situación patrimonial de mi hijo…! Sepa usted, señora mía…».

—¿Le dijo «señora mía»?

—Y se quedó más ancha que larga. «Sepa usted, señora mía, que mi hijo no debe ni un céntimo desde que es mayor de edad, y la suma de acciones compradas desde 1910 asciende a…». Asciende a

esto, aquello o lo de más allá… En fin, ¡Catalina de Médicis, pero más diplomática!

Los ojos azules de Léa brillaban con lágrimas de risa.

—¡Ay, Chéri! Desde que te conozco nunca me habías hecho reír tanto. ¿Y qué decía la otra, la bella Marie-Laure?

—¡Ella sí que es terrible, Nounoune! Esa mujer debe de dejar una estela de muertes a su paso. Toda vestida de verde jade, la cabellera pelirroja, la tez…, en fin, aparenta dieciocho años. Y qué sonrisa… Escuchó los exabruptos de mi adorada madre sin pestañear. Esperó el final de la carga y contestó: «Tal vez valdría más, querida señora, no hablar muy alto de lo que su hijo ahorró entre 1910 y…».

—¡Zas!, ¡directo a la yugular! A la tuya. ¿Y tú dónde estabas mientras tanto?

—¿Yo? En el sillón de orejas.

—¿Estabas allí? —Léa paró de reír y de comer—. ¿Estabas presente? ¿Y qué hiciste?

—Un comentario ingenioso…, naturalmente. La señora Peloux ya empuñaba un objeto caro, dispuesta a vengar mi honor, pero la detuve sin levantarme del sillón: «Madre adorada, con dulzura, con mucha dulzura. Haz como yo, haz como mi encantadora suegra, que es más dulce que la miel… y el azúcar». Y con eso conseguí el régimen de gananciales.

—No comprendo.

—Las famosas plantaciones de caña que el pobre príncipe Ceste le dejó en herencia a Marie-Laure…

—Sí…

—El testamento es falso. La familia Ceste está muy disgustada. Podría haber un pleito. ¿Entiendes?

Estaba exultante.

—Entiendo, ¿pero cómo sabes tú esa historia?

—¡Ah! Pues resulta que la vieja Lili acaba de caer como ave de presa sobre el pequeño de los Ceste, que tiene diecisiete años y es muy piadoso…

—¿La vieja Lili? ¡Pero qué horror!

—… y el pequeño de los Ceste le ha contado todo ese asunto, entre beso y beso…

—¡Chéri! ¡Me están entrando náuseas!

—… y la vieja Lili lo contó el día del santo de mamá, el domingo pasado. ¡La vieja Lili me adora! Me tiene en gran consideración, ¡porque nunca he querido acostarme con ella!

—Eso espero —suspiró Léa—. Da igual…

Estaba reflexionando, y a Chéri le pareció que mostraba poco entusiasmo.

—Bueno, ¿qué dices? ¿No estuve fantástico?

Se inclinó por encima de la mesa; el mantel blanco y la vajilla, en los que se reflejaba el sol, lo iluminaban como unas candilejas.

—Sí…

«Da igual —pensaba Léa—, esa bruja de Marie-Laure lo ha tratado de rufián…».

—¿No hay pastel de queso, Nounoune?

—Sí…

«… y él ni se ha inmutado, como si le echaran flores…».

—Nounoune, ¿me darás la dirección? Me refiero a la dirección de la pastelería donde compras los flanes de queso, para el cocinero que he contratado y que empieza a trabajar en octubre.

—¿Pero qué dices? ¡Son caseros! Yo también tengo un cocinero… ¡Acuérdate de la salsa de mejillones y los *vol-au-vent*!

«… la verdad es que se podría decir que desde hace cinco años mantengo a este chiquillo… Pero de todas formas tiene trescientos mil francos de renta. ¿Se puede ser un rufián cuando se tienen trescientos mil francos de renta? No depende de la cantidad, sino de la actitud… Hay tipos a los que habría podido darles medio millón y no por eso serían rufianes. En cambio Chéri… Y sin embargo nunca le he dado dinero… En cualquier caso…».

—¡En cualquier caso —estalló— te ha tratado de rufián!

—¿Quién?

—¡Marie-Laure!

Él se puso muy ufano y adoptó aires de niño:

—¿Verdad? ¿Verdad, Nounoune, que lo insinuó?

—¡Me parece que sí!

Chéri levantó la copa llena de un vino de Château-Chalon de color coñac:

—¡Viva Marie-Laure! Qué piropo, ¿eh? ¡Sólo pido que me llamen igual cuando tenga tu edad!

—Si eso te basta para ser feliz…

Lo escuchó distraída hasta el final del almuerzo. Acostumbrado a los silencios de su sabia amiga, él se conformó con las cotidianas advertencias maternales: «Escoge el pan más tostado…», «No comas tanta miga…», «Nunca has sabido escoger la fruta»… Entretanto, secretamente malhumorada, Léa se reprochaba: «¡Debería saber qué quiero! ¿Qué me habría gustado? Que se plantara y dijera: "¡Señora, no me falte al respeto! ¡Usted no me conoce!". En el fondo, la culpa es mía. Lo he malcriado, se lo he dado todo… ¿Quién habría podido pensar que un día tendría ganas de jugar a ser padre de familia? ¡Yo desde luego que no! Y de haberlo pensado, como dice Patron, "Cada uno es como es". Aunque hubiese aceptado las proposiciones de Gladys, a Patron la sangre se le habría subido a la cabeza ante una alusión así. Pero Chéri… es Chéri. A él…».

—¿Qué decías, cariño? —se interrumpió—. No te estaba escuchando.

—Decía que nunca, ¿me oyes?, nunca nada me ha hecho reír tanto como esta anécdota con Marie-Laure.

«Ya ves —concluyó Léa—, a él le causa gracia».

Se levantó con gesto cansado. Chéri la tomó por la cintura, pero ella lo apartó.

—¿Qué día era tu boda?

—El próximo lunes.

Parecía tan inocente y tan impasible que ella se asustó:

—¡Fantástico!

—¿El qué es fantástico, Nounoune?

—¡De veras parece que no te preocupe!

—Es que no me preocupa —dijo él con voz tranquila—. Todo está previsto. La ceremonia es a las dos, así nadie se pondrá nervioso por el banquete. *Five o'clock* en casa de Charlotte Peloux. Y después el coche cama, Italia, los lagos…

—¿Siguen estando de moda los lagos?

—Sí. Villas, hoteles, coches, restaurantes… ¡Nada que envidiar a Montecarlo!

—Pero… ¿vas con ella?

—Claro que iré con ella. No es gran compañía, pero estará.

—Y yo ya no estaré.

Era evidente que el comentario había cogido a Chéri desprevenido. Se le descompuso el rostro: se le nublaron los ojos y perdió todo el color en los labios. Tuvo que controlar la respiración para no delatarse, pero logró recomponerse.

—Nounoune, tú estarás siempre.

—El señor es demasiado amable.

—Tú estarás siempre, Nounoune… —rio torpemente—, cada vez que necesite que me hagas un favor.

Ella no respondió. Se inclinó para recoger una horquilla de carey que se le había caído y se la volvió a colocar en el pelo canturreando. Satisfecha, alargó la cancioncilla frente al espejo, orgullosa del dominio que tenía sobre sus emociones, contenta de haber conseguido que el único minuto emotivo de su separación pasara desapercibido, orgullosa de haber callado las palabras que nunca hay que decir: «Habla, suplícame, dime qué quieres realmente, abrázame con fuerza… Acabas de hacerme feliz…».

La señora Peloux debía de haber hablado largo y tendido antes de que Léa entrase. El rubor de sus pómulos realzaba aún más el brillo de sus grandes ojos, en los que siempre podía leerse el mismo celo, indiscreto e impenetrable. Aquel domingo lucía un vestido de tarde negro de falda muy ceñida, y a nadie podía pasarle por alto que tenía unos pies diminutos y llevaba el corsé bien ajustado. Se interrumpió, bebió un sorbo en la copa fina que le entibiaba la palma de la mano e inclinó la cabeza hacia Léa con una languidez complacida.

—Qué tiempo más increíble que hace, ¿verdad? ¡Qué tiempo!, ¡qué tiempo! ¿Quién diría que estamos en octubre?

—¡Nadie! ¡No lo diría nadie! —respondieron dos voces serviles.

Un río de salvias rojas corría indolente en la alameda, entre dos riberas de asters de un malva casi gris. Unas mariposas colias revoloteaban como en verano, pero el aroma de los crisantemos, intensificado por el sol, llegaba hasta el vestíbulo. El viento mecía un abedul amarillo sobre una rosaleda de bengala que atraía las últimas abejas.

—¿Y qué es…? —exclamó la señora Peloux repentinamente lírica —. ¿Qué es este tiempo comparado con el que deben de tener *ellos* en Italia?

—En realidad… Usted cree… —respondieron las voces serviles.

Léa volvió la cabeza hacia las voces frunciendo el ceño:

—¡Si por lo menos estuvieran calladas! —murmuró.

Sentadas a una mesa de juego, la baronesa de la Berche y la señora Aldonza jugaban al *piquet*. La señora Aldonza, una trasnochada bailarina que padecía un reumatismo deformante, llevaba las piernas embutidas en unas mallas y una peluca negro

azabache ladeada en la cabeza. Enfrente, erguida como un cura rural, estaba sentada la baronesa de la Berche, que le sacaba una cabeza y media. Tenía un rostro grande al que el paso de los años había conferido un aspecto terriblemente masculino; tenía pelo por todas partes: pelo en las orejas, matas en la nariz y sobre el labio, falanges velludas…

—Baronesa, no me corte al noventa, haga el favor —dijo la señora Aldonza con voz trémula.

—Marque, marque, querida amiga. Yo lo único que quiero es que todo el mundo esté contento.

No paraba de impartir bendiciones, bajo las que ocultaba su salvaje crueldad. Léa la miró como si la viera por primera vez, con asco, y enseguida desvió la mirada hacia la señora Peloux. «Charlotte por lo menos parece humana…».

—¿Qué te pasa, Léa? Estás como ausente… —observó con ternura la señora Peloux.

Léa enderezó su hermoso talle y contestó:

—No me pasa nada, Lolotte… Se está tan bien en tu casa que me dejo ir… —Mientras lo decía pensaba: «Cuidadito, es tan cruel como la otra…». Adoptó una expresión de bienestar complaciente, de satisfacción distraída, que coronó con un suspiro, y añadió—: He comido demasiado… ¡y quiero adelgazar! Mañana me pongo a régimen.

La señora Peloux batió los brazos en el aire y dijo melindrosa:

—¿No te basta con la pena?

—¡Ja, ja, ja! —rieron la señora Aldonza y la baronesa de la Berche—. ¡Ja, ja, ja!

Léa se levantó; lucía un vestido de otoño verde apagado que estilizaba su hermosa figura y un sombrero de satén con adornos de piel de nutria. Se sentía joven entre aquellas piltrafas, a las que pasó revista con su dulce mirada:

—¡Ay, hijitas…! ¡Dadme una docena de penas como ésta a ver si consigo perder ni que sea un kilo!

—¡Eres fantástica, Léa! —le espetó la baronesa lanzando una bocanada de humo.

—Señora Léa, cuando ya no quiera más este sombrero, ¿me lo dará? —mendigó la vieja Aldonza—. Señora Charlotte, ¿se acuerda del suyo azul? Me duró dos años. Baronesa, cuando haya acabado de comerse con los ojos a la señora Léa, ¿me dará cartas?

—¡Aquí tiene, hermosa, y ojalá sean buenas!

Léa se quedó un momento en el umbral del vestíbulo y luego bajó al jardín. Cogió una rosa de Bengala, que se deshojó, escuchó el viento en el abedul, los tranvías en la avenida, el silbido de un tren de circunvalación. El banco donde se sentó estaba tibio y cerró los ojos, dejando que el sol le calentase los hombros. Cuando los abrió de nuevo, volvió la cabeza precipitadamente hacia la casa: estaba segura de que vería a Chéri de pie en el umbral del vestíbulo, apoyando el hombro en el quicio de la puerta…

«¿Qué me pasa?», se preguntó. Unas carcajadas agudas seguidas de un pequeño guirigay de recibimiento en el vestíbulo la hicieron levantarse, algo temblorosa. «¿Sufriré de los nervios?».

—¡Ah!, ¡aquí están, aquí están! —chillaba la señora Peloux.

Y la voz de bajo de la baronesa repetía:

—¡La parejita! ¡La parejita!

Léa se estremeció, corrió al umbral y se detuvo: tenía delante a la vieja Lili y a su amante adolescente, el príncipe Ceste, que acababan de llegar.

De unos setenta años y con la corpulencia de un eunuco encorsetado, se acostumbraba a decir de la vieja Lili que «se pasaba de la raya», sin precisar de qué raya se trataba. Una eterna alegría infantil le iluminaba la cara, redonda, rubicunda, maquillada, cuyos grandes ojos y diminutos labios coqueteaban sin reparo. La vieja Lili seguía la moda hasta un extremo escandaloso. Una falda a rayas azul revolución y blancas ocultaba la parte inferior de su cuerpo, una blusita azul escotada dejaba al descubierto su busto desnudo, arrugado como la barba de un pavo; un zorro plateado no alcanzaba

a ocultar su ancho cuello, que tenía forma de maceta y parecía haber engullido su mentón…

«¡Qué horror!», pensó Léa. No podía apartar la vista de los detalles particularmente siniestros: el «bretón» de fieltro blanco, por ejemplo, que lucía pícaramente inclinado sobre la peluca corta de color castaño claro, o el collar de perlas, a trozos visible y a trozos sepultado en una torrentera profunda que en otra época se había llamado «collar de Venus»…

—Léa, Léa, ¡mi compañera de fatigas! —exclamó la vieja Lili corriendo hacia ella. Caminaba con dificultad sobre unos pies orondos e hinchados, embutidos en unos coturnos con tiras de pedrería, y fue la primera en congratularse de ello:

—¡Ya sé que ando como un pato!, ¡es mi estilo! Guido, tesoro, ¿te acuerdas de la señora de Lonval? No te acuerdes demasiado o te salto a la yugular…

Una criatura delgada de rostro italiano, amplios ojos vacíos y barbilla huidiza y débil besó rápidamente la mano de Léa y regresó a la oscuridad, sin decir palabra. Lili lo pescó al vuelo y arrimó la cabeza del chico a su busto arrugado, poniendo a los presentes de testigo.

—¿Sabe lo que es esto, señora, sabe lo que es? Es mi gran amor, ¡sí, señoras!

—¡Contente, Lili! —aconsejó la voz masculina de la señora de la Berche.

—¿Y por qué? ¿Por qué? —saltó Charlotte Peloux.

—Por decencia —dijo la baronesa.

—¡Baronesa, no seas antipática! ¡Mira qué monos! ¡Ay! —suspiró la señora Peloux—, me recuerdan a mis hijos.

—En ellos estaba pensando —dijo Lili riendo contentísima—. También nosotros estamos de luna de miel, ¿verdad, Guido? ¡Venimos para saber de la otra joven pareja! Queremos que nos lo contéis todo.

La señora Peloux adoptó un aire severo:

—Lili, no esperarás que te cuente picardías, ¿verdad?

—¡Eso, eso! —exclamó Lili aplaudiendo. Intentó dar saltitos pero sólo consiguió levantar un poco los hombros y las caderas—. ¡Así me conquistan a mí! Me gusta pecar con las orejas. No me vais a cambiar. ¡Este granujilla sabe de lo que hablo!

Ante semejante acusación, el adolescente mudo no abrió la boca. Sus pupilas negras se movían de una punta a otra del blanco de sus ojos como insectos asustados. Léa, inmóvil, observaba.

—Charlotte nos ha contado cómo fue la ceremonia —gimió la señora Aldonza—. Tocada con la flor de azahar la joven señora Peloux era un sueño.

—¡Una madona! ¡Una madona! —rectificó Charlotte Peloux a pleno pulmón, impulsada por un delirio sagrado—. Jamás, jamás se había visto nada igual. ¡Mi hijo estaba en el séptimo cielo! ¡El séptimo cielo! ¡Qué pareja! ¡Qué pareja!

—Tocada con la flor de azahar… ¿Lo oyes, tesoro? —murmuró Lili —. Oye, Charlotte, ¿y qué me dices de la suegra? ¿De Marie-Laure?

Los ojos implacables de la señora Peloux lanzaron destellos.

—¡Ay, Marie-Laure…! Fuera de lugar, totalmente fuera de lugar… Embutida en un vestido negro muy ceñido, parecía una anguila saliendo del agua; los pechos, el vientre…, se le marcaba todo, ¡todo!

—¡Caray! —masculló la baronesa de la Berche con furia militar.

—Y el desdén con el que trata a todo el mundo, ese aire de tener todo el rato cianuro en el bolsillo y un cuartillo de cloroformo en la faltriquera. En pocas palabras: ¡fuera de lugar! Dio la impresión de no disponer ni de cinco minutos para dedicarnos. Apenas se habían besado los novios dijo: «Adiós, Edmée, adiós, Fred», ¡y ya no volvimos a verle el pelo!

La vieja Lili jadeaba, sentada en el borde de un sillón, con la boquita de abuela, de comisuras plisadas, entreabierta:

—¿Y la charla? —espetó.

—¿Qué charla?

—La charla… Ay, tesoro, no me sueltes la mano… Los consejos para la novia, ¿quién se los dio?

Charlotte Peloux la miró de arriba abajo, ofendida.

—Eso a lo mejor se hacía en tu época, pero ya no se estila.

Desafiante, la vieja se puso en jarras:

—¿No se estila? ¿Y qué sabrás tú, pobre Charlotte? ¡En tu familia lo que no se estila es casarse!

—¡Ja, ja, ja! —rieron imprudentemente las dos ilotas.

Pero una sola mirada de la señora Peloux las dejó clavadas.

—¡Haya paz, ángeles míos! Cada una tenéis vuestro paraíso en la tierra, ¿qué más queréis?

La señora de la Berche extendió una fuerte mano de gendarme pacificador entre los rostros airados de aquellas damas. Pero Charlotte Peloux husmeaba las peleas como un caballo la sangre:

—Me estás buscando, Lili, y ¡te juro que me encontrarás! Te debo respeto y lo sé, porque si no…

Lili temblaba de risa desde el mentón a los muslos:

—Porque si no… ¿te casarías aunque sólo fuera por desmentirme? ¡Casarse no es difícil! A mí no me importaría casarme con Guido, por ejemplo, si fuera mayor de edad.

—¿No? —repuso Charlotte olvidando su enfado.

—¡Pues claro! ¡Princesa Ceste, querida! ¡La *piccola principessa! Piccola principessa*! ¡Así es como me llama mi principito!

Se levantó la falda y, al dar media vuelta, descubrió la cadenita de oro que llevaba donde debería haber tenido el tobillo.

—Sólo que… —prosiguió misteriosamente— su padre…

Se estaba quedando sin resuello, y con un gesto llamó al chiquillo mudo, que habló en voz baja y precipitadamente, como recitando:

—Mi padre, el duque de Parese, quiere mandarme al convento si me caso con Lili…

—¡Al convento! —chilló Charlotte Peloux—. ¡Al convento, un hombre!

—¡Un hombre al convento! —relinchó el bajo profundo de la señora de la Berche—. ¡Caramba, eso sí que es excitante!

—Son unos salvajes —se lamentó Aldonza juntando las desfiguradas manos.

Léa se levantó tan bruscamente que tiró una copa llena.

—Es cristal —constató la señora Peloux con satisfacción—. Le traerás suerte a la parejita. ¿Adónde vas tan deprisa? ¿Se te ha prendido fuego la casa?

Léa logró esbozar una sonrisa picarona:

—¿Fuego? En cierta manera… Pero ¡chitón! ¡Basta ya de preguntas! Es un secreto…

—¡No! ¿Hay novedades? ¡No puede ser!

Charlotte Peloux piaba de codicia:

—Ya me parecía a mí…

—¡Sí, sí! ¡Cuéntanoslo todo! —aullaron las tres viejas.

Las palmas rollizas de Lili, los muñones deformes de la Aldonza, los firmes dedos de Charlotte Peloux la asían por las manos, las mangas del vestido, el bolso de mallas de oro. Léa se deshizo de todas aquellas garras y logró soltar otra risita traviesa:

—No, es demasiado pronto, ¡lo estropearía todo! ¡Es un secreto! —Y corrió hacia el vestíbulo.

Pero la puerta se abrió ante ella y un viejo apergaminado, una especie de momia juguetona, la tomó en sus brazos:

—Léa, guapísima, ¡dale un beso a tu Berthellemy, o no te dejo pasar!

Ella soltó un grito de miedo y de impaciencia, se libró a golpes de los huesos enguantados que la tenían presa y huyó.

Ni en las avenidas de Neuilly, ni en las alamedas del Bois, azules bajo un rápido crepúsculo, se concedió tiempo para pensar. Tiritaba ligeramente y subió la ventanilla del coche. La visión de su casa limpia, de su habitación rosa y su boudoir, abarrotado de muebles y de flores, la reconfortó:

—¡Deprisa, Rose, caliente bien mi dormitorio!

—Pero, señora, el calorífero ya está a la temperatura de invierno. No debería haber salido sólo con un cuello de pieles. Las tardes son traicioneras.

—Pon el calentador en la cama enseguida, y para cenar un tazón de chocolate bien espeso con una yema batida dentro, y unas

tostadas, y uvas… Deprisa, hija, estoy helada, he cogido frío en ese bazar de Neuilly…

Una vez acostada, apretó los dientes para impedir que castañetearan. El calor de la cama distendió sus músculos contraídos, pero todavía no se abandonó, y el libro de cuentas de Philibert, el chófer, la tuvo ocupada hasta que llegó el chocolate, que bebió bien caliente y espumoso. Escogió uno a uno los granos de albilla, balanceando el racimo colgado del raspón; era un racimo largo, de color ámbar verde al trasluz…

Luego apagó la lámpara de la mesilla, se tumbó como a ella le gustaba, bien estirada boca arriba, y se relajó.

«¿Qué me pasa?». Empezó a temblar de nuevo, presa de la ansiedad. La imagen de una puerta abierta tras la que no había nadie la obsesionaba: la puerta del vestíbulo flanqueada por dos matas de salvia roja. «Es enfermizo —se dijo—, no es normal que una puerta me ponga en este estado». También se le aparecieron las tres viejas, el cuello de Lili, la manta beige que la señora Aldonza arrastraba consigo desde hacía veinte años. «¿A cuál de las tres me pareceré dentro de diez años?».

Esta perspectiva no la asustó, pero su ansiedad fue en aumento. Dejó que su mente divagara de una imagen a otra, de un recuerdo a otro, tratando de alejarse de la puerta vacía encuadrada por las salvias rojas. Se aburría en la cama y temblaba ligeramente. De pronto pegó un salto, sacudida por un malestar tan fuerte que al principio creyó que era físico, un dolor que le torció la boca y le arrancó, en un sollozo ronco, un nombre:

—¡Chéri!

Siguieron unas lágrimas que no pudo reprimir enseguida. En cuanto volvió a ser dueña de sí misma, se sentó, se secó la cara y volvió a encender la lámpara. «Bueno —se dijo—, ya sé qué me pasa». Tomó un termómetro que había en la mesa de noche y se lo puso bajo la axila. «Treinta y siete. O sea que no es físico. Es tristeza. Algo habrá que hacer».

Bebió un poco de agua, se levantó, se lavó los ojos hinchados, se empolvó, avivó el fuego y volvió a acostarse. Se sentía circunspecta, llena de desconfianza hacia un enemigo al que no conocía: el dolor. Acababa de decir adiós a treinta años de vida fácil: años amables, dedicados al amor, a veces al dinero. Se había quedado, a sus casi cincuenta años, joven y vulnerable.

Se burló de sí misma, dejó de sentir dolor y sonrió: «Creo que me he vuelto loca por un momento, pero ya se me ha pasado». Sin embargo, un movimiento involuntario del brazo izquierdo, que se acomodó para acoger una cabeza dormida, le devolvió toda su agonía y la hizo sentarse de un salto.

—¡Pues sí que estamos bien! —dijo en voz alta, severa.

Miró la hora y vio que aún no eran las once. En el piso de arriba, se oyó el paso amortiguado de la vieja Rose, que subía por escalera hacia la buhardilla. Después se hizo el silencio. Léa resistió el deseo de llamar a la amable solterona para que acudiera en su ayuda.

—¡No, no! El servicio no tiene por qué enterarse.

Volvió a levantarse, se abrigó con una bata de seda acolchada y se calentó los pies. Luego entreabrió una ventana y tendió la oreja para escuchar sin saber bien qué. Un viento húmedo y suave había traído nubes, y el Bois cercano, todavía frondoso, murmuraba con cada bocanada. Léa volvió a cerrar la ventana, cogió un periódico y leyó la fecha: «Veinticinco de octubre. Hace un mes justo que Chéri está casado».

Nunca decía «… que Edmée está casada».

Siguiendo el ejemplo de Chéri, aún no contaba a esa joven sombra de mujer entre los vivos. Ojos castaños, una hermosa cabellera ondulada de color rubio ceniza…, el resto se desvanecía en el recuerdo como los contornos de una cara atisbada en sueños. «A esta hora seguro que están haciendo el amor en Italia. Pero me es totalmente indiferente…».

No fanfarroneaba. La imagen que se formó de la joven pareja, las actitudes familiares que evocó —ni siquiera la expresión del propio Chéri, que yacía derrotado unos instantes, la línea blanca de

la luz entre sus débiles párpados— no despertaron en ella ni curiosidad ni celos. En cambio, la convulsión animal volvió a apoderarse de ella, doblegándola, cuando reparó en una muesca en el entablado gris perla, la marca de alguna brutalidad de Chéri… «La hermosa mano que ha dejado aquí su huella se ha apartado de ti para siempre…».

—¡Qué bien hablo! ¡Veréis como el dolor me volverá poeta!

Se paseó, se sentó, volvió a acostarse, esperó a que amaneciera. A las ocho Rose la encontró sentada al escritorio, un espectáculo que preocupó a la vieja doncella.

—¿La señora está enferma?

—Más o menos, Rose. La edad, ya sabes… Vidal quiere que cambie de aires. ¿Te vienes conmigo? El invierno se anuncia malo aquí, vamos a comer platos cocinados con aceite, al sol.

—¿Dónde?

—Eres demasiado curiosa. Haz que preparen los baúles. Sacude bien las mantas de pieles…

—¿La señora se lleva el coche?

—Creo que sí. Bueno, seguro que sí. Quiero todas las comodidades, Rose. Piensa que me voy sola: es un viaje de placer.

Durante cinco días, Léa recorrió todo París, escribió, telegrafió, recibió despachos y cartas meridionales. Y abandonó París, dejando a la señora Peloux una carta breve, que sin embargo le costó tres intentos:

Mi querida Charlotte:

No te tomes a mal que me haya ido sin despedirme ni revelarte mi pequeño secreto. ¡Soy una loca! Bah, la vida es corta, procuremos que al menos sea buena.

Te mando un beso. Dale recuerdos al chico cuando vuelva.

Tu incorregible,

LÉA

P.D.: No te molestes en venir a interrogar ni a mi mayordomo ni al portero, en mi casa nadie sabe nada.

—¿Sabes, tesoro mío? Me parece que no tienes muy buena cara.

—He pasado mala noche en el tren —contestó brevemente Chéri.

La señora Peloux no se atrevió a decir todo lo que pensaba. Encontró a su hijo cambiado. «Está…, sí, está fatal», decretó; y en voz alta terminó la frase con entusiasmo:

—¡Es Italia!

—Si tú lo dices —concedió Chéri.

La madre y el hijo acababan de desayunar juntos y Chéri se había dignado saludar con algunas blasfemias halagadoras su «café con leche de portera»; un café con leche cremoso y azucarado que debía recalentarse después de añadirle unas tostadas con mantequilla desmigajadas que se recocían a placer y formaban en la superficie del café una costra suculenta.

Tenía frío con su pijama de lana blanca y se abrazaba las rodillas. Charlotte Peloux, coqueta para su hijo, estrenaba un salto de cama amarillo y un gorrito ceñido en las sienes que confería a la desnudez de su rostro una importancia siniestra.

Cuando él la miró, dijo melindrosa:

—¡Ya ves que me visto de abuelita! Pronto me empolvaré el cabello. ¿Te gusta el gorrito? Es como del siglo dieciocho, ¿no? ¿Dubarry o Pompadour? ¿Qué parezco?

—Pareces un viejo presidiario —le espetó Chéri—. Eso no se hace, o al menos se avisa.

Ella gimió y luego soltó una carcajada:

—¡Ja, ja, ja! ¡No te andas con chiquitas!

Pero él no se reía y miraba en el jardín la fina capa de nieve que había caído por la noche sobre el césped. Sólo la hinchazón espasmódica y casi insensible de los músculos maxilares dejaba

traslucir su nerviosismo. La señora Peloux, intimidada, imitó su silencio. Resonó el trino sofocado de un timbre.

—Es Edmée, que llama para que le sirvan el desayuno —dijo la señora Peloux.

Chéri no respondió.

—¿Qué le pasa al calorífero? Hace frío aquí —dijo al cabo de un rato.

—¡Es Italia! —repitió la señora Peloux con lirismo—. ¡Vuelves aquí con los ojos y el corazón llenos de sol! ¡Y vas a parar al polo!, ¡al polo! Las dalias no han florecido ni ocho días. Pero estate tranquilo, tesoro. Tu nidito de amor pronto estará listo. Si el arquitecto no hubiese tenido una paratifoidea, ya estaría terminado. Mira que se lo avisé; si no se lo he dicho veinte veces, no se lo he dicho ninguna: «Señor Savaron…».

Chéri, que se había acercado a la ventana, se volvió bruscamente:

—¿Qué fecha lleva la carta?

La señora Peloux abrió, inocente, unos ojos como platos:

—¿Qué carta?

—La carta de Léa que me has mostrado hace un rato.

—No lleva fecha, amor mío, pero la recibí la víspera del último domingo de octubre.

—Ah. ¿Y no sabéis quién es…?

—¿Quién es quién, cariño?

—Bueno, el tipo con el que se ha ido.

La cara sin maquillar de la señora Peloux adoptó una expresión maliciosa.

—¡No, figúrate! ¡No lo sabe nadie! La vieja Lili está en Sicilia y ninguna de mis viejas conocidas se ha enterado de nada. ¡Un misterio, un auténtico misterio! Pero ya me conoces, he ido espigando informaciones aquí y allá…

Las pupilas negras de Chéri se dilataron.

—¿Qué se rumorea?

—Parece que es un hombre joven… —cuchicheó la señora Peloux —. Un hombre joven… poco recomendable, ¡ya me entiendes! ¡Muy guapo, eso sí!

Mentía, eligiendo la suposición más rastrera. Chéri se encogió de hombros:

—¡Vaya, vaya! ¡Conque muy guapo! Pobre Léa, como si lo viera, un muchacho forzudo de la escuela de Patron, con vello negro en las muñecas y las manos húmedas… Mira, me vuelvo a la cama, me das sueño.

Arrastrando las babuchas, se volvió a la habitación, demorándose en los largos pasillos y los anchos rellanos de la casa, que le pareció estar descubriendo. Tropezó con un armario ventrudo y se sorprendió:

—Al diablo si me acordaba de que aquí había un armario… ¿Y quién debe de ser ese individuo?

Preguntaba a una ampliación fotográfica, que colgaba fúnebre en un marco de madera negra, junto a una cerámica policromada que Chéri tampoco reconocía.

La señora Peloux vivía en aquella casa desde hacía veinticinco años y conservaba todos los desafortunados errores de su estrafalario y codicioso gusto. «Esto parece la casa de una hormiga chiflada», le reprochaba la vieja Lili, aficionada a los cuadros, y sobre todo a los pintores vanguardistas. A lo cual la señora Peloux replicaba: «¿Para qué cambiar lo que está bien?».

Si un pasillo verde agua —verde corredor de hospital, decía Léa— se descascarillaba, Charlotte Peloux lo mandaba pintar otra vez de verde, y para cambiar el terciopelo granate de una *chaise longue* buscaba afanosamente el mismo terciopelo granate…

Chéri se detuvo en el umbral de la puerta de un cuarto de baño. Incrustadas en el mármol rojo de un mueble de lavabo había dos palanganas blancas con iniciales, y sobre ellas dos apliques eléctricos sostenían unos lirios de perlas. Se estremeció como si sintiera pasar una corriente de aire.

—¡Por Dios, qué feo es este bazar!

Siguió a grandes zancadas. La ventana al final del pasillo estaba adornada con un borde de pequeños vitrales rojos y amarillos.

—Y encima esto —masculló, doblando a la izquierda, y abrió una puerta, la puerta de su antiguo dormitorio, con rudeza, sin llamar. Desde la cama en la que Edmée estaba terminando de desayunar se oyó un gritito.

Chéri cerró la puerta y contempló a su joven esposa sin acercarse a la cama.

—Buenos días —le dijo ella sonriendo—. ¡Qué sorprendido pareces de verme!

El reflejo de la nieve bañaba todo su cuerpo con un resplandor azul. Llevaba suelta la cabellera castaña, ondulada, que apenas cubría sus elegantes hombros. Sus sonrosadas mejillas, a juego con el camisón, y sus labios, de un rosa que la fatiga había vuelto pálido, la hacían parecer un cuadro pintado en tonos claros, inacabado y algo lejano.

—Dame los buenos días, Fred —insistió.

Él se sentó junto a su mujer y la tomó en brazos. Ella se tumbó dulcemente tirando de Chéri. Él se apoyó en los codos para observar de cerca a la criatura que yacía junto a él, tan joven que la lasitud no deslucía sus rasgos. Sus párpados inferiores, tersos y ovalados, y la suavidad iridiscente de sus mejillas parecían maravillarlo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó de pronto.

Edmée abrió los ojos, que tenía tiernamente entornados. Chéri vio el color avellana de las pupilas y los dientecitos cuadrados que la risa dejaba al descubierto:

—¡Pero bueno…! El cinco de enero cumpliré diecinueve, ¡procura recordarlo!

Él retiró el brazo con brusquedad y la joven se deslizó en el hueco de la cama como una echarpe abandonada.

—Diecinueve años, ¡qué maravilla! ¿Sabes que yo tengo más de veinticinco?

—Pues claro que lo sé, Fred…

Él cogió de la mesilla un espejo de carey claro y se miró:

—¡Veinticinco años!

Veinticinco años, una tez de mármol blanco que parecía invencible. Veinticinco años, pero en la comisura externa del ojo, y también debajo —duplicando finamente el diseño clásico del párpado—, había dos arrugas, visibles únicamente a plena luz, dos incisiones, hechas por una mano tan temible y tan ligera… Dejó el espejo:

—Eres más joven que yo —le dijo a Edmée—, eso me contraría.

—¡A mí no!

Edmée había contestado con una voz cortante y llena de sobreentendidos. Él hizo caso omiso.

—¿Sabes por qué tengo los ojos bonitos? —le preguntó muy serio.

—No —respondió Edmée—. ¿Tal vez porque a mí me gustan?

—Vaya cursilada —dijo Chéri encogiéndose de hombros—. Es porque tengo el ojo como un lenguado.

—Como un…

—Como un lenguado. —Se sentó a su lado para demostrárselo—. Mira, aquí, la comisura junto a la nariz, es la cabeza del lenguado. El arco superior es la espalda del lenguado, mientras que la parte inferior es más recta: el vientre del lenguado. Y, luego, la comisura externa muy alargada hacia la sien es la cola del lenguado.

—Ah, ¿sí?

—Sí, si tuviese el ojo en forma de gallo, es decir, tan abierto abajo como arriba, tendría cara de tonto. Ya ves. Tú, que eres bachillera, ¿lo sabías?

—No, la verdad…

Enmudeció y se quedó perpleja, pues Chéri había hablado sentenciosamente, con una convicción exagerada, como hacen algunos locos. «Hay momentos —pensó— en que parece un salvaje, un hombre de la jungla. Pero no sabe de plantas ni de animales, y a veces parece que ni siquiera conozca a las personas…».

Chéri, apretado contra ella, le rodeaba los hombros con un brazo y con la mano libre toqueteaba las perlitas de su collar, tan bonitas,

redondas, uniformes. Embriagada por el perfume que Chéri usaba en exceso, la muchacha empezó a languidecer, como una rosa en una habitación caldeada.

—Fred, vuelve a la cama; estamos cansados…

Él no pareció oírla. Fijaba en las perlas del collar una mirada obstinada y ansiosa.

—Fred…

Chéri se estremeció, se levantó, se despojó furiosamente del pijama y se echó desnudo en la cama, intentando acomodar la cabeza en aquel hombro joven del que aún sobresalía la clavícula fina. Edmée obedecía con todo el cuerpo, encogía el flanco, extendía el brazo. Chéri cerró los ojos y se quedó inmóvil. Ella se mantuvo despierta con precaución, casi sin resuello bajo su peso, creyéndolo dormido. Pero al cabo de un momento él se volvió bruscamente imitando el gruñido de alguien que está profundamente dormido y se arropó con la sábana en el otro extremo de la cama. «Siempre hace lo mismo», constató Edmée.

Tendría que despertarse todo el invierno entre las cuatro paredes con ventanas de aquella habitación. El mal tiempo había retrasado las obras de la casa nueva, en la avenue Henri-Martin. El mal tiempo y los caprichos de Chéri, que quiso un cuarto de baño negro, un salón chino y un sótano con piscina y gimnasio. A las objeciones del arquitecto, respondía: «Me importa un bledo. El cliente manda. El precio me da igual». Pero a veces miraba con lupa un presupuesto, afirmando: «A Peloux hijo no se la juegan». De hecho, pontificaba sobre los precios de la producción en serie, el fibrocemento y el estuco cromado con una soltura increíble y una memoria escrupulosa para las cifras que le ganaron el respeto de los contratistas.

Consultaba poco a su mujer, aunque hacía alarde ante ella de su autoridad y, de vez en cuando, se esforzaba en disimular su indecisión con órdenes tajantes. Ella descubrió que, aunque tenía

buen ojo para los colores, despreciaba las formas bellas y las características de los estilos.

—Tú, Edmée, te complicas demasiado la vida…, los detalles… ¿Quieres una idea para la sala de fumar? Pues aquí la tienes: las paredes de azul, de un azul que no le tema a nada. Una alfombra violeta, de un violeta que salga como alma que lleva el diablo ante el azul de las paredes. Y luego, con esos colores, no temas usar el negro, ni el dorado para los muebles y los bibelots.

—Sí, Fred, tienes razón. Pero ¿no quedará un poco estridente con esos colores, aunque sean tan bonitos? Faltará la gracia, la nota clara, el jarrón blanco o la estatua…

—No, mujer —interrumpía él con rudeza—. El jarrón blanco seré yo, desnudo. Y que no se nos olvide poner un cojín, una perinola, o un chisme cualquiera de color rojo pimiento para cuando me pasee desnudo por la sala de fumar.

Ella acariciaba, escandalizada pero secretamente cautivada, aquellas imágenes, que transformaban su futuro hogar en una especie de palacio de dudosa reputación, de templo a la gloria de Chéri. Pero no oponía resistencia, mendigaba dulcemente «un rinconcito» para un mobiliario minúsculo y precioso, taraceado sobre fondo blanco, regalo de Marie-Laure.

Esa dulzura ocultaba una voluntad joven pero bien empleada que le sirvió para sobrevivir los cuatro meses que acamparon en casa de su suegra. Gracias a esa determinación, pudo evadir durante esos cuatro meses al enemigo que la acechaba, las trampas que le eran tendidas a diario para acabar con su serenidad, su alegría aún tímida, su diplomacia. Charlotte Peloux, exaltada por la proximidad de una víctima tan tierna, tendía a perder los estribos y derrochaba las flechas, mordía a diestro y siniestro. «Calma, señora Peloux —le espetaba de vez en cuando Chéri—. ¿A quién te comerás el invierno que viene si no te paro los pies?».

Edmée observaba a su marido a un tiempo temerosa y agradecida, y trataba de no pensar demasiado, de no mirar demasiado a la señora Peloux. Una tarde, como quien no quiere la

cosa, Charlotte pronunció tres veces el nombre de Léa en vez del de Edmée desde el otro lado del centro de mesa de crisantemos. Chéri frunció el ceño:

—Señora Peloux, me parece que tienes trastornos de memoria. ¿Crees necesaria una cura de aislamiento?

Charlotte Peloux se mordió la lengua durante una semana, pero Edmée no se atrevió nunca a preguntarle a su marido: «¿Te has enfadado por mí? ¿Es a mí a quien defendías? ¿No será a la otra mujer, a mi predecesora?».

Durante la infancia y la adolescencia había aprendido a ser paciente, a tener esperanza, a ser discreta, así como a aprovechar las armas y virtudes que tenía a su disposición en beneficio propio como un prisionero. La bella Marie-Laure no había reñido nunca a su hija: se limitaba a castigarla. Jamás una palabra dura, jamás una palabra tierna. La soledad, luego el internado, y después de nuevo la soledad de algunas vacaciones, la relegación frecuente a una habitación lujosamente decorada, y por fin la amenaza del matrimonio, de cualquier matrimonio, en cuanto la madre demasiado bella atisbó en la hija el amanecer de otra belleza, una belleza tímida, como oprimida, y precisamente por eso más cautivadora… Al lado de esa insensible madre de marfil y oro, la rotunda maldad de Charlotte Peloux era una bendición…

—¿Tienes miedo de mi querida madre? —le preguntó una tarde Chéri.

Edmée sonrió con un mohín despreocupado.

—¿Miedo? No. Un portazo te sobresalta, pero no te da miedo. Lo que da miedo es la serpiente que pasa por debajo de la puerta…

—Marie-Laure sí que es una serpiente, ¿no?

—Sí.

Él esperó una confidencia que no llegó, y rodeó con camaradería los hombros delgados de su mujer:

—Somos como huérfanos, ¿no crees?

—¡Sí, somos dos huérfanos! ¡Somos tan buenos!

Se apretó contra él. Estaban solos en el vestíbulo. La señora Peloux, como decía Chéri, estaba en el piso de arriba preparando las pócimas del día siguiente. La noche aún era fría tras los cristales, que reflejaban los muebles y las lámparas como un estanque. Edmée se sentía cálida y protegida, a salvo en brazos de aquel desconocido. Alzó la cabeza y gritó alarmada: Chéri miraba, con los ojos cerrados, hacia la araña de cristal que colgaba del techo; una mueca de desesperación deformaba su magnífico rostro y dos lágrimas centelleaban atrapadas entre sus pestañas…

—¡Chéri, Chéri! ¿Qué te pasa?

Sin querer, se había referido a él con el apodo cariñoso que siempre evitaba. Él obedeció a la llamada, extraviado, y dirigió la mirada hacia ella.

—¡Chéri! Dios mío, me estás asustando… ¿Qué te pasa?

Se separó un poco de ella y la sujetó por los brazos.

—¡Ja, ja, ja! Esta chiquilla, esta chiquilla… ¿De qué tienes miedo?

La miraba con los ojos bien abiertos, dulces, apacibles, insondables. Si cabe embellecidos por las lágrimas. Edmée iba a suplicarle que se callara cuando él retomó la palabra:

—¡Qué tontos somos! Esta idea de que somos dos huérfanos… Vaya idiotez. Es tan cierto…

Recuperó su habitual aplomo burlón y ella respiró aliviada, segura de que ya no hablaría más. Mientras empezaba a apagar con cuidado los candelabros, Chéri se volvió hacia Edmée con una vanidad muy ingenua, o muy retorcida:

—Toma, ¿y por qué no iba yo a tener un corazón también?

—¿Qué haces?

Aunque la había interpelado casi en un susurro, el sonido de la voz de Chéri alcanzó a Edmée de tal forma que se inclinó hacia delante como si la hubiese empujado. De pie, junto a un secreter abierto, tenía las dos manos encima de unos papeles esparcidos.

—Ordenando… —dijo con voz débil. Levantó una mano, que se quedó en el aire como entumecida. Luego pareció despertar y dejó de mentir—: Bueno, Fred… Me dijiste que para la mudanza que se avecina te horrorizaba pensar en lo que quieres llevarte: de esta habitación, de estos muebles… De buena fe, he querido poner orden, hacer una selección…, y luego han aparecido el veneno, la tentación, los malos pensamientos, un mal pensamiento en concreto… Perdóname. He tocado cosas que no me pertenecen.

Temblaba valientemente y esperaba. Él estaba de pie, con la cabeza gacha y los puños cerrados, en una actitud amenazadora, pero no parecía ver a su mujer. Tenía la mirada tan empañada que Edmée guardó de aquel momento el recuerdo de una conversación con un hombre de ojos pálidos…

—¡Claro! —dijo por fin—. Tú buscabas… Buscabas cartas de amor.

Ella no lo negó.

—¡Buscabas mis cartas de amor!

Se rio con su risa torpe y forzada. Edmée se ruborizó, ofendida:

—Piensas que soy tonta, claro. ¿Cómo no ibas a ponerlas a buen recaudo o a quemarlas? Y, además, no es asunto mío. Tengo lo que merezco. ¿No me guardarás rencor, Fred?

Suplicaba con algo de esfuerzo y hacía por estar guapa, adelantando los labios y disimulando la parte alta de la cara con la

sombra de los cabellos vaporosos. Pero Chéri no cambiaba de actitud y ella observó, por primera vez, que su inmaculada tez adquiría la transparencia de una rosa blanca de invierno y que el óvalo de las mejillas era más delgado.

—Cartas de amor… —repitió—. Es tronchante.

Dio un paso adelante, tomó un puñado de papeles y los hojeó. Postales, facturas de restaurantes, cartas de proveedores, telegramas de amiguitas de una noche, notas de amigos gorrones, tres líneas, cinco líneas; y algunas páginas marcadas por el trazo cortante y diminuto de la caligrafía de la señora Peloux…

Chéri se volvió hacia su mujer:

—No tengo cartas de amor.

—¡Oh! —protestó ella—, ¿por qué quieres…?

—¡No tengo! —la interrumpió él—. No lo puedes entender. No me había dado cuenta. No puedo tener cartas de amor porque… —Se detuvo—. ¡Ah! Espera, espera. Una vez, ahora lo recuerdo, no quise ir a La Bourboule, y entonces… Espera, espera… —Abría cajones, tiraba febrilmente papeles sobre la alfombra—. ¡No puede ser! ¿Qué hice con ella? Juraría que estaba en el cajón de arriba a la izquierda… No… —Volvió cerrar con violencia los cajones vacíos y fulminó a Edmée con la mirada—: ¿No has encontrado nada? ¿No habrás cogido una carta que empezaba con: «No, no, no me aburro. Siempre deberíamos separarnos ocho días al mes»? Y a continuación, no lo recuerdo muy bien, creo que hablaba de una madreselva que trepaba por la ventana…

Sólo se calló porque la memoria le fallaba, y esbozó un gesto de impaciencia. Edmée, tensa y delgada, plantada delante de él, no se dejaba amilanar:

—No, no he cogido nada —insistió con una irritación seca—. ¿Desde cuándo me dedico a ir cogiendo cosas? ¿Y cómo has podido dejar por ahí una carta que tanto aprecias? Una carta así, ¡ni falta me hace preguntar si es de Léa!

Él se estremeció un poco, pero no como Edmée esperaba. Una sonrisa apenas esbozada apareció en su rostro, tan bello como

inescrutable; y con la cabeza inclinada a un lado, la mirada expectante y el delicioso arco de los labios distendido, parecía escuchar el eco de un nombre… Edmée no pudo contener todas las nuevas emociones que se habían apoderado de ella, y estalló en gritos; mientras lloraba, retorcía las manos en el aire o las extendía para arañar:

—¡Vete!, ¡te odio! ¡Nunca me has amado, es como si para ti no existiese! Me ofendes, me desprecias, eres grosero, eres…, eres… ¡Sólo piensas en esa vieja! Eres un enfermo, un degenerado… Serás… ¡Si no me quieres! ¿Por qué, por qué, me pregunto, te has casado conmigo entonces? Serás… serás…

Sacudía la cabeza como un animal asido por el cuello, y cuando echaba la nuca hacia atrás para respirar, las perlitas blanquecinas y uniformes de su collar resplandecían. Chéri contemplaba con estupor los gestos descontrolados de aquel cuello encantador, el gesto suplicante de las manos entrelazadas y, sobre todo, aquellas lágrimas, tantas lágrimas… Nunca había visto tantas lágrimas… ¿Acaso había llorado alguien delante él, o por él? No, nunca… ¿Quizá la señora Peloux? «Pero las lágrimas de la señora Peloux no cuentan», pensó. ¿Léa? No. Rebuscó entre sus recuerdos más profundos, en los que encontró dos ojos de un azul sincero que, sin embargo, sólo había visto brillar de placer, de malicia y de ternura un poco burlona… ¡Cuántas lágrimas vertía aquella mujercita que se debatía delante de él! ¿Cómo podía consolarla? No lo sabía. De todas formas extendió el brazo, y al ver que Edmée retrocedía, quizá temiendo que le hiciera daño, posó la mano, hermosa, suave y perfumada, en la cabeza de la muchacha y acarició su despeinada cabellera, tratando de imitar una voz y unas palabras cuyo poder conocía perfectamente:

—Tranquila, tranquila… No es nada… No pasa nada… Tranquila…

Edmée se desplomó bruscamente en un sillón, donde se encogió y estalló en unos sollozos tan desconsolados que parecían carcajadas. Su cuerpo, grácilmente encorvado, se sacudía, estremecido por el dolor, los celos, la cólera y el servilismo

inconsciente; sin embargo, como un luchador en pleno combate, como el nadador arrollado por una ola, se sentía sumergida en un elemento nuevo, natural y amargo.

Lloró mucho rato y se recuperó lentamente, con períodos de calma interrumpidos por fuertes convulsiones e hipidos temblorosos. Chéri se había sentado a su lado y continuaba acariciándole el cabello. Había superado su propia crisis y se aburría. Recorría con la mirada a Edmée, tumbada en diagonal sobre el canapé, y no le gustaba que ese cuerpo acostado, con el vestido remangado y la echarpe deshecha, agravase el desorden de la habitación.

Aunque el suspiro de aburrimiento fue muy quedo, ella lo oyó y se incorporó.

—Ya lo sé —dijo—, te fastidio… Más valdría…

Él la interrumpió, temiendo un raudal de palabras:

—No es eso, pero no sé qué quieres.

—¿Cómo que qué quiero?… ¡¿Cómo que qué quiero?! —Tenía la cara cubierta de lágrimas.

—Escúchame.

Le tomó las manos. Ella quiso soltarse.

—No, no, ¡conozco esa voz! ¡Ni se te ocurra contarme otro de tus disparates! Cuando pones esa voz y esa cara, sé que vas a intentar convencerme de que tienes los ojos como salmonetes y la boca como un tres tendido boca arriba. ¡No, de eso nada!

Lo recriminaba puerilmente, y Chéri se relajó al darse cuenta de que los dos eran muy jóvenes. Sacudió las cálidas manos que tenía entre las suyas:

—¡Pero escúchame, mujer! ¡Quisiera saber qué es lo que me reprochas! ¿Acaso salgo de noche sin ti? ¡No! ¿Te abandono durante el día? ¿Mantengo una correspondencia clandestina?

—No lo sé… No creo…

La zarandeaba como a una muñeca.

—¿Duermo en una habitación aparte? ¿No te hago bien el amor?

Ella titubeó, sonrió con una malicia suspicaz.

—A eso le llamas amor, Fred…

—Se me ocurren otras palabras, pero no te gustarían.

—Lo que tú llamas amor… ¿no puede ser justamente una… una especie… de coartada? —Y añadió precipitadamente—: Generalizo, Fred, comprendes… Digo que eso, en ciertos casos, *puede* ser…

Él soltó las manos de Edmée:

—Eso —dijo con frialdad— es una majadería.

—¿Por qué? —preguntó ella con voz débil.

Él se puso a silbar, alzando el mentón y alejándose unos pasos. Luego volvió junto a su mujer y la miró como a una extraña. Un depredador no necesita abalanzarse sobre su presa para asustarla. Edmée vio que tenía las aletas hinchadas y la punta de la nariz blanca.

—¡Puaj! —soltó, mirando a su mujer. Se encogió de hombros y dio media vuelta. Llegó hasta la pared y volvió—. ¡Puaj! —repitió—. Y ahora encima habla.

—¿Cómo dices?

—Encima habla y ¿qué dice? Se permite…

Ella se levantó, enfurecida:

—Fred —gritó—, ¡no te atrevas a hablarme en ese tono! ¿Por quién me has tomado?

—Pues por una majadera, ¿o es que no acabo de decírtelo?

Le tocó el hombro con el dedo índice, y a ella le dolió como una herida grave.

—Tú que eres bachillera, ¿no conoces la expresión «No me toques…» lo que sea?

—Las narices —dijo ella maquinalmente.

—Exacto. Pues eso, querida, no me toques las narices. O sea: no ofendas a un hombre… en sus favores, si me permites expresarlo así. Me has ofendido en los dones que te hago… Me has ofendido en mis favores.

—¡Hablas como una cortesana! —tartamudeó ella.

Se sonrojó, estaba perdiendo la fuerza y la seguridad. Lo odiaba por seguir sereno, por mantener esa superioridad: su único secreto

era el porte de la cabeza, el aplomo de las piernas, la desenvoltura de los hombros y los brazos…

El dedo índice tocó de nuevo el hombro de Edmée.

—Perdone, pero se sorprendería si le dijera que, al contrario, es usted la que piensa como una furcia. A la hora de calibrar, a Peloux hijo no hay quien lo engañe. Yo de «cortesanas», como usted dice, sé un rato largo. Una «cortesana» es una dama que generalmente se las ingenia para recibir más de lo que da. ¿Me comprende? —Ella comprendía sobre todo que había dejado de tutearla—. Diecinueve añitos, la piel blanca, unos cabellos que huelen a vainilla; pero luego, en la cama, los ojos cerrados y los brazos caídos. Todo esto es muy bonito, pero ¿qué tiene de excepcional? ¿Se cree usted excepcional?

Ella se estremecía a cada palabra, y cada ofensa la espoleaba para la guerra entre sexos.

—Quizá sea excepcional —dijo con voz firme—, pero ¿cómo ibas tú a saberlo? —Él no contestó y ella se apresuró a aprovechar la ventaja—: En Italia vi hombres más guapos que tú. Los hay a montones. Mis diecinueve años valen lo mismo que los de cualquier muchacha; un chico guapo vale lo mismo que otro chico guapo… No te preocupes, todo tiene arreglo… Hoy en día un matrimonio es un compás vacío. En vez de amargarnos con peleas ridículas…

Él la detuvo con un gesto casi misericordioso de la cabeza:

—¡Ay, pobrecita! No es tan sencillo como crees.

—¿Por qué? Hay divorcios rápidos, si uno está dispuesto a pagar.

Hablaba con un aire desafiante, parecía una colegiala que se ha fugado del internado. Daba pena. Se había retirado el pelo de la frente, y el contorno suave y liso de las mejillas hacía que sus ojos, ansiosos e inteligentes, parecieran aún más oscuros; eran los ojos de una mujer desdichada, unos ojos resueltos y maduros en un rostro joven.

—No solucionaría nada —dijo Chéri.

—¿Y eso por qué?

—Porque… —Agachó la cabeza; sus cejas parecían alas puntiagudas. Cerró los ojos y los volvió a abrir como si acabase de tragar un sorbo amargo—: Porque me amas…

Ella sólo se fijó en que volvía a tutearla, y sobre todo en el tono de su voz, llena, algo entrecortada, la voz de sus momentos más dichosos. En su fuero interno lo reconoció: «Es verdad, lo amo; en este momento la cosa no tiene remedio».

En el jardín sonó la campana de la cena, una campana demasiado pequeña que ya estaba en la casa cuando la señora Peloux la compró, una campana de orfelinato de provincias, triste y límpida. Edmée se estremeció:

—¡No me gusta esa campana!

—¿No? —preguntó Chéri distraídamente.

—En nuestra casa no tocarán la campana, sino que anunciarán las comidas. En nuestra casa no tendremos ese estilo de pensión barata; ya lo verás, en nuestra casa…

Lo dijo sin volverse, mientras avanzaba por el pasillo color verde hospital, así que no vio, a sus espaldas, la atención salvaje que Chéri prestaba a sus últimas palabras, ni la sonrisa socarrona que acababa de esbozar.

Chéri caminaba ligero, estimulado por una primavera sorda que solamente se saboreaba en el viento húmedo, desigual, en el intenso perfume de la tierra de las plazas y los jardines. Un espejo le recordaba de vez en cuando, al pasar, que llevaba un sombrero de fieltro favorecedor, ladeado sobre el ojo derecho, un abrigo amplio y ligero, unos tupidos guantes de color claro y una corbata de color teja. El homenaje silencioso de las mujeres lo seguía, las más cándidas le dedicaban ese estupor pasajero que no se puede fingir ni disimular. Pero Chéri nunca miraba a las mujeres por la calle. Acababa de abandonar la casa de la avenue Henri-Martin, tras dar a los tapiceros unas cuantas órdenes contradictorias pero proferidas en tono autoritario.

Al final de la avenida, respiró un buen rato el aroma vegetal que las alas pesadas y húmedas del viento del oeste traían desde el Bois, y apresuró el paso hacia la Porte Dauphine. En pocos minutos alcanzó el extremo de la avenue Bugeaud y se paró en seco. Por primera vez desde hacía seis meses, sus pies pisaban aquel camino que conocía tan bien. Se desabrochó el abrigo. «He andado demasiado aprisa», se dijo.

Volvió a ponerse en marcha pero se detuvo una vez más; esta vez su mirada se fijó en un punto concreto: a cincuenta metros, con la cabeza descubierta y la gamuza en la mano, Ernest, el portero de Léa, «hacía» los dorados de la verja de la casa. Chéri empezó a canturrear mientras caminaba, pero por el sonido de su voz se percató de que no canturreaba nunca, y se calló.

—¿Qué tal, Ernest, trabajando como siempre?

El portero se mostró contento de verlo, pero sin excederse.

—¡Señor Peloux! ¡Qué alegría volver a verle! ¡No ha cambiado usted nada!

—Tampoco usted, Ernest. ¿La señora está bien?

Hablaba de perfil, atento a las persianas bajadas del primer piso.

—Supongo, señor, sólo hemos recibido unas cuantas postales.

—¿De dónde? De Biarritz, me imagino.

—No lo creo, señor.

—¿Dónde está la señora?

—No sabría decirle: el correo (nada importante) lo enviamos al notario de la señora.

Sacó la cartera mirando a Ernest con aire zalamero.

—¡Por favor, señor Peloux! ¿Dinero entre nosotros? De ninguna manera. Ni con mil francos logrará hacer hablar a un hombre que no sabe nada. Si el señor quiere la dirección del notario…

—No, gracias, no se preocupe. ¿Y cuándo vuelve?

Ernest levantó los brazos en el aire:

—¡Otra pregunta que no es de mi competencia! Quizá mañana, quizá dentro de un mes… Yo tengo la casa a punto, como ve. Con la señora nunca se sabe. Si me dijera: «Mírela, ahí viene», no me sorprendería.

Chéri se volvió y miró en la dirección en que había señalado el portero.

—¿El señor Peloux no desea nada más? ¿Sólo pasaba por aquí? Hace un día precioso.

—No, gracias, Ernest. Hasta la vista, Ernest.

—A su servicio, señor Peloux.

Chéri subió hasta la place Victor Hugo haciendo girar el bastón. Tropezó dos veces y estuvo a punto de caer, como la gente cuando cree que alguien los sigue con la mirada. Al llegar a la balaustrada del metro, se apoyó con los codos, asomado a la oscuridad negra y rosa del subterráneo, y se sintió agotado. Cuando se enderezó, vio que estaban encendiendo las farolas de gas de la plaza y que la noche lo teñía todo de azul.

«No, no es posible… ¡Estoy enfermo!». Estaba sumido en unos pensamientos sombríos y le costaba volver a la realidad. Pero dio con las palabras necesarias. «Vamos, vamos… Peloux, ¿no estarás desbarrando? ¿No te das cuenta de que es hora de volver a casa?». Esta última palabra reavivó el recuerdo que había tardado una hora en desterrar: una habitación cuadrada, el gran dormitorio de Chéri cuando era pequeño, una mujer joven ansiosa, de pie junto a la ventana, y Charlotte Peloux amansada por un vermut Martini.

—¡No! —dijo en alto—. ¡De ninguna manera! ¡Basta!

Al verlo levantar el bastón, un taxi se paró.

—Al restaurante… Eh… Al restaurante Dragon Bleu.

Cruzó el restaurante al son de los violines, bañado por el resplandor de una luz eléctrica atroz que sin embargo le pareció tonificante. Un maître lo reconoció, y Chéri le estrechó la mano. Ante él se levantó un joven flaco y Chéri suspiró con ternura:

—¡Ah, Desmond! ¡Qué ganas tenía de verte! ¡Qué oportuno!

La mesa a la que se sentaron estaba adornada con claveles rojos. En la mesa de al lado una manita y un gran penacho hicieron señas a Chéri.

—Es la Loupiote —le advirtió el vizconde Desmond.

Chéri no se acordaba de la Loupiote, pero le sonrió al penacho y tocó la manita sin levantarse, con la punta de un abanico de papel. Luego miró desafiante, con aire de conquistador, a una pareja desconocida, porque la mujer no había tocado la comida desde que Chéri se había sentado cerca de ella.

—Vaya cara de cornudo tiene el tipo, ¿no crees?

Para evitar que lo oyeran, se inclinó y susurró las palabras al oído de su amigo: estaba tan contento que los ojos le brillaban como si estuvieran llenos de lágrimas.

—¿Qué bebes desde que estás casado? ¿Manzanilla?

—Pommery —contestó Chéri.

—¿Y antes del Pommery?

—Pommery, ¡antes y después!

Y, dilatando las aletas de la nariz, recordaba la espuma con aroma a rosas de un champán añejo de 1889 que Léa reservaba exclusivamente para él.

Pidió una cena de modista emancipada: pescado frío al oporto, pajaritos asados y un suflé bien caliente en cuyo interior se escondía un helado ácido y rojo…

—¡Hola! —gritó la Loupiote agitando un clavel rojo en dirección a Chéri.

—¡Hola! —respondió Chéri, alzando la copa.

Un reloj de pared inglés tocó las ocho.

—¡Maldición! —masculló Chéri—. Desmond, hazme un favor, llama por teléfono.

Los pálidos ojos de Desmond esperaron impacientes las revelaciones que seguirían.

—Que te pongan con Wagram 17-08, pregunta por mi madre y dile que estamos cenando juntos.

—¿Y si se pone la joven señora Peloux?

—Lo mismo. Como ves, gozo de mucha libertad. La tengo bien enseñada.

Bebió y comió copiosamente, procurando aparentar seriedad e indiferencia. Pero la mínima carcajada, el ruido de una copa al romperse o la lánguida melodía de un vals lo exaltaban. El brillo azulado de los muebles de madera le recordaba la Riviera, las aguas oscuras alrededor del reflejo del sol del mediodía. Olvidó la frialdad que suelen aparentar los hombres atractivos y miró de arriba abajo a la mujer morena que tenía enfrente hasta hacerla estremecer.

—¿Y Léa? —preguntó de pronto Desmond.

Chéri no se sobresaltó, precisamente estaba pensando en ella.

—¿Léa? Está en el sur.

—¿Lo vuestro se ha acabado?

Chéri apoyó un pulgar en la escotadura del chaleco.

—¡Ah! Sí, sí, no podía ser de otra manera. Fue una ruptura cordial, quedamos como amigos. Nada es para siempre. Ella es una mujer encantadora e inteligentísima. ¡Pero si tú la conociste! ¡Qué

amplitud de miras! Una mujer extraordinaria. Te confesaré, amigo mío, que de no ser por el tema de la edad… Pero estaba el tema de la edad, y claro…

—Por supuesto —le interrumpió Desmond.

Aquel joven de ojos apagados, aunque sabía desempeñar a la perfección los agotadores cometidos del parásito, acabó dejándose llevar por la curiosidad y no tardó en reprocharse semejante imprudencia. Pero Chéri, circunspecto a pesar de la borrachera, no hacía más que hablar de Léa. Dijo cosas razonables, haciendo gala de la sensatez de un hombre casado. Alabó el matrimonio, pero sin despreciar las virtudes de Léa. Cantó la dulzura sumisa de su joven esposa, para poder criticar el carácter decidido de la que había sido su amante: «¡Menuda! ¡Esa sí tenía ideas propias!». Se delató al hablar de Léa con severidad y hasta con impertinencia. Se escondía detrás de las estupideces que profería presa de la desconfianza propia del amante paranoico, y al mismo tiempo saboreaba el sutil placer de hablar de ella sin moros en la costa. A punto estuvo de mancillar su nombre, mientras su corazón celebraba el recuerdo que tenía de ella: a punto de mancillar el nombre, dulce y claro, que había evitado pronunciar durante aquellos seis meses, así como la imagen misericordiosa de Léa, inclinada sobre él, con dos o tres arrugas, pronunciadas e irreparables, en el rostro, y sin embargo bella, perdida para él, pero, ¡ay!, tan presente…

Hacia las once decidieron marchar; el restaurante estaba casi vacío y tenían frío. Sin embargo, en la mesa de al lado, la Loupiote se dedicaba a su correspondencia y pedía que le trajeran formularios de telegramas. Cuando pasaron junto a ella, alzó el rostro, pálido e inofensivo como el de un corderito.

—¿Qué pasa? ¿No piensan darme las buenas noches?

—Buenas noches —concedió Chéri.

La Loupiote reclamó la atención de su amiga para elogiar a Chéri:

—¿Qué te parece? ¡Y encima es rico! Hay tipos que lo tienen todo.

Pero Chéri sólo le ofreció su pitillera abierta; ella se volvió mordaz:

—Lo tienen todo, pero no qué hacer con ello… ¡Vuelve a casa de mamá, cariño!

—Justamente —le dijo Chéri a Desmond al llegar a la calle— te quería pedir, Desmond… Espera, a ver si salimos de este túnel… Apenas se puede respirar…

La húmeda brisa nocturna hacía demorarse a los paseantes, pero las funciones aún no habían acabado en los teatros de la rue Caumartin, y el bulevar no estaba abarrotado de gente. Chéri tomó a su amigo del brazo:

—Oye, Desmond, me gustaría que volvieras a telefonear.

Desmond se detuvo.

—¿Otra vez?

—Llama a Wagram…

—17-08.

—Eres un ángel. Di que estábamos en tu casa y de pronto me he encontrado mal. ¿Dónde vives?

—En el hotel Morris.

—Perfecto. Diles que volveré mañana por la mañana, que me estás preparando una infusión. Anda, amigo. Toma, dale esta propina al chico del teléfono, o quédatelo… No tardes, te espero en la terraza del Weber.

El muchacho, alto, arrogante y servicial, se fue, guardándose los billetes en el bolsillo y sin hacer el menor comentario. Al volver, encontró a Chéri examinando una naranjada intacta, en la cual parecía estar leyendo su futuro.

—¡Desmond! ¿Quién ha contestado?

—Una señora —dijo lacónico el mensajero.

—¿Cuál de ellas?

—No lo sé.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no pasaba nada.

—¿En qué tono?

—El mismo en el que te lo repito.

—Estupendo, gracias.

«Era Edmée», pensó Chéri. Caminaban hacia la place de la Concorde y Chéri había vuelto a tomar a Desmond del brazo. No se atrevía a confesar que estaba agotado.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó Desmond.

—A decir verdad… —suspiró Chéri agradecido—, al Morris, y enseguida. Estoy rendido.

Desmond olvidó su impasibilidad:

—¿De veras? ¿Quieres ir al Morris? ¿Y qué quieres hacer? Nada de bromas, ¿eh? Quieres…

—Dormir —respondió Chéri. Y cerró los ojos como si fuera a caer rendido, pero enseguida los volvió a abrir—. Dormir, dormir, ¿entendido?

Asía con demasiada fuerza el brazo de su amigo.

—Allá vamos —dijo Desmond.

En diez minutos llegaron al Morris. La habitación azul celeste y marfil y los muebles de imitación del saloncito acogieron a Chéri como viejos amigos. Se bañó, tomó prestada una camisa de seda de Desmond que le quedaba pequeña, se acostó y, acomodándose entre dos mullidas almohadas, se entregó a una dicha sin sueños, a un letargo largo y profundo que lo protegía de cualquier ataque.

Empezó a contar los días vergonzosos que se sucedieron. «Dieciséis, diecisiete… En tres semanas habré vuelto a Neuilly». Pero no regresaba. Aunque comprendía con total claridad la situación en que se encontraba, no se veía con fuerzas para remediarla. A veces, tanto de día como de noche, intentaba persuadirse de que superaría aquella cobardía en poco tiempo. «¿Cómo que *ya* no me veo con fuerzas? Al contrario… No me veo con fuerzas *todavía*, pero me iré recuperando. ¿A que cuando den las doce estoy en el comedor del boulevard d'Inkermann? A la una, a las dos y a las…». Pero al dar las doce estaba en la bañera, o en el coche con Desmond.

La hora de las comidas le concedía un momento de optimismo conyugal tan infalible como una fiebre recurrente. Cuando se sentaba con Desmond en aquella mesa de soltero, Edmée irrumpía en sus pensamientos y le hacía recordar la inconcebible delicadeza de su joven esposa. «¡Esa chica es demasiado buena! ¿Acaso ha habido alguna vez un amor así? ¡Ni una palabra, ni una queja! En cuanto vuelva, le regalo una pulsera de aquí te espero. ¡Eso sí es educación! Para criar a una hija, no hay como Marie-Laure». Pero un día, en el restaurante del Morris, el rostro se le descompuso al ver a una mujer que llevaba un vestido verde con cuello de chinchilla parecido al de Edmée.

A Desmond le parecía que la vida era maravillosa, incluso había engordado un poco. Reservaba la arrogancia para los momentos en que Chéri o bien rechazaba en rotundo sus invitaciones a visitar a una «inglesa prodigiosa y viciosilla», el «palacio de opio de un príncipe indio», o bien accedía a ellas con indisimulado desprecio. Desmond no entendía el comportamiento de su amigo, pero Chéri pagaba, y mejor que en las mejores épocas de su adolescencia. Una

noche volvieron a encontrarse con la rubia Loupiote en casa de una amiga de nombre poco memorable: «Esa, ya sabes, la amiga de la Loupiote…».

La Amiga fumaba opio y se lo ofrecía a los demás. Su modesto entresuelo olía a gas y a droga rancia nada más entrar, pero ella conquistaba a sus invitados con una cordialidad lastimera y una constante incitación a la tristeza nada inofensivas. Cuando iban a visitarla, trataba a Desmond como a «un niño grande y desesperado» y a Chéri como «una belleza que lo tiene todo y aun así es desgraciado». Sin embargo, él no fumó; se limitó a observar la caja de cocaína con la repugnancia de un gato al que quieren purgar, y estuvo casi toda la noche sentado en la estera, con la cabeza apoyada en el friso de la pared, entre Desmond, que se había quedado dormido, y la Amiga, que no paraba de fumar. Respiró casi toda la noche el humo que satisface el hambre y la sed, pero su prudencia y su desconfianza prevalecieron. Parecía feliz, aunque miraba a menudo, con una intensidad pesarosa e inquisitiva, el cuello ajado de la Amiga, un cuello enrojecido y arrugado alrededor del cual brillaba un collar de perlas falsas.

Chéri tendió la mano un momento, acarició con la punta de los dedos el cabello de la Amiga, teñido con henna; sopesó las grandes perlas, comprobó que eran huecas y ligeras y luego retiró la mano, temblorosa como si acabara de arañar una seda raída. Al rato se levantó y se fue.

—¿No estás harto —le preguntó Desmond a Chéri— de estos locales, donde nos dan de comer y de beber pero no hay chicas, o de este hotel, donde siempre están dando portazos? ¿O de los antros a los que vamos por la noche, o de ir en tu bólido de sesenta caballos de París a Ruán, de París a Compiègne, de París a Ville-d'Avray…? ¿Y si vamos a la Riviera para variar? Allí la temporada no es ni en diciembre ni en enero, sino en marzo, en abril, en…

—No —dijo Chéri.

—¿Entonces?

—Entonces, nada.

Fingió serenarse y adoptó lo que Léa llamaba su «cara de enterado».

—Querido…, no aprecias la belleza de París en esta época del año. Esta estación indecisa…, esta primavera que no acaba de sonreírnos, esta luz tan tenue… Mientras que la banalidad de la Riviera… No, mira, prefiero quedarme aquí.

Desmond estuvo a punto de perder su servil temple:

—Sí… Además, tal vez el divorcio de Peloux hijo…

Las sensibles aletas de la nariz de Chéri empalidecieron.

—Si te has puesto de acuerdo con algún abogado, más vale que le avises. Peloux hijo no se va a divorciar.

—¡Pero, hombre! —protestó Desmond, intentando hacerse el ofendido—. ¡Vaya forma de contestarle a un amigo de la infancia, que siempre…!

Chéri no le escuchaba. Miraba a Desmond con el ademán desconfiado de un avaro: levantó la barbilla, frunció la boca. Era la primera vez que oía a un extraño disponer de su dinero.

Cavilaba. ¿El divorcio de Peloux hijo? Había pasado días y noches dándole vueltas a esas palabras hasta que representaron la libertad, una suerte de infancia recobrada, tal vez algo aún mejor… Pero la impostada voz gangosa del vizconde Desmond acababa de evocar en Chéri la imagen necesaria: Edmée abandonando la casa de Neuilly, decidida, con su sombrerito de automovilista y su velo, camino a una casa desconocida donde vivía un hombre desconocido. «Evidentemente, sería una solución», admitió Chéri el bohemio. Pero, al mismo tiempo, otro Chéri singularmente timorato se resistía: «¡Esas cosas no se hacen!». La imagen se concretó, adquirió colores y movimiento. Chéri oyó el sonido grave y armónico de la verja y, al otro lado, vio una mano que lucía una perla gris y un diamante blanco… «Adiós», decía la manita.

Chéri dio un respingo y tiró el asiento hacia atrás. «¡Son míos! La mujer, la casa, los anillos… ¡son míos!». No había articulado palabra,

pero su rostro traslucía tanta violencia que Desmond creyó que aquella bonanza había llegado a su fin. Chéri fingió apiadarse de él:

—Pobre minino, ¿te ha entrado el canguelo? ¡Ay, esa vieja nobleza feudal! Ven, te compraré unos calzoncillos a juego con mis camisas, y unas camisas a juego con tus calzoncillos. Desmond, ¿estamos a diecisiete?

—Sí, ¿por qué?

—A diecisiete de marzo. Como quien dice en primavera. Desmond, ¿verdad que la gente bien, me refiero a las personas verdaderamente elegantes, sean hombres o mujeres, no pueden dejar pasar ni un minuto para renovar el armario por primavera?

—¡Claro que no!

—¡A diecisiete de marzo, Desmond! Ven, no pasa nada. ¡Vamos a comprarle una pulsera enorme a mi mujer, una boquilla enorme a la señora Peloux y un pequeño alfiler de corbata para ti!

En dos o tres ocasiones tuvo el presentimiento de que Léa iba a volver, de que acababa de regresar, de que las persianas del primer piso estaban al fin recogidas y permitían atisbar el rosa estampado floral de los visillos, los grandes cortinajes, el marco dorado de los espejos… Pero pasó el 15 de abril y Léa no había vuelto. El lúgubre curso de la vida de Chéri estuvo sembrado de episodios molestos. Recibió la visita de la señora Peloux, que casi se desmaya al ver a Chéri más flaco que un alfiler, con la boca cerrada y la mirada perdida. Recibió una carta de Edmée, una carta tranquila, sorprendente, en la que le comunicaba que permanecería en Neuilly «hasta nueva orden», y le transmitía «muchos recuerdos de parte de la señora de la Berche». Él creyó que le tomaba el pelo, no supo qué responder y acabó tirando aquella carta incomprensible, pero no acudió a Neuilly. A medida que el mes de abril, verde y frío, perfumaba París con el aroma de las paulonias, los tulipanes, los manojos de jacintos y los racimos de lluvia de oro, Chéri se refugiaba, solo, en una penumbra austera. Desmond, hostigado por las constantes exigencias de su amigo, descontento por el maltrato

recibido y sin embargo bien recompensado, tenía una misión muy clara: unas veces debía proteger a Chéri de las jovencitas confianzudas y de los muchachos indiscretos, mientras que otras tenía que reclutarlos para formar una pandilla con la que darse a la comida, a la bebida y armar escándalo en Montmartre, en los restaurantes del Bois y en los cabarets de la *rive gauche*.

Una noche la Amiga estaba sola en casa, fumando opio y lamentándose por alguna grave traición de la Loupiote, cuando vio entrar por la puerta al joven de maliciosas cejas puntiagudas. Le pidió «un vaso de agua bien fría» para aplacar el ardor secreto que resecaba aquellos labios tan hermosos. No mostró el más mínimo interés por las desdichas de la Amiga cuando ésta se las contó, acercando a Chéri la bandeja de laca y la pipa. Él se limitó a acomodarse en la estera, a compartir con ella el silencio en la penumbra, donde permaneció hasta el amanecer, prácticamente inmóvil, como si temiera que el menor gesto hiciera que se le abriera una herida. Al despuntar el día le preguntó a la Amiga: «¿Por qué no llevas puesto el collar de perlas? Ya sabes, ese collar con las perlas tan grandes…», y se marchó educadamente.

Casi sin darse cuenta, empezó a pasear solo por la noche. A grandes zancadas, avanzaba a toda prisa hacia una meta clara pero inaccesible. Pasada la medianoche se escapaba de Desmond, que se lo encontraba al amanecer en la cama del hotel, durmiendo boca abajo con la cabeza apoyada en los brazos cruzados, en la actitud de un niño triste. «¡Menos mal que está aquí! —exclamaba Desmond con alivio—. Con un tipo como éste nunca se sabe…».

Una de aquellas noches errabundas en las que Chéri andaba en la oscuridad con los ojos bien abiertos, no pudo evitar acercarse a la avenue Bugeaud, pues durante el día no había obedecido a la superstición que lo conducía allí cada cuarenta y ocho horas. Como los maníacos que no pueden conciliar el sueño sin haber tocado tres veces el pomo de la puerta, Chéri rozaba la verja, ponía el dedo

índice en el pulsador del timbre y susurraba en tono burlón: «¡Eh! ¡Hola!», antes de alejarse.

Pero una noche, aquélla, delante de la verja, le dio un vuelco el corazón: la lámpara eléctrica del patio brillaba como una luna malva sobre la escalera, la luz que provenía de la puerta de entrada del servicio, abierta de par en par, iluminaba el pavimento, y, en el primer piso, la luz del dormitorio que se filtraba por las persianas trazaba un peine de oro en las ventanas. Chéri se apoyó en el árbol más cercano y bajó la cabeza. «No puede ser —se dijo—. Cuando vuelva a mirar todo estará a oscuras».

Se enderezó al oír la voz de Ernest, el portero, gritando desde el corredor:

—¡Mañana por la mañana, hacia las nueve, subiré el baúl negro con Marcel, señora!

Chéri se apartó precipitadamente, corrió hacia la avenue du Bois y se sentó en un banco. La imagen de la lámpara eléctrica que había estado observando aún bailaba ante sus ojos: la oscura esfera púrpura de dorados contornos resplandecía sobre el negro de los arbustos, todavía parvos. Se llevó la mano al pecho y respiró profundamente. Las lilas en flor perfumaban la brisa nocturna. Tiró el sombrero, se desabrochó el abrigo, se recostó en el banco y, extendiendo las piernas y dejando caer los brazos paralelos al cuerpo, se dejó llevar. Un peso a un tiempo aplastante y placentero acababa de descender sobre él. «¡Ay! —exclamó en voz baja—, ¿será esto la felicidad? No tenía ni idea…».

Por unos instantes se entregó a la autocompasión y al desdén: ¡cuántas cosas había sacrificado por aquella triste vida de joven rico y despiadado! Luego dejó de pensar durante unos minutos, quizá una hora. Después se convenció de que ya no deseaba nada del mundo, ni siquiera ir a casa de Léa.

Cuando se percató de que tenía la piel de gallina por el frío y oyó los mirlos anunciar la aurora, se levantó ligero y regresó con paso torpe al hotel Morris sin pasar por la avenue Bugeaud. Se desperezó y llenó los pulmones de aire, rebosante de buenas intenciones:

«Ahora —suspiró exorcizado—, ahora sí que seré amabilísimo con la pequeña…».

Chéri, que ya se había afeitado y calzado —estaba en pie desde las ocho—, sacudía impaciente a Desmond. Dormir le confería a su amigo un aspecto espantoso: su rostro se volvía pálido y se hinchaba como el de un ahogado:

—¡Desmond! ¡Oye, Desmond, despierta de una vez! ¡Qué feo te pones cuando duermes!

El durmiente se sentó y miró a Chéri con aquellos ojos del color del agua turbia. Fingió estar aturdido por el sueño para poder observar atentamente a Chéri, vestido de azul, patético, soberbio, pálido bajo una fina capa de polvos. Aún había momentos en que el contraste entre su impostada fealdad y la belleza de Chéri se hacía evidente para Desmond. Forzó un largo bostezo: «¿Y ahora qué pasa? —se preguntaba—; este imbécil está más guapo que ayer. Tiene unas pestañas…». Miraba las pestañas de Chéri, brillantes y tupidas, y la sombra que proyectaban sobre la oscura pupila y el blanco azulado de sus ojos. Desmond observó también que, aquella mañana, la desdeñosa mueca de sus labios volvía a lucir húmeda y suave, y que Chéri respiraba algo jadeante, como si acabara de entregarse a un arrebato de pasión.

Después relegó los celos al recóndito rincón de su mente destinado a alojar sus preocupaciones sentimentales y preguntó a Chéri en tono cansado pero condescendiente:

—¿Se puede saber si sales a esta hora o si acabas de llegar?

—Salgo —dijo Chéri—. No te preocupes por mí, voy a hacer unos recados. A la floristería, a la joyería, a casa de mi madre, a ver a mi mujer, a…

—¡No te olvides del nuncio! —bromeó Desmond.

—Ya sé de qué va la cosa —replicó Chéri—. A él le llevaré unos gemelos y un ramo de orquídeas.

Chéri raras veces respondía a las bromas y siempre las recibía con frialdad. El hecho de que en aquella ocasión hubiese respondido

hizo comprender a Desmond el insólito estado de ánimo de su amigo. Observó el reflejo de Chéri en el espejo, cómo dilataba las pálidas aletas de la nariz, cuán perdida tenía la mirada, y le preguntó con cautela:

—¿Estarás de vuelta a la hora de comer? Eh…, Chéri, te estoy hablando. ¿Comeremos juntos?

Chéri negó con la cabeza. Silbaba mientras se colocaba frente al espejo alargado, justo a su altura, como solía hacer en el que había entre las ventanas del dormitorio de Léa. Pronto, en el otro espejo, un macizo marco dorado encuadraría, con las luminosas paredes rosas de fondo, el reflejo de su cuerpo desnudo o drapeado de seda vaporosa, el fastuoso reflejo de un joven apuesto, amado, mimado, feliz, jugando con los collares y las sortijas de su amante… «¿Quién sabe? Puede que el reflejo del muchacho ya esté allí, en el espejo de Léa…». Este pensamiento irrumpió en su ensoñación con tanta fuerza que, confundido, creyó haberlo oído realmente.

—¿Cómo dices? —le preguntó a Desmond.

—No he dicho nada —contestó el dócil amigo con afectación—. Es en el patio donde están hablando.

Chéri salió de la habitación de Desmond dando un portazo y regresó a la suya. La rue de Rivoli, ya despierta, llenaba la estancia de un tumulto dulce, continuo, y por la ventana abierta Chéri podía divisar el follaje primaveral, de hojas rígidas y transparentes como láminas de jade bajo el sol. Cerró la ventana y se sentó en la silla que había contra la pared entre la cama y la puerta del cuarto de baño, de poca utilidad en aquel triste rincón de la habitación.

«¿Cómo es posible…?», comenzó en voz baja, pero enseguida calló. No comprendía por qué, durante seis meses y medio, apenas había pensado en el amante de Léa. «¡Soy una loca!», decía la carta de Léa que Charlotte Peloux se había cuidado de conservar.

«¿Una loca? —Chéri negó con la cabeza—. Es curioso, a mí no me lo parece. ¿Con qué clase de hombre estará? ¿Con un tipo como Patron? Por descontado con alguien mejor que Desmond… ¿Un

argentinito engominado? Quizá… Aunque bien mirado… —Sonrió con ingenuidad—, ¿quién le va a gustar más que yo?».

Pasó una nube sobre el sol de marzo y la habitación se oscureció. Chéri apoyó la cabeza contra la pared. «Ay, Nounoune, mi Nounoune…, ¿me has traicionado? ¿Me has traicionado descaradamente? ¿De verdad has sido capaz?».

Se fustigaba con las palabras y las escenas que su imaginación ideaba penosamente, y que, no obstante, le causaban más asombro que ira. Trataba de evocar los deleites matutinos en casa de Léa, las largas tardes de calma en su compañía, los deliciosos ratos de descanso invernal que pasó en el cálido lecho de la habitación fresca de Léa… Pero en el resplandor rojizo que ardía cada tarde tras las cortinas de aquel dormitorio sólo logró ver en los brazos de Léa a un único amante: Chéri. Se levantó, resucitado por un súbito acto de fe: «¡Es muy sencillo! Si no logro ver junto a ella a nadie más que a mí, ¡es que no hay nadie más! —Descolgó el teléfono; estaba a punto de llamar cuando colgó despacio el auricular—. Nada de bromas…».

Salió, muy erguido, encogiendo los hombros. Fue en su descapotable a la joyería, donde lo enterneció una diadema finísima de zafiros azul intenso con una montura invisible de acero azul. «Un tocado perfecto para Edmée», pensó, y se la llevó. Compró unas flores un poco tontas y ceremoniosas. Como apenas eran las once, se entretuvo otro cuarto de hora con recados diversos: fue a una sociedad de crédito a sacar dinero; a un quiosco, donde hojeó unas revistas inglesas; a un estanco a comprar tabaco oriental, y a la perfumería. Al fin regresó al coche y se sentó entre el ramo de flores y los paquetes, atados con cintas.

—A casa.

El chófer se volvió en su asiento:

—¿Cómo dice, señor?

—He dicho «a casa», al boulevard d'Inkermann. ¿Acaso necesita un plano de París?

El coche salió disparado hacia los Champs-Elysées. El chófer se mostró diligente, pero por cómo movía la espalda podía inferirse su

diálogo interno: parecía estar sorprendido por el abismo que separaba al joven abúlico del mes anterior —el muchacho de los «como quiera» y «¿Una copa, Antonin?»— del señor Peloux hijo, exigente con el personal y atento a la gasolina.

«El señor Peloux hijo», arrellanado en el asiento de cuero y con el sombrero sobre las rodillas, sentía el azote del viento en la cara y se esforzaba por no pensar. Como un cobarde, cerró los ojos entre la avenue Malakoff y la Porte Dauphine para no ver pasar la avenue Bugeaud, y se felicitó por ello: «¡He tenido el valor de hacerlo!».

El chófer tocó la bocina en el boulevard d'Inkermann para que le abrieran la verja, que chirrió sobre sus bisagras con una nota larga, grave y armónica. El portero, que llevaba la gorra calada, acudió presuroso, y los perros guardianes ladraron al reconocer el olor del recién llegado. Totalmente a sus anchas, respirando el verde aroma del césped recién cortado, Chéri entró en la casa y subió las escaleras con el paso decidido de un amo para reencontrarse con la joven a la que había abandonado tres meses antes como un explorador europeo abandona, al otro lado del mundo, a su mujercita indígena.

Léa tiró sobre el buró abierto las fotografías que había sacado del último baúl: «¡Qué mala es la gente, por Dios! Han tenido la osadía de darme esto. ¿Y piensan que las pondré en efigie sobre la chimenea, en un marco niquelado tal vez, o que las llevaré en una cartera desplegable? ¡A la papelera, sí, y hechas añicos!».

Tomó de nuevo las fotografías y, antes de romperlas, las examinó con la mayor dureza de la que fueron capaces sus ojos azules. Sobre el fondo negro de la tarjeta postal, una dama oronda embutida en un corsé se cubría la cabellera y la mitad del rostro con un tul que ondeaba mecido por la brisa. «A mi querida Léa, en recuerdo de los maravillosos ratos que pasamos en Guéthary. Anita». En otra fotografía, prendida del centro de un cartón rugoso como la arcilla, aparecía una familia numerosa y taciturna, una especie de colonia penitenciaria gobernada por una matriarca piernicorta, maquillada, que levantaba en el aire una pandereta de cotillón y apoyaba el pie en la rodilla de un muchacho robusto y de expresión maliciosa, seguramente un carnicero. «Esto no debería existir», sentenció rompiendo el cartón.

Desplegó una fotografía que no llevaba cartón y volvió a encontrarse con aquella pareja de señoritas provincianas entradas en años, excéntricas, gritonas, belicosas, que se sentaban todas las mañanas en el banco de un paseo meridional, y se pasaban las tardes junto a un vaso de *cassis* y el retal de seda en el que bordaban ora un gato negro, ora un sapo, ora una araña: «¡Para nuestra hada madrina! Sus fieles compañeras de Le Trayas, Miquette y Riquette».

Léa destruyó esos recuerdos de viaje y se llevó las manos a la cabeza: «Es horroroso. No son las primeras, y después de éstas

habrá otras, todas igualitas. No hay nada que hacer, la vida es así. A lo mejor es que basta que haya una Léa para que salgan de debajo de las piedras las Charlotte Peloux, las de la Berche, las Aldonza, los viejos trasnochados que antaño fueron guapos, toda esta gentuza imposible, imposible, imposible…».

Aún le parecía oír las voces que la habían llamado desde las escaleras del hotel, que la habían saludado con un «¡Cucú!» proferido en la distancia, desde la dorada arena de la playa, y bajó la frente, con un movimiento taurino y hostil.

Regresaba, al cabo de seis meses, un poco más delgada y fofa, menos serena. De cuando en cuando un tic nervioso le hacía bajar la barbilla hasta tocar el cuello, y el tinte había conferido a su cabello reflejos demasiado cobrizos. Pero su tez, ambarina, curtida por el sol y el mar, tenía un aspecto tan lozano como la de una bella campesina, y habría podido prescindir del maquillaje. Sólo debía cuidarse de cubrir un poco, aunque no del todo, el cuello marchito, en cuyos grandes pliegues no había podido penetrar la luz del sol.

Sentada, se demoraba en poner orden a sus pertenencias: deslizaba la mirada por la habitación como si le faltara algún mueble, pero lo que echaba de menos en realidad era su antigua energía, la premura con la que vigilaba sus acogedores dominios. «¡Ay, este viaje! —suspiró—. ¿En qué hora se me ocurrió…? ¡Qué agotador!». Frunció el ceño y bajó la barbilla una vez más al constatar que se había roto el cristal de un pequeño cuadro de Chaplin que retrataba el rostro de una muchacha, rosa y plateada, que a Léa le parecía encantador. «¡Hay que ver el desgarrón de dos palmos de ancho que hay en las cortinas! Y lo que me queda por ver… ¿Cómo se me ocurrió irme tanto tiempo? ¿Y por el bien de quién? ¡Como si no pudiese pasar aquí la pena tan tranquila!».

Se levantó para pulsar el timbre y, recogiendo las muselinas de la bata para no arrastrarlas, se dijo cruelmente: «¡Pobre infeliz…!».

Entró la doncella, cargada de ropa interior y medias de seda:

—Son las once, Rose. Y aún estoy sin arreglar. Voy con retraso…

—¡Pero si la señora no tiene planes! Ya no están las señoritas Mégret para llevarla de excursión ni venir de buena mañana a coger todas las rosas de la casa. Ya no está el señor Roland para hacerla rabiar tirándole piedrecitas a la ventana…

—Rose, hay muchas cosas que hacer en casa. No sé si tres mudanzas equivalen a un incendio, como suele decirse, pero estoy segura de que seis meses de ausencia equivalen a una inundación. ¿Has visto la cortina de encaje?

—No es nada… La señora no ha visto la ropa de cama: excrementos de ratones por todas partes y el parquet comido. Y no deja de ser curioso que le dejase a Emérancie veintiocho trapos para los cristales y sólo encuentre veintidós.

—¡No puede ser!

—Eso me temo, señora.

Se miraron con indignación, ambas sentían el mismo apego por aquella casa tan confortable, forrada de alfombras y sedas, por sus surtidos armarios y su sótano blanco y reluciente. Léa se dio un fuerte golpe en la rodilla con la mano:

—¡Las cosas van a cambiar, querida! Si Ernest y Emérancie no quieren verse en la calle, encontrarán los seis trapos que faltan. Y ese idiota de Marcel, ¿ya le has escrito para que vuelva?

—Está aquí, señora.

Léa se vistió a toda prisa, tras lo cual abrió las ventanas y se acodó para mirar complacida la avenida, llena de árboles en flor. Ya no tenía que soportar a solteronas lisonjeras ni al señor Roland, el muchacho fornido y atlético de Cambo… «¡Ay! Menudo imbécil…», suspiró.

Pero le perdonaba a aquel amante fugaz sus pocas luces y sólo le reprochaba que la hubiese decepcionado. En su memoria —la de una mujer sana de cuerpo olvidadizo—, el señor Roland había quedado reducido a un animal fuerte, algo ridículo y, a la hora de la verdad, muy torpe… Ahora Léa habría negado que cierta noche de lluvia, en que el aguacero inundaba perfumado los geranios rosas,

un mar de lágrimas había emborronado por un instante la imagen del señor Roland hasta que en su lugar vio a Chéri…

A Léa aquella aventura pasajera no le causaba ni remordimientos ni incomodidad. Con mucho gusto ella habría seguido acogiendo al «imbécil» y su atolondrada madre en la casa que había alquilado en Cambo, donde habrían podido disfrutar de las meriendas bien servidas, las mecedoras en el balcón de madera y todas las comodidades que Léa prodigaba con tanta amabilidad y orgullo. Pero el imbécil, ofendido, se había marchado, dejando a Léa al cuidado de un oficial apuesto y engreído de cabellos grises que pretendía casarse con «la señora de Lonval». «¿Acaso no estamos hechos el uno para el otro? Tenemos la misma edad, ambos somos ricos, valoramos nuestra independencia y tenemos gustos mundanos…», le decía a Léa el coronel, que se mantenía en forma.

Ella se reía; le agradaba la compañía de aquel hombre bastante parco, que comía bien y bebía sin llegar a emborracharse. Él malinterpretó la situación: leyó en los bellos ojos azules y en las frecuentes sonrisas confiadas de su anfitriona el consentimiento que ésta se demoraba en dar. El final de su incipiente amistad estuvo marcado por un gesto decisivo de Léa, que ella lamentaba en su fuero interno y cuya responsabilidad era lo suficientemente honrada como para aceptar. «¡Es culpa mía! No se puede tratar a un coronel Ypoustègue, de una noble familia vasca, como si fuera un mero señor Roland. Si de lo que se trataba era de darle calabazas, ¡se las di, y bien dadas! En cualquier caso, habría sido caballeroso e inteligente por su parte volver en su coche al día siguiente a fumarse un cigarro y a bromear con las solteronas…».

No se dio cuenta de que un hombre maduro puede aceptar que lo rechacen, pero no que juzguen su físico desmejorado, ni que lo comparen claramente con el recuerdo de otro hombre, alguien desconocido… Léa, a quien el beso cogió por sorpresa, no pudo evitar someter al coronel a un largo y cruel repaso, propio de una mujer que sabe bien dónde inflige el paso del tiempo sus reveladoras huellas: de las manos, curtidas aunque bien cuidadas,

surcadas de tendones y de venas, su mirada pasó al flácido mentón y a la frente estriada, antes de recaer, implacable, sobre los labios, enmarcados por unas comisuras tan arrugadas que parecían comillas… Y todo el refinamiento aristocrático de la «baronesa de Lonval» se vino abajo en un «¡Uy, uy, uy!» tan ultrajante, tan delatador y ordinario, que el apuesto coronel Ypoustègue cruzó el umbral de la puerta y no regresó jamás.

«Mis últimos idilios», pensaba Léa acodada en la ventana. Pero el buen tiempo parisino, las vistas del patio, pulcro y bullicioso, y de los laureles de copas circulares en sus verdes macetas, junto a la corriente tibia y fragante que escapaba por la ventana y le acariciaba la nuca le hicieron recuperar el buen humor y la picardía. Observaba las siluetas de las mujeres que pasaban por allí de camino al Bois. «Las faldas han vuelto a cambiar —constató Léa—, y los sombreros son más altos». Decidió que pronto acudiría a la tienda de Lewis, el modisto, y el repentino deseo de estar guapa la hizo enderezarse. «¿Guapa? ¿Para quién? Pues para mí, ¿para quién si no? Y para fastidiar a la Peloux».

Léa estaba al tanto de la escapada de Chéri, pero era lo único que sabía de él. Pese a condenar los métodos detectivescos de la señora Peloux, toleró que la joven dependienta de una casa de modas expresara su agradecimiento hacia Léa, que la mimaba, susurrándole al oído cotilleos mientras le tomaba las medidas, o mandándoselos acompañados de un «mil gracias por los deliciosos bombones» en una hoja de papel con el membrete del establecimiento en el que trabajaba. La vieja Lili le había enviado a Cambo una postal en la que la atolondrada abuela le relataba, casi sin puntuación y con letra temblorosa, una incomprensible historia de amor y de evasión que acababa con una joven esposa secuestrada en Neuilly.

«La mañana en que leí la postal de la vieja Lili en la bañera, allí en Cambo —rememoró Léa—, hacía un tiempo como el de hoy…». Recordó el cuarto de baño amarillo, el trémulo reflejo del sol en el agua y en el techo. A través de las finas paredes de la villa, oyó el

eco de una carcajada —la suya, feroz y algo impostada— y, a continuación, los gritos de: «¡Rose! ¡Rose!».

Sentada en la bañera —robusta, con la piel mojada, los hombros y los senos fuera del agua y el magnífico brazo extendido— parecía la escultura de una fuente, y ondeaba con la punta de los dedos la humilde cartulina:

—¡Rose, Rose! ¡Chéri…, el señor Peloux se ha largado! ¡Ha dejado a su mujer!

—La señora ya ve que no me sorprende —dijo Rose—; el divorcio será más alegre que la boda, que, la verdad, parecía un entierro.

Léa gozó el resto del día de un buen humor incómodo: «¡Qué niño tan travieso! ¡Y qué malo es! ¡Hay que ver…!», decía, y negaba con la cabeza riendo por lo bajo, como una madre cuyo hijo ha pasado la noche fuera de casa por primera vez.

Un reluciente faetón tirado por trotones pasó frente a la verja antes de desaparecer calle abajo sobre sus ruedas de caucho sin hacer prácticamente ningún ruido.

«Mira, ahí va Speleiev —constató Léa—. Un tipo estupendo. Y aquí viene Merguilier con su caballo pío: ya son las once. Ahora pasará Berthellemy el Palillo, que va a calentarse los huesos al sentier de la Vertu… Es curioso cómo las personas se ciñen siempre a la misma rutina. Si Chéri estuviera aquí, sería como si no me hubiese movido de París. Mi pobre Chéri, ahora sí que estás acabado. La juerga, las mujeres, comer a deshoras, beber demasiado… Qué lástima. Quién sabe si, de haber tenido la carita rosada de un charcutero y los pies planos, no habría acabado siendo un hombre de bien…».

Se apartó de la ventana frotándose los codos entumecidos y se encogió de hombros: «A Chéri lo puedes salvar una vez, pero no dos». Se limó las uñas y echó aliento sobre una sortija empañada, examinó de cerca el tono cobrizo y las raíces blanquecinas de su descuidada cabellera, escribió unas líneas en su libreta. Lo hizo a toda prisa y con menos detenimiento que de costumbre tratando de

evitar un nuevo ataque de su insidiosa ansiedad. Aunque no era nada nuevo para ella, negaba que tuviera relación alguna con su dolor y lo llamaba «empacho mental». Deseaba primero una cosa y enseguida cambiaba de opinión: una victoria con buena suspensión, uncida a un caballo de viuda rica; luego un automóvil rapidísimo, y después un mobiliario de salón estilo directorio. Incluso pensó en cambiarse el peinado: llevaba el cabello recogido y la nuca al aire desde hacía veinte años. «¿Qué tal un rulo bajo, como Lavallière? Así podría llevar los vestidos de talle suelto que están de moda este año. En resumen, si me pongo a régimen y me arreglo la henna del pelo, todavía puedo aspirar a diez…, no, pongamos a cinco años de…».

Se esforzó por recuperar el sentido común, el orgullo, la lucidez. «¿Acaso una mujer como yo no iba a tener el valor de decir basta? Haz el favor, bonita, que no te puedes quejar». Contempló su reflejo en el espejo: estaba de pie, erguida, con los brazos en jarras, sonriendo. Aún era la gran Léa. «Semejante mujer no acaba en los brazos de un viejo. ¡Semejante mujer, que ha tenido la suerte de no ensuciarse jamás las manos, ni la boca, con un vejestorio…! Sí, aquí la tienes, la "vampira" que no quiere sino carne fresca…».

Evocó el recuerdo de los amoríos de su juventud: siempre se mantuvo a salvo de los viejos; se sentía pura y orgullosa de haberse dedicado durante treinta años a los jovencitos rutilantes y a los adolescentes frágiles. «¡Y a mí me debe mucho esa carne fresca! ¡Cuántos me deben la salud, la belleza y esa pena tan sana…! ¡Deberían estarme agradecidos por las yemas mejidas que preparé para sus catarros y por enseñarles a no ser nunca amantes egoístas ni aburridos! Y, ahora, sólo para calentarme la cama, ¿iba yo a agenciarme a un…, a un…? —Y tras meditarlo añadió con una inconsciencia majestuosa—: ¿… a un cuarentón?».

Se frotó las finas y bellas manos y se dio la vuelta con desprecio: «¡Bah! Mejor pasar página. Compraré una baraja de cartas, un buen vino, hojas de puntuación para el bridge, agujas de tejer…, toda la

parafernalia necesaria para llenar un gran vacío, todo lo que hace falta para disfrazar al monstruo…, a la mujer entrada en años».

En lugar de agujas de tejer compró varios vestidos, y saltos de cama vaporosos como las nubes al amanecer. El pedicuro chino vino una vez por semana; la manicura dos veces y la masajista todos los días. Se vio a Léa en el teatro, y antes del teatro en restaurantes a los que nunca había ido con Chéri.

Aceptó que mujeres jóvenes y sus amigos —e incluso Kühn, su antiguo sastre, ya retirado— la invitasen a su palco o a su mesa. Pero las mujeres jóvenes le mostraron una deferencia que ella no apreciaba y Kühn la llamó «querida amiga» la primera vez que cenaron juntos, a lo que ella contestó: «Kühn, le aseguro que a usted no le va ser cliente».

Recurrió, como quien busca refugio, a Patron, que para entonces era árbitro y director de una empresa de boxeo. Pero Patron estaba casado con la joven propietaria de un bar, bajita pero tremenda y celosa como un perro ratero. Para dar con el sensible atleta, se desplazó hasta la place d'Italie, arriesgando su vestido color zafiro oscuro bordado en oro, su plumaje, sus impresionantes joyas y hasta el peinado, de un caoba intenso. Respiró el olor a sudor, a vinagre y a aguarrás que exhalaban las «promesas» a las que entrenaba Patron, y se marchó, decidida a no volver a pisar aquella gran sala de techos bajos donde silbaba el gas.

Sus intentos de recuperar el ajetreado ritmo de vida de la clase ociosa le costaron una inexplicable fatiga: «Pero ¿qué me pasa?».

Se frotaba los tobillos, que llegaban a la noche un poco hinchados, se miraba la firme dentadura y las encías, apenas retraídas; se palpaba con el puño, como quien da golpecitos a un tonel, las fuertes costillas y el estómago alegre. Pero algo inconfesable pesaba como un lastre en su interior y, a falta de un lugar al que asirse, la arrastraba entera. La baronesa de la Berche —a la que se encontró en una barra acompañando dos docenas de caracoles con un vino blanco peleón— informó por fin a Léa del

retorno del hijo pródigo al redil, y del amanecer de un nuevo astro de miel en el boulevard d'Inkermann. Léa escuchó aquel relato moral con indiferencia, pero palideció horrorizada cuando, al día siguiente, reconoció la limusina azul que había detrás de su verja y vio a Charlotte Peloux cruzar el patio de la villa.

—¡Por fin! ¡Por fin te encuentro! ¡Léa querida! ¡Más guapa que nunca! ¡Más delgada que el año pasado! ¡Cuidado, Léa, no hay que adelgazar demasiado a nuestra edad! ¡Así, pero no más! E incluso… ¡Pero qué contenta estoy de verte!

Jamás aquella voz chillona le había parecido a Léa tan dulce. Para ganar tiempo, dejaba hablar a la señora Peloux, agradecida por aquel estridente torbellino. La había invitado a sentarse en una butaca paticorta, a la tenue luz del saloncito decorado con tapices de seda pintada, como antaño. Ella misma acababa de acomodarse maquinalmente en la silla de respaldo recto que la obligaba a enderezar los hombros y a levantar la barbilla, como antaño. Entre ellas, en la mesa cubierta con un mantel bordado, había, como antaño, la botella de cristal tallado medio llena de aguardiente añejo, las resplandecientes copas, finas como una hoja de mica, el agua helada y los mantecados.

—¡Querida! Ahora podremos volver a vernos tranquilamente, tranquilamente —lloriqueaba Charlotte—. Ya conoces mi lema: deja en paz a tus amigos cuando tengas problemas, no compartas con ellos más que la felicidad. Todo el tiempo que Chéri ha estado corriéndola, no he dado señales de vida adrede, ¿comprendes? Ahora que todo va bien, que mis hijos son felices, vengo a decírtelo, me echo en tus brazos, quiero que volvamos a nuestra buena vida… —Se interrumpió y encendió un cigarrillo, tan hábil para crear suspense como una actriz—: … sin Chéri, naturalmente.

—Naturalmente —asintió Léa, sonriendo.

Miraba y escuchaba a su vieja enemiga con una satisfacción pasmada. Aquellos grandes ojos inhumanos, aquella boca charlatana, aquel cuerpecito rechoncho e inquieto, todo aquello, delante de ella, sólo había venido para poner a prueba su firmeza,

para humillarla como antaño, siempre como antaño. Pero como antaño, Léa sabría cuándo responder, cuándo mostrar desprecio, cuándo sonreír, cuándo contraatacar. Ese pesar que la había fatigado la víspera y los días anteriores parecía desvanecerse. Una luz normal, conocida, bañaba el salón y salpicaba las cortinas.

«Aquí estamos —pensó Léa alegremente—. Dos mujeres, las dos un poco más viejas que el año pasado, pero con la misma mala uva y las frases rutinarias; la torpe desconfianza en las comidas en común; diarios financieros por la mañana, cotilleos escandalosos por la tarde; hay que volver a todo eso porque es la vida, porque es mi vida. Las Aldonza y las de la Berche, y las Lili y unos cuantos vejetes sin hogar: todo el lote reunido alrededor de una mesa de juego, donde junto a la copa de coñac y la baraja habrá, quizá, unos peúcos, empezados para un bebé a punto de nacer… Volvamos a ello porque es lo que toca. Volvamos con alegría, porque es volver a las antiguas andadas…».

Y se instaló, con los ojos claros y la mandíbula relajada, para escuchar a Charlotte Peloux hablando ávidamente de su nuera.

—Tú ya sabes, querida Léa, que la ambición de toda mi vida ha sido la paz y la tranquilidad. Pues bien, ahora las tengo. La escapada de Chéri, al fin y al cabo, ha sido una cana al aire. Ni se me ocurre reprochártelo, Léa querida, pero reconocerás que de los diecinueve a los veinticinco no ha tenido tiempo de llevar vida de soltero. Bueno, ¡pues la ha llevado tres meses! ¡No hay que darle más importancia!

—Hasta es mejor así —dijo Léa sin perder la compostura—. Es una garantía que le ofrece a su joven esposa.

—¡Justo, justo la palabra que buscaba! —chilló la señora Peloux, radiante—. ¡Una garantía! Desde ese día, ¡un sueño! Y ya sabes, cuando un Peloux vuelve a casa después de correrse una juerga, ¡no sale nunca más!

—¿Es una tradición familiar? —preguntó Léa.

Pero Charlotte hizo caso omiso.

—Además, fue bien recibido en casa. Su mujercita, ¡ay, Léa!, no te lo puedes imaginar… Tú ya sabes que yo de mujeres entiendo

bastante…, pues no he visto nada que se pueda comparar con Edmée.

—Su madre es un as —dijo Léa.

—Piensa, piensa, querida, que Chéri acababa de dejármela durante casi tres meses; que quede entre nosotras, pero tuvo suerte de tenerme.

—Eso es precisamente lo que estaba pensando —dijo Léa.

—Pues bien, querida, ni una queja, ni una escena, ni un movimiento fuera de lugar, ¡nada de nada! Es la paciencia y la dulzura personificadas…, tiene una cara de santa, ¡de santa!

—Hasta da miedo —dijo Léa.

—¿Y crees que cuando nuestro truhán se presentó una mañana, sonriente, como si volviera de dar una vuelta por el Bois, crees que ella se permitió el más mínimo comentario? ¡Nada! ¡Ni una palabra! Por eso él, que, en el fondo, debía de sentirse un poco incómodo…

—¡No!, ¿y por qué? —preguntó Léa.

—A pesar de todo, la verdad… Ella lo recibió con los brazos abiertos, y el asunto se resolvió en el dormitorio, así, ¡zas!, sin perder ni un minuto. Te aseguro que, durante esa hora, no hubo en el mundo una mujer más feliz que yo.

—Excepto Edmée, quizá —sugirió Léa.

Pero la señora Peloux estaba exaltada y batió soberbia los brazos:

—¿Cómo se te ocurre? Me refería a que recuperamos la paz en el hogar. —Cambió de tono, guiñó un ojo y sonrió—: Además, a esa chiquilla no me la imagino extasiada y gritando de placer. Veinte años y flaca como es…, a esa edad tartamudeas. Y, por otra parte, entre nosotras, yo creo que su madre es frígida.

—La importancia que le das a la familia te hace desbarrar —dijo Léa.

Charlotte Peloux abrió bien los ojos, en cuyas profundidades no se leía nada.

—¡No, guapa, no! ¡La herencia, la herencia! Lo que me importa es la herencia. Mi hijo, por ejemplo, que vive en las nubes… ¿Cómo?

¿No sabes que vive en las nubes?

—Lo habré olvidado —se excusó Léa.

—Pues mira, lo que me importa es el porvenir de mi hijo. Le gustará su casa como a mí la mía, gestionará su fortuna, querrá a sus hijos como yo a él…

—¡Qué panorama más triste! —lamentó Léa—. ¿Cómo es la casa de la joven pareja?

—Siniestra —chilló la señora Peloux—. ¡Siniestra! ¡Alfombras violetas! ¡Violetas! Un cuarto de baño negro y dorado. Un salón sin muebles, lleno de jarrones chinos tan altos como yo. ¿Y qué pasa? Pues que ya no salen de Neuilly. Por otra parte, la chiquilla me adora.

—¿No ha sufrido de los nervios? —preguntó Léa solícita.

A Charlotte Peloux se le iluminaron los ojos:

—¿Ella? Por eso no sufras: la muchacha es dura de roer, ya podemos ir haciéndonos a la idea.

—¿A quién te refieres con «podemos»?

—Perdona, querida, es la costumbre… Estamos ante lo que yo llamaría una cabeza bien amueblada, una cabeza muy bien amueblada. Tendrías que ver cómo da órdenes sin levantar la voz, cómo acepta las ocurrencias de Chéri, cómo pone buena cara al mal tiempo… Me pregunto…, de hecho, me pregunto si en el futuro no será eso un peligro para mi hijo. Temo, querida Léa…, temo que llegue a apagar demasiado esa naturaleza tan original, tan…

—¿Qué me dices? ¿Chéri está más suave que un guante? —la interrumpió Léa—. Sírvete más coñac, Charlotte, es el de Speleiev, tiene setenta y cuatro años, se lo podrías dar a un bebé…

—Tampoco diría más suave que un guante, pero está… imperturbable…

—¿Imperturbable?

—Tú lo has dicho. Por ejemplo, cuando ha sabido que venía a verte…

—¿Sabe que has venido?

Un rubor impetuoso cubrió las mejillas de Léa, que maldijo esa fogosidad y la luz que inundaba el pequeño salón. La señora Peloux saboreaba con expresión benigna la turbación de Léa.

—Pues claro que lo sabe. ¡No hay que sonrojarse por ello! ¡Qué niña eres!

—Primero, ¿cómo sabías que había vuelto?

—Vamos, vamos, Léa, no hagas preguntas absurdas. Te han visto por todas partes…

—Sí, pero ¿se lo has dicho a Chéri? ¿Le has dicho que he vuelto?

—No, querida, me lo dijo él a mí.

—¡Ah, fue él! Es curioso.

Sentía que el corazón le latía en la garganta y sólo se atrevía a dar respuestas cortas.

—Incluso ha añadido: «Señora Peloux, me harás un favor si te acercas a ver cómo está Nounoune». ¡Te sigue teniendo tanto afecto, ese muchacho!

—¡Qué amable!

La señora Peloux, colorada, parecía abandonarse a la influencia del aguardiente añejo y hablaba como en sueños, negando con la cabeza. Pero sus ojos dorados se mantenían firmes, acerados, acechando a Léa, quien, muy derecha y en actitud defensiva, esperaba el próximo golpe.

—Es amable, y al mismo tiempo es de lo más natural. Un hombre no olvida a una mujer como tú, querida Léa. Y… ¿quieres que te diga lo que pienso de verdad? Bastaría con una señal tuya para…

Léa puso la mano en el brazo de Charlotte Peloux:

—No quiero que me digas lo que piensas de verdad —repuso con dulzura.

La señora Peloux perdió la sonrisa.

—¡Ah! Por supuesto, lo comprendo perfectamente, no puedo estar más de acuerdo… —suspiró con voz triste—. Cuando una ha logrado rehacer su vida… ¡Pero si ni siquiera hemos hablado de ti!

—Me ha parecido que sí…

—¿Feliz?

—Feliz.

—¿Un gran amor? ¿Un bonito viaje?… ¿Qué tal es él? ¿Simpático? A ver, enséñame una foto…

Léa, aliviada, sonrió aún más y negó con la cabeza:

—¡No, no, no pienso decirte nada! Adelante, busca… ¿Ya no tienes espías, Charlotte?

—No me fío de ningún espía —replicó Charlotte—. Y no será porque fulanito o menganita no me hayan contado… que has tenido una nueva decepción…, que has tenido problemas…, incluso de dinero… ¡No, no, tú sabes muy bien que hago caso omiso de las habladurías!

—Lo sé mejor que nadie. Lolotte, tesoro, vete tranquila. Y diles a nuestros amigos que estén tranquilos también. Ojalá hubiesen ganado la mitad que yo con las acciones del petróleo desde diciembre a febrero.

La nube alcohólica que suavizaba los rasgos de la señora Peloux se desvaneció; mostró un rostro claro, seco, despierto:

—¡Invertiste en petróleo! ¡Habría debido sospecharlo! ¡Y no me lo has dicho!

—No me lo has preguntado… Sólo pensabas en la familia, como es natural…

—También pensaba en briquetas comprimidas, afortunadamente —silbó aquella voz de pito sin resuello.

—¿No ves? ¡Tú tampoco me lo has dicho!

—¿Y turbar un sueño de amor? ¡Eso jamás! Léa cariño, me voy, pero volveré.

—Volverás los jueves, porque ahora, Lolotte querida, tus domingos de Neuilly… se han terminado para mí. ¿Quieres que nos reunamos los jueves aquí? Sólo las buenas amigas: la madre Aldonza, el reverendo padre de la Berche…, póquer para ti, calceta para mí…

—¿Tú haces calceta?

—Aún no, pero todo llegará. ¿No crees?

—¡Doy saltos de alegría! ¡Mira cómo salto! Y en casa no diré una palabra: ¡Chéri sería capaz de venir a pedirte una copa de oporto los jueves! Otro besito, querida…, ¡Dios mío, qué bien hueles! ¿Te has fijado en que cuando la piel pierde firmeza el perfume dura mucho más? Es estupendo.

«Anda, vete de una vez… —Léa seguía con la mirada, estremeciéndose, a la señora Peloux mientras atravesaba el patio—. ¡Ve a ocuparte de tus fechorías! Nada te lo impedirá. Quizá tropieces, pero eso no te detendrá. Tu chófer, que es prudente, no derrapará y no empotrará el coche contra un árbol. En Neuilly elegirás el momento más adecuado (ya sea hoy, mañana o la semana que viene) para decir las palabras que no deberías pronunciar jamás. Intentarás sembrar la inquietud en aquellos que tal vez estén tranquilos. Como mínimo los harás temblar un poco, como has hecho conmigo, durante un instante…».

Le temblaban las piernas como a un caballo después de subir una cuesta, pero no le dolían. Se alegraba de haberse mostrado tan comedida. En su tez y su mirada conservaba una vivacidad agradable, pero aún apretaba el pañuelo a causa de la tensión. No podía quitarse a Charlotte Peloux de la cabeza. «Nos hemos vuelto a encontrar —se dijo—, como dos perros que pelean por la zapatilla que tienen la costumbre de mordisquear. ¡Qué raro! Esa mujer es mi enemiga y sin embargo me reconforta. Qué unidas estamos…».

Estuvo largo rato considerando su futuro, ora con temor ora con resignación. Al relajarse se quedó dormida. Recostando la mejilla contra un cojín, soñó con su inminente vejez: se imaginó la monótona sucesión de días, se vio junto a Charlotte Peloux, la rivalidad que compartían haciendo pasar el tiempo más rápido. Así se ahorraría unos años la bochornosa desidia que lleva a las mujeres maduras a prescindir primero del corsé, luego del tinte y finalmente de la lencería fina. Anticipó los pérfidos placeres de la tercera edad, que no son más que la agresividad pasiva, los deseos homicidas y la recurrente esperanza de que suceda alguna catástrofe de la que sólo se salve una persona, una punta del mundo; y se despertó

sorprendida, bañada por la luz de un crepúsculo rosa idéntico a la aurora.

«¡Ay, Chéri!», suspiró. Pero ya no era la llamada ronca y anhelante del año anterior. Tampoco lloraba, ni su cuerpo se rebelaba ni sufría acechado por un dolor espiritual… Léa se levantó y se frotó la mejilla en la que había quedado marcado el bordado del cojín. «Mi pobre Chéri… Qué curioso es pensar que al perder, tú a tu vieja amante marchita y yo a mi escandaloso y joven amante, hemos perdido lo más honorable que poseíamos en este mundo…».

Habían pasado dos días desde la visita de Charlotte Peloux. Dos días grises que a Léa se le hicieron eternos y que soportó con la paciencia de una aprendiza. «Si ésta es la vida que me espera, más me vale acostumbrarme», se decía, pero se dedicaba a ello con tanta torpeza y falso empeño que sólo conseguía desalentarse. Hacia las once de la mañana del segundo día quiso salir, pasear hasta los lagos.

«Me compraré un perro —decidió—. Me hará compañía y me obligará a andar». Y Rose tuvo que buscar en el fondo de los armarios de verano un par de botines amarillos de suelas gruesas y un traje algo tosco que olía a campo. Léa salió, con el aire resuelto que determinados zapatos y prendas de tela basta confieren a quienes los llevan.

«Hace diez años me habría atrevido a llevar bastón», pensó. Cuando todavía estaba cerca de casa, oyó tras ella un paso ligero y rápido que creyó reconocer. Un miedo sorprendente, que no tuvo tiempo de ahuyentar, estuvo a punto de paralizarla. Muy a su pesar vio pasar por su lado a toda prisa a un joven al que no conocía y que ni siquiera la miró. Respiró aliviada: «¡Qué tonta soy!».

Compró un clavel oscuro para la chaqueta y reanudó la marcha. Pero ante ella, a treinta pasos, plantada en medio de la bruma diáfana que cubría el césped de la avenida, una silueta masculina la estaba esperando. «Esta vez reconozco el corte de la americana y la forma de hacer girar el bastón… ¡Ah, no! No, gracias, no quiero que

me vea calzada como un cartero y con este chaquetón que me hace parecer gorda. Si tengo que encontrármelo, prefiero que no me vea así, él que nunca ha podido soportar el marrón, además… No, no, vuelvo para casa…».

En ese momento el hombre que esperaba llamó a un taxi, se montó en él y pasó por delante de Léa; era un joven rubio con un bigotito corto. Sin embargo, esta vez Léa no sonrió ni suspiró de alivio, sino que dio media vuelta y regresó a casa. «No sabes, Rose, la flojera que me ha entrado… Tráeme el vestido color flor de melocotón, el nuevo, y la capa bordada sin mangas. Me muero de calor con toda esta ropa de lana».

«No vale la pena insistir —pensaba Léa—. Ninguna de las dos veces era Chéri, pero a la tercera habría sido él, ya conozco las malas pasadas que juega el destino. No se puede hacer nada para evitarlas, y hoy no me siento con fuerzas, estoy floja».

Pacientemente, se dedicó el resto del día a intentar acostumbrarse a la soledad. Cigarrillos y periódicos la distrajeron después de almorzar, y recibió con entusiasmo pasajero una llamada telefónica de la baronesa de la Berche, luego otra de Speleiev, su antiguo amante, el apuesto criador de caballos, que la había visto pasar el día anterior y quiso venderle un par de ejemplares.

Pasó la siguiente hora sumida en un silencio absoluto, aterrador. «Vamos, vamos…». Caminaba con los brazos en jarras arrastrando la magnífica cola de una gran capa bordada en oro y rosas que le dejaba los brazos al descubierto.

«Vamos, vamos…, intentemos entender la situación. No es momento de desmoralizarse, y menos ahora que ya me he olvidado del chiquillo. Hace seis meses que vivo sola. En el sur me iba de maravilla. En primer lugar, me mudaba a menudo. Y todas las amistades que hice en la Riviera y en los Pirineos tenían una ventaja: cuando las dejaba atrás era como un golpe de aire fresco. Como los cataplasmas de almidón en una quemadura: no curan pero alivian, siempre que uno los cambie con frecuencia. Los seis meses que pasé de viaje me recuerdan la historia de la horrible Sarah

Cohen, que se casó con un monstruo: "Cada vez que lo miro creo que soy guapa", decía.

»Pero yo antes de esos seis meses ya sabía lo que era vivir sola. ¿Cómo viví, por ejemplo, después de dejar a Speleiev? Ah, sí, frecuenté gran cantidad de bares y restaurantes con Patron, y enseguida conocí a Chéri. Y antes de Speleiev tuve al pequeño Lequellec, pero su familia me lo arrebató para casarlo, pobrecillo… Se le llenaron los ojitos de lágrimas, con lo bonitos que los tenía… Después de él, recuerdo que estuve cuatro meses sola. ¡Cómo lloré el primer mes! No, no, fue Bacciocchi quien me hizo llorar tanto. Pero, cuando me cansé de llorar, no sabía estarme quieta de lo feliz que me hacía estar sola. ¡Sí, señor! Pero en la época de Bacciocchi tenía veintiocho años, y treinta después de Lequellec, y entre los dos, conocí… Qué más da. Después de Speleiev lamenté haber malgastado tanto dinero y, sin embargo…, después de Chéri, tengo… tengo cincuenta años y aun así cometí la imprudencia de mantenerlo siete años. —Frunció el ceño y una mueca malhumorada le desfiguró el rostro—. Me está bien empleado, ¿a quién se le ocurre mantener a un amante durante siete años a esta edad? ¡Siete años! Ha echado a perder los buenos años que me quedaban. En esos siete años podría haber disfrutado de dos o tres amoríos felices y cómodos, en vez de un gran pesar… Una relación de siete años es como irte con tu marido a las colonias: cuando vuelves, nadie te reconoce y ya no sabes ni ponerte un vestido».

Para ahorrar fuerzas, llamó a Rose y ordenó con ella el armarito de las puntillas. Al llegar la noche se encendieron las lámparas y las tareas de la casa reclamaron a Rose.

«Mañana —se dijo Léa— pediré el coche e iré a visitar las cuadras normandas de Speleiev. Me llevaré a la Berche, si quiere, le recordará sus antiguas caballerizas y sus coches. Y, la verdad, si el joven Speleiev me echa los tejos, no digo que no…».

Se tomó la molestia de sonreír con aire misterioso y provocador, para engañar a los fantasmas que podían vagar en torno al tocador y a la formidable cama que brillaba en la oscuridad. Pero la apatía le

impedía sentir otra cosa que no fuera desprecio por el placer que otras personas pudieran encontrar en el amor.

Se entretuvo cenando un filete de pescado y unos pasteles. Sustituyó el burdeos por champán seco y se levantó de la mesa canturreando. Las once la sorprendieron mientras medía con un bastón la anchura de los paneles entre las ventanas de su dormitorio, donde tenía la intención de reemplazar todos los grandes espejos por tapices antiguos, pintados con flores y balaustradas. Bostezó, se frotó la cabeza y llamó para que la ayudaran a desvestirse. Mientras Rose le quitaba las largas medias de seda, Léa consideró la jornada que estaba a punto de acabar y pronto formaría parte del pasado; quedó tan satisfecha de sus logros como si hubiese terminado unos deberes. Protegida para el resto de la noche del peligro de la ociosidad, calculaba las horas de sueño y de insomnio que la esperaban. Por la noche las almas inquietas recuperan el derecho a bostezar ruidosamente, a suspirar, a maldecir el coche del lechero, a los basureros y los gorriones.

Mientras se preparaba para acostarse, proyectó planes inofensivos que no tenía intención de llevar a cabo: «Aline Mesmacker ha abierto un bar-restaurante y se está haciendo de oro… Evidentemente, es una ocupación a la vez que una inversión… Yo no me veo en la caja, y si contratas a una encargada ya no vale la pena. Dora y la gorda Fifi llevan juntas una *boîte*, según me ha contado la Berche. Está muy de moda. Y se ponen pajarita y esmoquin para atraer a una clientela especial. La gorda Fifi tiene tres hijos que criar, es una excusa… También está Kühn, que se aburre y a quien no le importaría emplear mi capital para fundar una nueva casa de modas…».

Completamente desnuda y con la piel teñida de rosa teja por el reflejo de su cuarto de baño pompeyano, se perfumaba con su aceite de sándalo favorito y desplegaba con un placer inconsciente un largo camisón de seda. «Ya sé que es hablar por hablar. Sé perfectamente que trabajar no me interesa. ¡A la cama, señora! Nunca tendrá otro mostrador, y los clientes ya se han ido».

Se envolvió en una gandura blanca cuyo colorido forro bañaba de una luz rosa y regresó al tocador. Allí, levantando los brazos, se peinó la melena, que el tinte había vuelto más recia, enmarcando así su fatigado rostro. Aún tenía unos brazos hermosos, desde el cuenco de la axila y el hombro robusto hasta las redondas muñecas, así que los contempló unos instantes. «¡Bonitas asas para un jarrón tan viejo!».

Con un gesto poco cuidadoso se colocó una peineta de carey en el pelo y escogió sin gran entusiasmo una novela policíaca de uno de los estantes de un oscuro gabinete. No le fascinaban las encuadernaciones de lujo y nunca había perdido la costumbre de relegar los libros al fondo de los armarios, junto a las cajas de cartón vacías y los frascos de medicamentos.

Cuando se inclinó para alisar la sábana fina y fresca de la gran cama destapada, sonó el timbre del patio. Aquel sonido grave, fuerte, insólito, retumbó en el silencio de la medianoche. «¡Pero bueno!», exclamó en voz alta.

Escuchaba atenta, con la boca entreabierta, conteniendo la respiración. Un segundo timbrazo sonó con más fuerza aún que el primero, y Léa, siguiendo un instinto de preservación y de pudor, corrió a empolvarse la cara. Iba a llamar a Rose cuando oyó que la puerta de la calle se cerraba de golpe y que unos pasos avanzaban por el vestíbulo hacia la escalera, y dos voces que se confundían, la de la doncella y otra distinta. No tuvo tiempo de decidirse; de pronto alguien abrió la puerta de un empujón y Chéri entró en el dormitorio: llevaba el abrigo desabrochado sobre el esmoquin y no se había quitado el sombrero; tenía el rostro pálido y expresión furiosa.

Se apoyó en la puerta que se había cerrado detrás de él y no se movió. No miraba tanto a Léa como al dormitorio en general, con la mirada huidiza de alguien que teme ser atacado.

Léa, a quien aquella mañana una mera silueta atisbada en la niebla había hecho temblar, sintió inicialmente sólo el resentimiento de una mujer sorprendida en el momento de asearse. Se ajustó el

salto de cama, se recolocó la peineta y buscó con el pie una zapatilla que se le había caído. Se sonrojó, pero cuando el color abandonó sus mejillas ya había recobrado la apariencia de calma. Al erguirse pareció más alta que el muchacho que, todo vestido de negro, seguía apoyado en la puerta blanca.

—Vaya forma de entrar —dijo alzando un poco la voz—. Podrías quitarte el sombrero y saludar.

—Buenas noches —dijo Chéri con voz ronca.

El sonido de su propia voz pareció sorprenderlo. Miró más humanamente a su alrededor, y algo parecido a una sonrisa apareció primero en sus ojos y después en sus labios; repitió con dulzura:

—Buenas noches… —Se quitó el sombrero y avanzó dos o tres pasos—. ¿Puedo sentarme?

—Si quieres —contestó Léa.

Se sentó en un puf y vio que ella permanecía de pie.

—¿Te estabas vistiendo? ¿No vas a salir?

Ella negó con la cabeza, se sentó lejos de él y tomó una lima de uñas sin articular palabra. Él encendió un cigarrillo y pidió permiso para fumar después de haberlo encendido.

—Como quieras —repitió Léa indiferente.

Él calló y bajó la mirada. La mano con la que sujetaba el cigarrillo le temblaba un poco. Se dio cuenta y la apoyó en el borde de una mesa. Léa se limaba las uñas con movimientos lentos y, de vez en cuando, dirigía una mirada fugaz al rostro de Chéri, sobre todo a sus párpados, entrecerrados, y a la franja oscura de sus pestañas.

—Me ha abierto la puerta Ernest —dijo por fin Chéri.

—¿Por qué no iba a ser Ernest? ¿Acaso debía cambiar de personal porque tú te casaras?

—No… Claro, lo decía…

Volvió a reinar el silencio. Léa lo rompió.

—¿Puedo saber si tienes intención de quedarte mucho rato ahí sentado? Ni siquiera te pregunto por qué te permites presentarte en mi casa a medianoche…

—Me lo puedes preguntar —contestó rápidamente él.

Léa negó con la cabeza:

—No me interesa.

Chéri se levantó con ímpetu, haciendo rodar el puf detrás de él, y se acercó a Léa. Ella lo vio inclinarse como si fuese a asestarle un golpe, pero no retrocedió. Pensaba: «¿De qué iba yo a tener miedo en este mundo?».

—¡Ah! ¿No sabes a qué he venido? ¿No quieres saber a qué he venido? —Se arrancó el abrigo, lo lanzó sobre la *chaise longue* y se cruzó de brazos, gritando muy cerca de la cara de Léa, en un tono ahogado y triunfante—: ¡He vuelto!

Ella manejaba unas delicadas pinzas, que apartó lentamente antes de secarse las manos. Chéri se dejó caer en la silla, como si hubiese agotado todas sus fuerzas.

—Muy bien —dijo Léa—. Así que has vuelto. Me parece muy bien. ¿Se puede saber a quién se lo has consultado?

—A mí —dijo Chéri.

Esta vez se levantó ella para dominarlo mejor. Su corazón ya no latía con tanta fuerza y eso le permitía respirar cómodamente. No quería cometer errores.

—¿Por qué no me has pedido mi opinión? Soy una vieja amiga que conoce tus pésimos modales. ¿No has pensado que presentándote aquí de esta manera podías molestar… a alguien?

Con la cabeza baja, Chéri inspeccionó horizontalmente la habitación, las puertas cerradas, el lecho acorazado de metal y cubierto de lujosos almohadones. No vio nada insólito, nada nuevo, y se encogió de hombros. Léa esperaba algo mejor e insistió:

—¿Comprendes lo que quiero decir?

—Perfectamente —respondió Chéri—. ¿«El señor» no ha vuelto todavía? ¿O es que «el señor» no viene hoy a dormir?

—No es asunto tuyo, querido —dijo ella tranquilamente.

Él se mordió el labio y sacudió nerviosamente la ceniza del cigarrillo en un cuenco para joyas.

—¡Ahí no, te lo tengo dicho! —gritó Léa—. Cuántas veces te lo tengo que…

Se interrumpió reprochándose haber recuperado sin querer el tono de las disputas familiares. Pero él no parecía haberla oído, examinaba una sortija, una esmeralda que Léa había comprado durante el viaje.

—¿Qué… qué es esto? —balbuceó.

—¿Eso? Una esmeralda.

—¡No soy ciego! Lo que quiero decir es: ¿quién te la ha regalado?

—No lo conoces.

—¡Es preciosa! —dijo Chéri con amargura.

Ese tono hizo que Léa recuperara la autoridad, por lo que se permitió el placer de despistar un poco más a quien le concedía ventaja.

—¿Verdad que es preciosa? Todo el mundo me lo dice. Y la montura, has visto estos brillantitos…

—¡Basta! —chilló Chéri enfurecido, dando un puñetazo sobre la mesa frágil.

Del golpe, unas rosas se deshojaron y un cuenco de porcelana cayó sobre la tupida alfombra sin llegar a romperse. Léa extendió hacia el teléfono una mano que Chéri detuvo con el brazo, brusco:

—¿Para qué quieres el teléfono?

—Para llamar a la comisaría —dijo Léa.

Le cogió los dos brazos y fingió que jugaba mientras la empujaba lejos del aparato.

—Vamos, vamos, no pasa nada, no hagas tonterías. No puede uno decir nada sin que te pongas melodramática…

Léa se sentó y le dio la espalda. Él seguía de pie, con las manos vacías: tenía la boca entreabierta y morruda de un niño enfurruñado. Una mechón negro le cubría una ceja. En un espejo, a hurtadillas, Léa lo espiaba; pero él se sentó y su reflejo desapareció del espejo. A su vez, Léa sintió, incómoda, que él la veía de espaldas, ensanchada por la gandura, que llevaba desatada. Volvió al tocador, se arregló el pelo, se volvió a poner la peineta y abrió como por distracción un frasco de perfume. Chéri volvió la cabeza hacia el olor.

—¡Nounoune! —exclamó.

—Pídeme perdón —le ordenó ella sin darse la vuelta.

Él rio sarcástico:

—¡Ni hablar!

—No te obligaré. Pero entonces vete. Inmediatamente…

—¡Perdón! —dijo él presuroso y huraño.

—¡Con más esmero!

—¡Perdón! —repitió él bajito.

—¡Mucho mejor!

Ella se le acercó y le acarició con la mano la cabeza inclinada:

—Vamos, cuéntame.

Chéri se estremeció y esquivó la caricia:

—¿Qué quieres que te cuente? No es nada complicado. He vuelto, así de simple.

—Cuenta, vamos, cuenta.

Él se mecía en la silla apretando las manos entre las rodillas; levantaba la cabeza hacia Léa pero sin mirarla. Ella observaba cómo temblaban las blanquecinas aletas de la nariz de Chéri y oía cómo intentaba controlar su entrecortada respiración. Sólo tuvo que repetir una vez más «Vamos, cuenta…» y darle un ligero empujón con el dedo, como para tirarlo de la silla. Él exclamó:

—¡Nounoune querida! ¡Nounoune querida! —Y se lanzó hacia ella con todas sus fuerzas, aferrándose a sus largas piernas y haciéndolas ceder. Una vez sentada, ella lo dejó deslizarse hasta el suelo y yacer a sus pies, donde, entre lágrimas, habló atropelladamente, mientras se asía al collar de perlas, a los encajes de su camisón y buscaba a tientas el tacto de su hombro bajo la ropa y le retiraba el cabello para acariciarle las orejas—. ¡Nounoune querida! ¡Juntos otra vez! ¡Mi Nounoune! ¡Oh, mi Nounoune, este hombro, y tu perfume… y el mismo collar, mi Nounoune! ¡Qué maravilla! Y este sabor a quemado de tu pelo, ¡ah…! ¡Qué maravilla!

Se inclinó hacia atrás y exhaló esa palabra estúpida con el que podría haber sido su último aliento. De rodillas frente a Léa, la estrechaba entre sus brazos y le ofrecía su frente, sobre la que le

caía el pelo, sus labios temblorosos y cubiertos de lágrimas y sus ojos, de los que brotaba el gozo en un llanto luminoso. Ella lo contempló tan profundamente, con un olvido tan perfecto de todo lo que no era él, que no atinó a darle un beso. Le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó, meciéndolo al ritmo de las palabras que iba murmurando:

—Mi pequeño…, mi niño malo… Estás aquí… Has vuelto… ¿Qué has hecho ahora? Eres tan malo…, hermosura mía…

Él gemía dulcemente, con los labios sellados y sin articular palabra; escuchaba a Léa y apoyaba la mejilla en su pecho. Suplicó «¡No pares!» cuando ella interrumpió aquella cariñosa letanía, y Léa, que temía echarse a llorar también, lo riñó en el mismo tono:

—Mala bestia… Diablillo sin corazón… Más que malo…

Él alzó la vista, agradecido:

—Sí, sí, ríñeme. ¡Ay, Nounoune…!

Ella lo apartó para contemplarlo mejor:

—¿O sea que me querías?

Él bajó los ojos, confuso como un niño:

—Sí, Nounoune.

Una risa ahogada que no pudo contener advirtió a Léa de que estaba a punto de abandonarse a la alegría más terrible de su vida. Un abrazo seguido de una caída, la cama deshecha, dos cuerpos que se unen como las dos mitades de una bestia a la que han partido en dos… «No, no —se dijo ella—, todavía no, ¡Ay, todavía no…!».

—Tengo sed —suspiró Chéri—. Nounoune, tengo sed…

Ella se levantó enseguida, palpó con la mano la jarra tibia, salió y regresó al instante. Chéri, acurrucado en el suelo, tenía la cabeza apoyada en el puf.

—Ahora te traen limonada —dijo Léa—. No te quedes ahí. Ven a la *chaise longue*. ¿Te molesta la lámpara? —Mostrarse tan solícita y decidida hacía que se estremeciera de placer. Se sentó al fondo de la *chaise longue* y Chéri se tendió junto a ella—. Ahora vas a contarme…

La entrada de Rose la interrumpió. Chéri, sin levantarse, volvió lánguidamente la cabeza hacia la doncella:

—… días, Rose.

—Buenos días, señor —dijo Rose discretamente.

—Rose, para mañana por la mañana a las nueve quisiera…

—Brioches y chocolate —terminó Rose la frase.

Chéri volvió a cerrar los ojos y suspiró complacido.

—¡Estás hecha una adivina! Rose, ¿dónde me visto mañana por la mañana?

—En el *boudoir* —contestó Rose complaciente—. Pero tendré que mandar que retiren el sofá y poner todos los utensilios de aseo como antes, ¿no?

Miró en busca de confirmación a Léa, que sostenía orgullosa el rostro de su «niño malo» sin dejar de beber.

—Si quieres —dijo Léa—. Ya veremos. Puedes retirarte, Rose.

Rose se fue, y durante el momento de silencio que hubo a continuación apenas se oyó el murmullo de la brisa y el gorjeo de un pájaro confundido por el claro de luna.

—¿Duermes, Chéri?

Chéri lanzó su gran suspiro de perro de caza.

—¡Ah, no! Estoy demasiado bien para dormir.

—Dime, cariño… ¿No habrás sido desconsiderado allí?

—¿En casa? No, Nounoune. En absoluto, te lo juro.

—¿Te han montado una escena?

Él la miraba desde abajo, confiado, sin levantar la cabeza.

—Claro que no, Nounoune. Me he ido porque sí. La chica es muy amable, no ha pasado nada.

—¡Ah!

—Pero no pondría la mano en el fuego por ella, quizá se le ha pasado por la cabeza. Esta noche ponía esa cara que yo llamo de huérfana, ya sabes, esos ojitos tristes bajo la bonita melena… ¿Sabes que tiene una melena preciosa?

—Sí…

Léa hablaba con monosílabos, a media voz, como si escuchase a una persona hablando en sueños.

—Incluso creo —prosiguió Chéri— que me ha visto cruzar el jardín.

—¿Ah sí?

—Sí. Estaba en el balcón, vestida de raso blanco, de un blanco níveo, no me gusta nada ese vestido… Durante la cena ya me ha dado ganas de largarme…

—¡No!

—Sí, sí, Nounoune. No sé si me ha visto. No había salido la luna. Ha salido mientras yo esperaba.

—¿Mientras esperabas dónde?

Chéri señaló vagamente en dirección a la avenida.

—Por ahí. Esperaba, ya me entiendes, quería ver… He esperado mucho rato.

—¿A qué esperabas?

Se incorporó bruscamente y se sentó más lejos. Recuperó aquella expresión de desconfianza primitiva:

—Quería asegurarme de que no hubiese nadie aquí.

—¡Claro! Pensabas en…

Léa no pudo evitar una risa llena de desprecio. ¿Un amante en su casa? ¿Un amante, estando vivo Chéri? Era grotesco. «¡Será tonto!», pensó entusiasmada.

—¿Por qué te ríes? —Chéri se levantó y se colocó frente a ella; con la mano, le inclinó la cabeza hacia atrás—. ¿Por qué te ríes? ¿Te burlas de mí? ¿Tienes… tienes un amante? ¿Estás con alguien?

A medida que hablaba se iba inclinando hacia delante, haciendo que Léa recostara la nuca en el respaldo de la *chaise longue*. Ella sintió sobre los párpados el aliento de aquella boca injuriosa, pero no hizo ningún esfuerzo por liberarse de la mano que le oprimía el cabello contra la frente.

—¡Dime a la cara que tienes un amante!

Ella parpadeó varias veces, deslumbrada por el esplendoroso rostro que se cernía sobre ella, y dijo por fin con voz sorda:

—No, no tengo ningún amante. Yo… te quiero…

Él la soltó y empezó a quitarse el esmoquin, el chaleco; se oyó el silbido de la corbata, que voló por los aires antes de caer sobre un busto que Léa tenía encima de la chimenea. Mientras tanto, Chéri no se había separado de ella ni un centímetro y la retenía en la *chaise longueayudándose* de sus rodillas. Al verlo semidesnudo Léa le preguntó, casi con tristeza:

—¿Te apetece? ¿De veras?

Él no contestó, dejándose llevar por la idea del placer inminente y el irrefrenable deseo de volver a poseerla. Ella cedió y se entregó al joven como la más solícita de las amantes. Sin embargo, anticipaba con algo parecido al terror el instante de su propia derrota; soportaba a Chéri como un suplicio, apartándolo con las manos sin fuerza y apresándolo con sus poderosas piernas. Al fin lo agarró por el brazo, profirió un grito casi inaudible y se sumergió en el abismo del que el amor resurge pálido, taciturno, pesaroso.

Permanecieron abrazados; ninguna palabra turbó el largo silencio durante el cual volvieron a la vida. Chéri se había deslizado en la cama y yacía con el torso apoyado en el muslo de Léa; tenía los ojos cerrados y dejaba caer la cabeza sobre la sábana, como si lo hubiesen apuñalado en brazos de su amante. Ella, tumbada de lado, soportaba casi todo el peso de aquel cuerpo despreocupado: respiraba entrecortadamente y le dolía el brazo izquierdo, que tenía agarrotado; a Chéri se le había entumecido la nuca, pero ambos aguardaban, con reverente quietud, a que aquella gozosa tempestad amainara.

«Duerme», pensó Léa. Con la mano que tenía libre aún asía la muñeca de Chéri, que apretó con ternura una vez más. Una rodilla que conocía a la perfección aplastaba la suya. A la altura de su corazón, percibía el latido uniforme y apagado de otro corazón. Chéri olía a su perfume favorito, intenso, embriagador, mezcla de flores silvestres y maderas exóticas. «Está aquí, conmigo —se dijo Léa. Y una seguridad ciega la embargó—. ¡Y lo estará siempre!», exclamó para sus adentros. La astuta prudencia y el sentido común que

siempre le habían servido de guía, los humillantes caprichos de la edad y, más tarde, todos los sacrificios que había hecho se batieron en retirada y se desvanecieron ante la presuntuosa brutalidad del amor. «¡Aquí está! ¡Se ha marchado de casa, ha abandonado a la ingenua de su mujercita y ha vuelto, ha vuelto a mi lado! ¿Quién podría arrebatármelo ahora? Ahora sí, ahora podré poner orden a nuestra vida… Él no siempre sabe lo que quiere, pero yo sí. Sin duda, tendremos que irnos. No para escondernos de nadie, sino para vivir en paz… Y, además, necesito mirarlo con calma. Cuando no sabía que lo amaba no debí de mirarlo bien. Necesito un país en que haya espacio suficiente para todos sus caprichos y mis deseos… Yo me encargaré de todo, él que duerma…».

Mientras retiraba con cuidado el brazo izquierdo, que tenía dormido y adolorido, y el hombro anquilosado, contempló el rostro de Chéri, vuelto hacia el otro lado, y se dio cuenta de que estaba despierto. El ojo que alcanzaba a ver brillaba abierto en la oscuridad, y su parpadeo irregular hacía que sus pestañas parecieran las alitas negras de un pajarillo revoloteando en el aire.

—¿No duermes?

Lo sintió estremecerse a su lado antes de darse la vuelta en la cama.

—Tú tampoco, ¿verdad, Nounoune?

Extendió el brazo para alcanzar la lámpara de la mesilla de noche; un halo de luz cálida cubrió la cama, proyectando los motivos de los encajes y convirtiendo en oscuros valles las acolchadas ondulaciones del edredón de plumas; acostado, Chéri reconocía el terreno de su reposo y su deleite. Léa, acodada junto a él, recorría con el dedo aquellas largas cejas que tanto le gustaban y acariciaba el cabello de Chéri. Tumbado así, con el pelo despeinado sobre la frente, parecía que una furiosa ráfaga de viento lo hubiese abatido.

Sonó el reloj de esmalte. Chéri se incorporó bruscamente.

—¿Qué hora es?

—No lo sé. ¿Qué más da?

—Bueno, es que…

Soltó una breve carcajada pero no volvió a acostarse enseguida. Fuera, el primer camión del lechero sacudió un carillón de botellas, y Chéri hizo un vago ademán de acercarse a la ventana. Entre las cortinas de color fresa se colaba un hilo de la fría luz del amanecer. Chéri volvió la mirada hacia Léa y la contempló con la intensidad propia del niño perplejo o del perro receloso. Un pensamiento indescifrable empezaba a adivinarse en sus pupilas; sin embargo, sólo empleaba la forma de sus ojos pardos y el brillo de su mirada severa o tierna para conquistar, nunca para darse a conocer. Su torso desnudo, de hombros anchos y cintura delgada, emergía de las sábanas arrugadas como del mar, y todo él rezumaba la melancolía de las obras de arte más perfectas.

—¡Ay! —suspiró Léa embriagada.

Él no sonrió, acostumbrado como estaba a que le hicieran cumplidos.

—Verás, Nounoune…

—¿Sí, tesoro?

Él titubeó, parpadeó estremeciéndose:

—Estoy cansado… Y, además, mañana ¿cómo vas a…?

Con un tierno empujón Léa hizo caer sobre la almohada el torso desnudo y la adormilada cabeza.

—No te preocupes. Acuéstate. ¿No está aquí Nounoune? No pienses en nada. Duerme. Apostaría que tienes frío… Toma, ponte esto, te hará entrar en calor.

Lo cubrió con una prenda femenina de seda y lana que había encima de la cama y apagó la luz. En la oscuridad, prestó su hombro, hizo feliz un hueco en su costado y escuchó hasta que la respiración de Chéri se acompasó con la suya. No la turbaba ningún deseo, pero no quería dormir. «Él que duerma, yo tengo mucho que pensar —se repitió—. Me aseguraré de que nuestra partida sea elegante y muy discreta; lo principal es causar el mínimo escándalo y el mínimo dolor… En primavera lo mejor será volver al sur. Si por mí fuera, me quedaría aquí tranquilamente, pero ¿qué hacemos con la señora Peloux y la joven Peloux…?». La imagen de una joven en

traje de noche, esperando ansiosa junto a una ventana, sólo entretuvo a Léa el tiempo que tardó en encogerse de hombros con fría ecuanimidad: «Lo siento en el alma, pero lo que hace felices a unos…».

Él acomodó la cabeza, de cabello sedoso y negro, en el pecho de Léa, y gimió en sueños. Con un gesto enérgico del brazo, Léa lo protegió de la pesadilla y lo meció para que fuera durante mucho tiempo aquel «niño malo» —irreflexivo, desmemoriado, sin planes de futuro— que no había nacido de sus entrañas.

Aunque hacía rato que yacía despierto, Chéri evitaba moverse. Con la mejilla sobre el brazo, intentaba adivinar la hora. Un cielo claro debía de bañar con una cálida luz la avenida, pues por el rosa encendido de las cortinas no pasaba ni la sombra de una nube. «¿Pueden ser las diez?». Estaba muerto de hambre, la noche anterior había cenado poco. Hacía un año se habría levantado de un salto, turbando el reposo de Léa, y habría reclamando a gritos que le trajeran una taza de chocolate cremoso y mantequilla helada. No se movió. Temía que el menor movimiento acabase con la alegría que aún lo embriagaba, con el placer que le provocaba contemplar el rosa brillante de las cortinas y las volutas de acero y cobre de la cama rutilante en el cálido fulgor del dormitorio. El júbilo de la víspera había menguado, según parecía, se había fundido para refugiarse en el trémulo reflejo iridiscente de una jarra de cristal en la pared.

El paso circunspecto de Rose rozó al pasar la alfombra del rellano; una escoba prudente barría el patio, y Chéri escuchó un lejano tintineo de porcelana en la cocina… «Qué mañana tan larga… —pensó—. ¡Será mejor que me levante!». Pero, al oír a Léa bostezar y desperezarse junto a él, permaneció completamente inmóvil. Una mano se posó suavemente sobre la espalda de Chéri, pero él volvió a cerrar los ojos y, sin saber por qué, todo su cuerpo fingió volverse lánguido. Sintió que Léa abandonaba el lecho y vio cómo su negra silueta se detenía ante las cortinas y las corría un poco. Se volvió hacia él, lo miró y bajó la cabeza con una sonrisa que no era victoriosa sino resuelta, que aceptaba cualquier riesgo. No se apresuraba a abandonar la habitación, y Chéri la espiaba, entornando los ojos. Vio que abría un horario de trenes y seguía las

columnas con el dedo. Luego, mirando hacia arriba y frunciendo el ceño, pareció hacer algún cálculo. Aún sin maquillar, con la melena recogida en un moño y el doble mentón y el ajado cuello a la vista, se exponía imprudente a la mirada del observador secreto.

Se alejó de la ventana, sacó de un cajón el talonario, rellenó y arrancó varias hojas. Luego dispuso al pie de la cama un pijama blanco y salió sin hacer ruido.

Chéri, solo, respiró profundamente y se percató de que había estado conteniendo la respiración desde que Léa se había levantado. Salió de la cama, se puso el pijama y abrió una ventana. «El aire está cargado», susurró. Tenía el incómodo presentimiento de haber actuado mal. «¿Por haberme hecho el dormido? Pero si la he visto levantarse cientos de veces… La única diferencia ha sido que esta vez he fingido estar dormido…».

El espléndido día devolvió a la habitación su brillo asalmonado, la tierna muchacha pintada en tonos pastel del cuadro de Chaplin le sonreía desde la pared. Chéri inclinó la cabeza y cerró los ojos intentando recordar la habitación de la víspera: el color misterioso, como el interior de una sandía, la cúpula mágica de la lámpara y, sobre todo, la exaltación con la que, tembloroso, se había entregado al placer…

—¡Ya estás levantado! Ahora viene el chocolate.

Comprobó agradecido que en pocos minutos Léa se había peinado, maquillado delicadamente y perfumado con una fragancia familiar. El alegre timbre de su preciosa voz llenó la habitación y trajo consigo el aroma a pan tostado y cacao. Chéri se sentó frente a las dos tazas humeantes y recibió de manos de Léa una rebanada de pan abundantemente untada de mantequilla. Buscaba algo que decir, pero Léa no lo sospechaba, pues en general lo había conocido taciturno y concentrado en las comidas. Ella desayunó copiosamente, con la urgencia y la alegría absorta de una mujer que come, con los baúles preparados, antes de tomar el tren.

—Toma otra tostada, Chéri…

—No, gracias, Nounoune.

—¿Ya estás lleno?

—Ya estoy lleno.

Lo señaló con un dedo amenazador, riendo:

—¡Veo que no habrá más remedio que darte dos pastillas de ruibarbo!

Chéri frunció la nariz, sorprendido:

—Mira, Nounoune, tienes la manía de…

—¡Nada, nada! Sólo me preocupo por ti. Saca la lengua. ¿No quieres sacar la lengua? Entonces límpiate los bigotes de chocolate y hablemos, pero hablemos en serio. Los temas desagradables hay que tratarlos cuanto antes. —Tomó la mano de Chéri entre las suyas por encima de la mesa—. Has vuelto. Era nuestro destino. ¿Confías en mí? Pues ponte en mis manos. —Se interrumpió muy a su pesar y cerró los ojos, como doblegándose bajo el peso de su triunfo; Chéri vio que el rubor iluminaba la cara de su amante—. ¡Ay! —prosiguió en voz más baja—, cuando pienso en todo lo que no te he dado, en todo lo que no te he dicho… Cuando pienso que te he tomado por un mero capricho, como todos los demás, sólo un poco más precioso que los otros… Qué tonta he sido al no comprender que eras mi amor, mi único amor, ese gran amor que sólo se vive una vez…

Cuando volvió a abrir los ojos, parecía tenerlos más azules, de un azul que se había vuelto más profundo tras los párpados, y respiraba entrecortadamente.

«¡Ay! —suplicó Chéri para sus adentros—, que no me haga ninguna pregunta, que no me pida una respuesta ahora, soy incapaz de decir una sola palabra…».

Ella le sacudió la mano.

—Por favor, seamos serios. Bueno, como te decía: nos vamos, estamos a punto de irnos. ¿Cómo arreglarás lo de allí? Haz que Charlotte se ocupe de los asuntos financieros, es lo más prudente, y sé generoso, te lo ruego. ¿Cómo vas a avisar allí? Por carta, imagino. No es cómodo, pero lo mejor es ser breve. Lo arreglaremos los dos juntos. Está la cuestión de tu equipaje; aquí ya no tengo nada tuyo. A veces pequeñeces como éstas cuestan más que tomar una gran

decisión, pero no te preocupes… ¿Quieres dejar de toquetearte la uña del dedo gordo del pie? ¡Se te va a encarnar!

Dejó caer el pie maquinalmente. Su propio mutismo lo agobiaba, y prestar atención a Léa le suponía un esfuerzo agotador. Escrutaba el rostro animado, alegre e imperioso de su amiga, y se preguntaba vagamente: «¿Por qué parece tan contenta?».

Su embelesamiento se hizo tan evidente que Léa, que estaba monologando sobre la posibilidad de comprarle el yate al viejo Berthellemy, se detuvo en seco:

—¡Será posible! ¿No piensas darme ni siquiera una opinión? ¡Pareces un niño!

Chéri, saliendo de su estupor, se frotó la frente y le dedicó a Léa una mirada melancólica:

—Contigo, Nounoune, tengo todas las cartas para ser un niño hasta los ochenta.

Ella pestañeó varias veces como si Chéri le hubiese soplado los párpados, y dejó que entre ellos cayera el silencio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó al fin.

—Nada más que lo que he dicho, Nounoune. Nada más que la verdad. ¿Lo vas a negar, tú, que eres la persona más honesta que conozco?

Ella optó por soltar una carcajada, pero su desenvoltura escondía un gran temor.

—¡Pero si ese carácter pueril es la mitad de tu encanto, tontuelo! Más adelante será el secreto de tu eterna juventud. ¡Venga, no te quejes…! ¡Y tienes la caradura de quejarte precisamente a mí!

—Sí, Nounoune. ¿A quién quieres que me queje si no? —Tomó la mano que ella había retirado—. Nounoune, cariño, no sólo me quejo. Te acuso.

Ella sintió que una mano firme apretaba la suya. Y aquellos grandes ojos oscuros de pestañas lustrosas, en vez de evitar los de ella, se aferraban a ellos miserablemente. Todavía se resistía a echarse a temblar. «No es nada, no es nada… Bastará con dos o tres palabras contundentes, a las que responderá con alguna

impertinencia, luego se enfurruñará y yo lo perdonaré. No es más que eso…». Pero no encontró la reprimenda rápida capaz de cambiar la expresión de aquella mirada.

—Vamos, vamos, tesoro… Sabes que según qué bromas no me hacen ninguna gracia.

Al mismo tiempo, era consciente de que su voz sonaba insegura e impostada: «Qué mal me ha salido… Parece teatro del malo…».

Eran las diez y media y el sol había alcanzado la mesa que los separaba. Las uñas pulidas de Léa brillaron bajo el rayo de luz, que sin embargo también iluminó la piel flácida del dorso de sus grandes manos, tan estilizadas, y acentuó la complicada red de surcos concéntricos, de minúsculos paralelogramos, como los que la sequía graba en la tierra arcillosa tras la lluvia. Léa se frotó las manos con aire distraído, volviendo la cabeza para atraer hacia la calle la atención de Chéri; pero él siguió observando las manos de ella, apenado, como un perro. Bruscamente, tomó aquellas manos, que, vergonzosas, fingían jugar con la hebilla de su cinturón; las besó una y otra vez, luego apoyó en ellas la mejilla murmurando:

—Mi Nounoune… Ay, mi pobre Nounoune…

—¡Suéltame! —gritó ella presa de una rabia inexplicable, apartando las manos.

Tardó un momento en dominarse, y se asustó de su debilidad: había estado a punto de estallar en sollozos. En cuanto se vio con fuerzas, volvió a hablar, sonriendo:

—¿Ahora me compadeces? ¿Por qué me acusabas hace un momento?

—He hecho mal —dijo él humildemente—. Tú para mí has sido… —Intentó expresar con un gesto su incapacidad de encontrar palabras dignas de ella.

—¡«Has sido»! —subrayó ella en tono sarcástico—. ¡Parece una oración fúnebre, hijo!

—¿Lo ves…? —le reprochó él.

Él negó con la cabeza, y ella se dio cuenta de que no lograría hacerlo enfadar. Tensó todos los músculos del cuerpo e intentó

poner freno a sus pensamientos con ayuda de dos o tres palabras que repetía en su fuero interno una y otra vez: «Está aquí, conmigo… No pasa nada, está aquí… No está fuera de mi alcance… ¿Pero sigue aquí, conmigo, de verdad?».

Su pensamiento logró sustraerse de aquella rítmica letanía, que fue remplazada por un gran lamento interior: «¡Ay! ¡Ojalá pudiera volver al momento en el que he dicho: "Toma otra tostada, Chéri"! Ese instante aún está tan cerca de nosotros, aún no se ha perdido para siempre, ¡todavía no está en el pasado! Reanudemos nuestra vida en ese instante, lo poco que ha ocurrido desde entonces no contará, lo borraré, lo borraré… Voy a hablarle como si este último minuto no hubiera pasado; le hablaré, por ejemplo, del viaje, de las maletas…».

Y, en efecto, habló:

—Ya entiendo… Ya entiendo que no se puede tratar como a un hombre a alguien que, por abulia, es capaz de hacer sufrir a dos mujeres. ¿Crees que no lo comprendo? Te gusta hacer viajes cortos, ¿verdad? Ayer en Neuilly, hoy aquí, pero mañana… ¿Mañana dónde? ¿Aquí? No, no, cariño, no vale la pena mentir, esa carita de cordero degollado no engañaría ni a una mujer más tonta que yo, si es que hay alguna por ahí…

Señaló en dirección a Neuilly con tanta violencia que tiró un cuenco de galletas, que Chéri volvió a colocar en su sitio. Sus palabras habían convertido la pena que sentía en un dolor punzante, agresivo y celoso, que expresaba mediante el locuaz arrebato de ira propio de una muchacha. El colorete adquiría un matiz violáceo en sus mejillas, y un mechón suelto, ondulado con rizador, parecía reptar cuello abajo como una pequeña serpiente.

—¡Las otras tampoco se quedarán en casa de brazos cruzados esperando a que te dignes a volver, ni siquiera tu esposa! Conquistar a una mujer es difícil, hijo mío, pero no perderla lo es aún más… La tuya, te la vigilará Charlotte, ¿verdad? ¡No es mala idea! ¡Ay, cómo me reiré el día que…!

Chéri se puso de pie, pálido y serio:

—¡Nounoune!

—¿Nounoune qué? ¿Nounoune qué? ¿Crees que me vas a asustar? ¿Conque quieres tomar tus propias decisiones? ¡¿Pues a qué esperas?! ¡Seguro que verás mucho mundo con una hija de Marie-Laure! Tendrá los brazos esmirriados y el culo plano, pero eso no le impedirá…

—Nounoune, ni se te ocurra…

La agarró por los brazos, pero ella se levantó, se soltó con brusquedad y estalló en una carcajada ronca:

—¡Pues claro! «¡Ni se te ocurra hablar así de mi mujer!». ¿No ibas a decir eso?

Temblando de indignación, Chéri rodeó la mesa y se puso a su lado:

—¡No! ¡Ni se te ocurra, ¿me oyes?, ni se te ocurra estropear a mi Nounoune!

Ella retrocedió hacia el fondo de la habitación balbuciendo:

—¿Cómo…? ¿A qué te…?

Él la seguía, como dispuesto a castigarla:

—¡Ya me has oído! ¿Es así como debe hablar Nounoune? ¿Qué modales son ésos? ¿Vas a recurrir a las groserías como la señora Peloux? ¡Sólo pensar que han salido de tu boca, Nounoune…! —Chéri alzó la barbilla con arrogancia—: ¡Yo sé cómo tiene que hablar Nounoune! ¡Sé cómo tiene que pensar! He tenido tiempo de aprenderlo. No he olvidado el día en que me dijiste, poco antes de casarme con esa chiquilla: «Por lo menos no seas malo… Procura no hacerla sufrir… Es como echar una cervatilla a un lebrel…». ¡Eso me dijiste! ¡Ésa es la Léa que yo conozco! Y la víspera de la boda, cuando me escapé para venir a verte, recuerdo que me dijiste… —Se le quebró la voz, su rostro se iluminó con el recuerdo.

—Chéri, vete…

Posó las manos en los hombros de Léa:

—E incluso anoche —prosiguió—: ¿acaso no me preguntaste enseguida si había sido desconsiderado allí? Nounoune, cuando te conocí supe que eras una gran persona, y siempre te he amado por

ello. ¿Vas a empezar a comportarte como las demás mujeres sólo porque lo nuestro acabe?

Ella advirtió confusamente la argucia que escondía aquel cumplido, y se sentó ocultando la cara entre las manos:

—Qué duro eres conmigo… —tartamudeó—. ¿Por qué has vuelto? Yo estaba tan tranquila, tan sola, tan acostumbrada a… —Se percató de que mentía, y se interrumpió.

—¡Yo no! —replicó Chéri—. He vuelto porque… porque… —Alzó los brazos, los dejó caer, los volvió a levantar—: porque no podía vivir sin ti, no vale la pena buscar otra excusa.

Permanecieron en silencio un instante.

Abatida, Léa contemplaba a aquel joven impaciente de tez pálida que, con los pies ligeros y los brazos extendidos, parecía una gaviota a punto de levantar el vuelo…

—Sí —dijo él de pronto—, puedes estar orgullosa, puedes estar orgullosa de haberme hecho llevar, desde hace tres meses sobre todo, una vida…, una vida…

—¿Yo?

—¿Quién si no? Si se abría una puerta, era Nounoune; si sonaba el teléfono, era Nounoune; si había una carta en el buzón del jardín, tal vez era de Nounoune… Hasta en el vino que bebía te buscaba, pero nunca encontré el Pommery que bebía en tu casa… Por no hablar de la noche… ¡No te haces una idea! —Caminaba de un lado a otro de la moqueta, deprisa y sin hacer ruido—. Puedo decir que sé lo que es sufrir por una mujer. ¡Sí, señor! Las que vengan después de ti… ¡Pobrecitas! ¡Envenenado me tenías!

Ella se enderezó lentamente y, balanceando el busto, siguió el vaivén de Chéri. Tenía los pómulos secos y relucientes, de un rojo febril que tornaba casi intolerable el azul de sus ojos. Él caminaba con la cabeza gacha, sin parar de hablar:

—¡No te imaginas lo que fue volver a Neuilly sin ti! Cualquier cosa sin ti, en realidad… Estuve a punto de volverme loco. Una noche la chiquilla estaba enferma, ya no recuerdo de qué, le dolía algo, quizá la cabeza. Me daba pena, pero salí de la habitación

porque nada en el mundo me habría impedido decirle: «Espera, no llores, voy a buscar a Nounoune, ella te curará…». Y tú habrías venido, ¿verdad, Nounoune? ¡Ay, qué vida esta! En el hotel Morris contraté a Desmond para que me hiciera compañía, le pagaba bien, y a veces por la noche le contaba… Le hablaba de ti como si no te conociera: «Amigo, esa piel…, no has visto nada igual… ¿Ves ese cabujón de zafiro? Pues guárdatelo, ¡porque no hay luz que vuelva gris el azul de sus ojos!». Y le decía lo malvada que podías ser cuando querías, y que contigo nadie podía tener la última palabra, ni yo ni los demás… Le decía: «Esa mujer, amigo mío, cuando lleva el sombrero adecuado…», ése azul marino de ala ancha que tienes, Nounoune, el del verano pasado, «… y el estilo que tiene…, no se puede comparar con ninguna otra mujer, ¡no hay color!». Y tu extraordinaria elocuencia, tus andares, tu sonrisa, tu porte tan elegante… Le decía a Desmond: «¡Mira, Léa sí que es una mujer como Dios manda!».

Chasqueó los dedos, con un orgullo de propietario y, sin resuello, se interrumpió.

«Nunca llegué a decirle nada de eso a Desmond —pensó—. Y sin embargo no estoy mintiendo. Desmond lo entendió sin que se lo dijera». Quiso continuar y miró a Léa. Ella aún lo escuchaba atenta. Completamente erguida, le mostraba a plena luz su rostro noble y desencajado, en el que resplandecían los céreos surcos que habían dejado las lágrimas al secarse. Un peso invisible tiraba del mentón y las mejillas hacia abajo, entristecía las trémulas comisuras de sus labios. Chéri constató que, en ese naufragio de la belleza, se habían mantenido intactas la nariz, prominente y hermosa, y los ojos, de un azul de ensueño.

—Y entonces, Nounoune, tras meses de llevar esa vida, llego aquí y…

Se detuvo, asustado de lo que había estado a punto de decir.

—Llegas aquí y te topas con una anciana —dijo Léa con una voz débil y tranquila.

—¡Nounoune! ¡Escucha, Nounoune…!

Cayó de rodillas junto a ella con la expresión cobarde de un niño que ya no encuentra las palabras para ocultar una falta.

—Y te topas con una anciana —repitió Léa—. ¿De qué tienes miedo, hijo? —Rodeó con el brazo los hombros de Chéri, notó cómo se agarrotaba y se resistía ese cuerpo angustiado por el dolor que le estaba causando—. Ven, Chéri querido… ¿De qué tienes miedo? ¿De haberme lastimado? No llores, tesoro mío… Al contrario, te doy las gracias…

Él lanzó un gemido de protesta, sin fuerzas para contradecirla. Ella posó la mejilla sobre la oscura maraña del cabello de Chéri.

—¿Todo eso dijiste, todo eso pensaste de mí? ¿Tan hermosa te parecía? ¿Tan buena? A la edad en que tantas mujeres han terminado de vivir, yo era para ti la más hermosa, la mejor de las mujeres, ¿y me querías? ¡Cómo te lo agradezco, Chéri! ¿La más elegante, has dicho? Pobrecillo…

Él se abandonó en sus brazos.

—De haber sido la más elegante, habría hecho de ti un hombre, en vez de pensar únicamente en el placer de tu cuerpo y en el mío. La mejor… No, no, no lo era, Chéri, porque te quería sólo para mí. Y ahora es demasiado tarde…

Él parecía dormido, pero sus párpados obstinadamente cerrados se estremecían sin cesar y, con una mano inmóvil, se aferraba con fuerza al salto de cama, que se desgarraba lentamente.

—Es demasiado tarde, es demasiado tarde… A pesar de todo… —Se inclinó sobre él—. Chéri, amor mío, escúchame. Despierta, tesoro. Abre los ojos, no tengas miedo. A pesar de todo, soy esa mujer a la que has amado, ¿sabes?, la mejor de las mujeres…

Él abrió los ojos: su primera mirada llorosa ya delataba una esperanza egoísta y suplicante. Léa la esquivó: «Esos ojos… ¡No hay tiempo que perder!». Volvió a apoyar la mejilla sobre la frente de Chéri.

—Era yo, hijo mío, sí, era yo la mujer que te dijo: «No seas desconsiderado, no le hagas daño a esa cervatilla…». Ya no me acordaba. Suerte que tú no lo has olvidado. Te separas muy tarde de

mí, mi niñito malo, te he llevado demasiado tiempo pegado a mí, y ahora no lo tendrás fácil: una mujer joven, tal vez un hijo… Soy la responsable de todas tus carencias… Sí, sí, tesoro, por mi culpa, a tus veinticinco años, eres desenfadado, mimado y al mismo tiempo tan frívolo… Me preocupas mucho. Sé que sufrirás, y que harás sufrir. Tú, que me has amado… —La mano que desgarraba lentamente su salto de cama se crispó, y Léa sintió en su seno las garras del niño malo—, tú, que me has amado —repitió tras una pausa—, ¿podrás…? No sé explicarme…

Él se separó de ella para escucharla con atención, y ella estuvo a punto de gritarle: «¡Vuelve a poner esa mano en mi pecho y las uñas en la marca que me han dejado, la fuerza me abandona tan pronto como te alejas de mí!». Se acercó más a él, que seguía arrodillado a su pies, y continuó:

—Tú, que me has amado, tú, que me echarás de menos… —Le sonrió y lo miró a los ojos—. Qué presuntuosa, ¿verdad? Pero me echarás de menos… Quiero que, cuando sientas que estás a punto de asustar a la cervatilla que te han confiado, te contengas, y que aprendas por tu cuenta todo lo que yo no he sabido enseñarte… No te he hablado nunca del futuro. Perdóname, Chéri: te he amado como si cada día fuera el último. Porque, al haber nacido veinticuatro años antes que tú, yo estaba condenada, y te arrastraba conmigo…

Él la escuchaba con una atención que le confería un aspecto severo. Ella se frotó la frente con una mano para borrar las huellas de la preocupación.

—¿Nos imaginas, Chéri, yendo juntos a comer a Armenonville? ¿Nos ves invitando a la señora y al señor Lili? —Rio tristemente y se estremeció—. ¡Por favor! Yo estoy tan acabada como esa vieja… No pierdas ni un minuto, no dejes escapar tu juventud, las señoras maduras sólo la hemos mermado un poco, pero a ti aún te sobra, y a la chica que te espera en casa todavía más. ¡Ya has catado la juventud! Nunca te satisface del todo, pero siempre vuelves a por más… ¡Ay, hace tiempo que empezaste a comparar…! ¿Y qué hago

yo dando consejos tan magnánima? ¿Qué sé yo de vosotros dos? Ella te ama: ahora le toca a ella estremecerse y sufrir, pero como una enamorada en lugar de como una madre descarriada. Dirígete a ella como un marido en lugar de como un gigoló caprichoso… Ve, ve, date prisa…

Hablaba con tono de súplica. Él la escuchaba de pie, plantado frente a ella, con el torso desnudo, el pelo enmarañado, tan tentador que ella se cogió las manos para evitar tocarlo. Él quizá se diera cuenta y no se apartó. Durante un instante compartieron una esperanza ingenua —como la que pueden albergar los que se precipitan desde lo alto de una torre— que no tardó en desvanecerse.

—Vete —dijo ella en voz baja—. Te amo. Es demasiado tarde. Vete. Pero vete enseguida. Vístete.

Se levantó y le acercó los zapatos. Él daba vueltas desamparado y movía torpemente los dedos como si se le hubiesen entumecido; ella reunió los tirantes y la corbata, pero evitó ayudarlo para no tener que acercarse a él. Mientras él se vestía, ella miró varias veces por la ventana como si esperase un coche.

Una vez vestido, pareció más pálido; un halo de fatiga hacía que sus ojos se vieran más grandes.

—¿Estás bien? —le preguntó ella. Y añadió tímidamente, bajando los ojos—: Podrías descansar un rato… —Pero enseguida se calmó y corrió hacia él como si estuviese en peligro—: No, no, estarás mejor en tu casa… Vete enseguida, aún no son las doce, un buen baño caliente te sentará bien, y después el aire libre… Toma, los guantes… ¡Ah, sí! El sombrero está en el suelo… Ponte el abrigo, no te vayas a resfriar. Adiós, Chéri querido, adiós… Ya está… Dile a Charlotte…

Él cerró la puerta tras de sí y el silencio puso fin a sus vanas y desesperadas palabras. Lo oyó tropezar en la escalera y corrió hacia la ventana. Él bajó los escalones y se detuvo en medio del patio.

—¡Vuelve a subir! ¡Vuelve a subir! —gritó ella alzando los brazos.

Una mujer vieja y jadeante repitió, en el espejo alargado, el mismo gesto, y Léa se preguntó qué podía tener ella en común con aquella loca.

Chéri reanudó el paso, abrió la verja y salió a la calle. En la acera se abrochó el abrigo para ocultar la camisa del día anterior. Léa corrió la cortina, pero aún alcanzó a ver cómo Chéri alzaba la vista hacia el cielo primaveral y los castaños en flor y llenaba los pulmones de aire fresco, como un prófugo.



Sidonie-Gabrielle COLETTE (Saint-Sauveuren-Puisaye, 1873 – París, 1954), figura extravagante y enigmática, fue una de las mejores escritoras del siglo XX. A los veintisiete años inició la publicación de la popular serie de novelas *Claudine* (1900-1914), que, sin embargo, aparecieron bajo la firma de su marido, Henry Gauthier-Villars. Tras el divorcio, se ganó la vida como actriz y bailarina, y publicó un gran número de obras narrativas, entre las que destacan *La vagabunda* (1910), *Chéri* (1920), *Sido* (1929), *La gata* (1933) y *Gigi* (1944). Miembro de la Real Academia de Bélgica, fue asimismo la primera mujer en presidir la prestigiosa Academia Goncourt.